Orsai

Nos escondemos en marzo y salimos en abril | año 2012 | número 6

No contiene publicidad

GRANDES MISTERIOS SIN RESOLVER

EDITORIAL **Skype**

Escribo estas líneas durante la tarde catalana, mientras escucho el tecleo solemne de Chiri en la mañana bonaerense. Los dos tenemos prendido el Skype pero no hablamos, solamente nos escuchamos teclear y teclear. Nunca ponemos la cámara de video, porque no nos importa mucho la cara que tenemos. Pero sí dejamos abierto el audio mientras trabajamos: aprendimos a hacerlo en estos primeros meses de distancia. Él está en Luján en este preciso momento, corrigiendo lo que será la página ciento veintiocho. Ustedes ya forman parte del futuro de esta tarde, pero nosotros estamos todavía en medio del cierre, y la ciento veintiocho sigue siendo una página por hacer. También la página tres. Él sabe que yo estoy redactando el editorial, pero no se imagina que hablo sobre este instante. Cada media hora nos preguntamos algo, o nos comentamos un párrafo de lo que leemos o escribimos. "¡Qué revista de la gran puta estamos haciendo!" dice él, por ejemplo, a cuento de nada, solamente porque le gustó mucho un párrafo de los relatos brasileños. Yo a veces le respondo con un gruñido, o a veces ni eso. Estamos contentos de volver a hacer las sobremesas, también gracias al Skype prendido todo el día. Un rato después llegan sus hijos del colegio. Lucio pregunta: "¿Qué es ese ruido?" y Chiri le responde: "Es el Jorge escribiendo". Entonces Lucio me saluda: "Hola gordito gilún". Yo le respondo una guarangada y sigo escribiendo. Después pasa otro rato en silencio y llega mi hija de la escuela, que ya sabe que el audio está siempre prendido. "Hola Juli", le dice a la hija de Chiri. Y la hija de Chiri le responde y se ponen a charlar, y nosotros nos enojamos muchísimo con las dos y les decimos que necesitamos silencio porque somos intelectuales que están haciendo una revista muy culta e internacional, y las dos hijas se van a hablar a otra compu o por teléfono. Y volvemos a teclear o a leer, sin decir más nada. Más tarde entra María y pregunta "¿Hicieron lo que hicieron con la nota de los cosos, se la pusieron a Florencia?" y yo me río mucho porque María está muy cansada y no puede decir correctamente "¿ya subieron al Dropbox la crónica de Fontanarrosa para que la corrija Florencia?", y entonces durante un rato nos reímos de María hasta que se enoja en serio y nos quedamos otra vez todos callados. Al mediodía de ellos, que son mis seis de la tarde, entra Chichita, que es mi mamá pero también es la suegra de Chiri —porque Chichita se casó con el papá de María—, y Chichita dice "¿ya comieron?" y yo digo "no, mamá, haceme canelones", y siempre a todos les resulta un buen chiste. Nadie entiende que no es un chiste, que mi estómago no se da cuenta de la diferencia de espacio y tiempo y empieza a soltar fluidos. Cuando Chichita se va, Chiri me empieza a decir que debería llamarla más por teléfono, a mi madre, pero lo hace únicamente para desconcentrarme, porque sabe que estoy escribiendo el editorial. Lo mando a callar. Después llega Cristina, mi mujer, y entra a mi estudio saludando, porque sabe que del otro lado están Chiri y María. Pero yo le pongo cara de perro, a Cristina, y por suerte no se queda mucho conversando. A veces sí, pero no es el caso. Ahora estoy a punto de terminar el editorial y voy ganando velocidad, entonces María dice "no puede teclear tan rápido, parece un malambo" y me desconcentra. Justo se me había ocurrido un final inteligente, y ahora se me olvidó. No importa. Lo que quería contar es esto, que está todo bien por acá, que es así más o menos como pasamos la tarde, a doce mil kilómetros, haciendo una revista que nos gusta mucho hacer. ◣

Hernán Casciari

SUMARIO

PÁG. 6 / Roberto Fontanarrosa. Negar todo
Alejandro Seselovsky indaga sobre el último libro del humorista rosarino, encajonado por un conflicto familiar que parece cuento.

PÁG. 16 / La foto pensada
Andreu Buenafuente descubre que ya no se puede fumar en el Café Gijón y confirma que los tiempos han cambiado. Ya nada es lo que era.

PÁG. 19 / Malvinas, a dos puntas
Gonzalo Garcés se entrevista con dos de los escritores más lúcidos de Argentina e Inglaterra: Ian McEwan y Abelardo Castillo.

PÁG. 28 / Diario de un combatiente
Miguel Rep describe la biografía acotada de un hombre que nació en Londres, se nacionalizó argentino y después combatió en Malvinas.

PÁG. 32 / Entrevistas con la Ouija
José A. Pérez buscó algún muerto famoso reciente, pero todos estaban de vacaciones. Entonces se fue a hablar a Bin Laden.

PÁG. 35 / Amores obsesivos
Melania Stucchi desde el guion y Alejandra Lunik desde el dibujo se preguntan a cuatro manos: ¿por qué una persona se obsesiona con otra?

PÁG. 40 / Curtis Garland y sus dos mil novelas
Laureano Debat nos cuenta la historia de un escritor récord. Su obra completa es un prodigio que abarca más de ciento veinte mil páginas.

PÁG. 48 / Crónicas del Fin del Mundo
Gabriela Wienner imagina que realmente se acaba el mundo en 2012 y que puede guardar en una cápsula una docena de libros amados.

PÁG. 51 / La Historieta Imposible
Alfredo Casero y Juan Sáenz Valiente inventan la historia de un mono del norte que, perseguido por problemas políticos, escapa de la selva.

PÁG. 58 / El otro boom israelí
Bernardo Erlich, el único judío del staff, nos explica por qué se puso de moda en Estados Unidos hacer remakes de series de TV moishes.

PÁG. 64 / Los mejores momentos del cine
Nacho Vigalondo asegura que en un pasaje mínimo de *La ventana indiscreta* Alfred Hitchcock le habla a los espectadores del futuro.

PÁG. 67 / No tengo blog
Manel Fontdevila dibuja una cita de Agatha Christie, o el detalle de un exprimidor de naranjas, y logra que lo cotidiano se llene de luz.

PÁG. 72 / Una Vespa en Nueva York
Hernán Iglesias Illa nos relata el recorrido rutinario por la ciudad de las luces a bordo de una motoneta. Y Sonia Pulido lo ilustra.

PÁG. 82 / Quatro histórias brasileiras
Santiago Nazarian, Andréa del Fuego, Ana Paula Maia y Daniel Galera son cuatro grandes escritores brasileños que quisimos traducir al español.

PÁG. 100 / El gran surubí
Pedro Mairal entremezcla a sus personajes en un todo vale sexual, mientras Jorge González acompaña cada soneto con su pincel erguido.

PÁG. 110 / Cruz / Diablo
Leo Oyola se pregunta: ¿quién es el Viejo que bajó del monte? ¿Qué pretende? Segundo capítulo intenso ilustrado por Hueso Ricciardulli.

PÁG. 114 / La laguna
Carolina Aguirre le complica mucho la vida al chef y ya no hay Clonazepam que lo relaje. Por suerte lo ilustra Gusti Rosemffat.

PÁG. 121 / Cientofante
Gustavo Sala no se mete con los judíos: la Editorial Sudamericaca quiere publicar un libro extraterrestre, y se lo pide a Cientofante.

PÁG. 124 / Correo de lectores
Tres suscriptoras escriben, largo y tendido, cartas que son una pinturita. Y un suscriptor muy macho se sube al Aconcagua con Orsai.

PÁG. 128 / Post Orsai
Hernán Casciari tiene una teoría hija del porro, qué raro. Y la desarrolla sin tapujos. Según él, Lionel Messi es un perro.

VARIAS PÁGINAS / Afiches y sobremesas
Eduardo Salles desparrama siete afiches en toda la revista, mientras que Ermengol y Matías Tolsà ilustran sobremesas y columnas. Un lujo.

PÁG. 2 y 131 / Dosis bimestrales
Alberto Montt analiza misterios de la Humanidad: el monstruo del lago Ness, el paradero de Hitler o el destino de las biromes perdidas.

ROBERTO FONTANARROSA
NEGAR TODO

Es el autor argentino más querido. Su último libro está encajonado por un conflicto de intereses. Desde 2009 el resto de su obra tampoco se reedita. Abogados, familiares y editores llevan años enfrascados en un litigio que castiga, sobre todo, al lector.

Por **Alejandro Seselovsky**

desde Rosario

Son las ocho de la mañana y el sol cumple su función en el cielo. Bajo del bus en la estación terminal de la ciudad de Rosario, una vez más vuelvo al lugar donde nací. Vine a buscar un libro. Su autor ha muerto, su obra completa ha desaparecido y su última colección de cuentos está sepultada bajo la estúpida contingencia del mundo: Roberto Fontanarrosa escribió *Negar todo* durante los últimos dos años de su vida, pero un conflicto legal por la potestad de los derechos lo mantiene detenido de cualquier publicación. Tengo tres días para bucear en las profundidades de un conflicto que viene desde el fondo de su vida privada. Franco Fontanarrosa, el hijo, dice que antes de morir su padre le ha firmado un documento imperecedero y que ahora todo le pertenece. Gabriela Mahy, su segunda esposa, y la última, dice que ese documento es producto de una extorsión y que todo, no. Hay un juez que debe tomar una decisión, pero aún no ha decidido. En estos últimos cuarenta años me crucé con toda clase de obstáculos para leer. Hasta los seis, la ignorancia del castellano escrito y sus leyes. Hasta los diez, la inapetencia. Hasta los quince, la idiotez. Luego vinieron las novias que te dejan el *corazón partío* y te sacan de los libros para llevarte a ningún lado; los primeros trabajos y estos últimos también; los hijos y el tiempo disponible o mejor dicho, su ausencia. De todos me repuse: el castellano escrito lo aprendí, la inapetencia la olvidé, a la idiotez la conservo en dosis menos letales,

a todas las novias las convertí en una sola mujer y el tiempo me lo vengo inventando. Toda clase de obstáculos, digo, pero nunca hasta ahora la obstinación intrafamilar de una interna furibunda, o lo que en cualquiera de sus cuentos vendría a llamarse: un quilombo. Roberto Fontanarrosa murió el diecinueve de julio de 2007 luego de cinco años de una esclerosis degenerativa, una de esas enfermedades cuya progresión es el aviso irrevocable de la muerte inminente. Cuando él no estuviera más —lo sabíamos, teníamos esa certeza— su escritura y sus personajes iban a mantenerlo vivo. Pero no quedó nada: nada. Soy escritor, es decir: soy lector. Escribo porque leo, porque he leído y seguiré leyendo, incluso cuando ya no escriba: incluso si ahora mismo dejara de escribir. Porque, vean, puedo dejar de escribir pero no puedo dejar de leer. La escritura, la propia, es el continente, el borde irregular de una materia maciza que le da espesor y sentido. Esa materia son todas las lecturas del mundo. Esa materia soy yo y todas mis lecturas. Bajo del bus a las ocho de la mañana: el sol cumple su función en el cielo. Llevo una pregunta encima: ¿quién o qué no me permite leer el último libro del hombre al que siempre leí? Soy escritor, o no, no sé, no importa. Lector sí, soy. Porque, vean, puedo dejar de escribir pero no puedo dejar de leer.

Newell's y Central. Ñuls y Central. Ñúbel y Central. La Lepra, el Leproso y el Canalla, el Canallón. El Pechofrío y el Parlante. El Pingüino y el Sina(liento). Mario Zanabria y Aldo Pedro Poy. El Tata Martino y el Negro Palma. La palomita y la vuelta del 74. Los veintidós años sin ganar de visitante y el cuatro a cero con abandono. El Coloso y el Gigante. El Parque y Arroyito. La Libertadores y la Conmebol. El frentazo del Pájaro Domizzi y los frentazos de Lucho Figueroa. El Rojinegro y la Acadé. *Y nunca te vas a olvidar / que al cuarto no jugaste más* y *cómo olvidarme / de aquella tarde / ocho de marzo el día del padre*. No hice treinta metros a pie desde que bajé del colectivo y ahí está, en el puesto de diarios, desde la portada de *La Capital*, la naturaleza desmesurada de una ciudad donde el fútbol es la primera patología urbana: ayer ganó Newell's, uno a cero parece, contra el Bicho de La Paternal, gol de Urruti, un pibe de las inferiores. Y perdió Central, uno a cero, con un penal cobrado a los treinta y ocho del segundo tiempo, lo afanaron en La Plata contra Gimnasia y Esgrima, parece también. El escándalo de espionaje interno en Gendarmería Nacional o las marchas en España contra las reformas laborales de Rajoy son asuntos decididamente menores: para algo existen las páginas de adentro. Las tapas son del fútbol y muchas veces el resto de la vida también: hay familias que se disgregan porque un primo leproso ya no tolera la presencia de un sobrino canalla en los asados de siempre; y la policía sale a veces a custodiar no las puertas del estadio sino las puertas de las discos, de los bares, de los paseos, porque en las noches los hinchas se amontonan y se cruzan para demostrarse qué equipo manda en la ciudad. Aquí, con la de Central puesta, Mario Alberto Kempes salió picando y no paró hasta llegar al arco de Holanda y levantar la Copa del Mundo en 1978. Aquí, con la de Newell's encima, Lionel Messi empezó a convertirse en el mejor jugador del planeta y las galaxias circundantes. Así que bienvenidos a Rosario, donde el fútbol, el fóbal, el fulbo, es monarquía.

Fontanarrosa era de Central y el día que lo vuelvan a editar y ustedes lo puedan leer, van a comprobar que escribió mucho sobre el club de sus amores. Hay autores que leemos sin conocerlos jamás; sabemos qué cosas escriben, pero no quiénes son. Y hay otros con los que establecemos una fraternidad inmediata que va mucho más allá de la palabra escrita. Son dos formas distintas, generalmente opuestas, de entender la literatura. Y la literatura de Fontanarrosa era él mismo en acto de escritura: un tipo del bar al que le gusta el fútbol y mirar los culos de las minas que pasan. No de las mujeres, no de las chicas, no de las jóvenes: de las minas, porque es mentira que existen los sinónimos y la Lengua encuentra sus matices íntimos en las palabras únicas: los culos, las minas, mirar desde el bar toda esa redentora creación. Dejo mis cosas en un hostel de la calle Sargento Cabral. Desde la puerta se ve la traza dorada del Paraná. Salgo. Vine en busca de un libro. Y llevo una pregunta encima.

—¿Qué, o quién, me vino a privar de leer el último libro de Roberto Fontanarrosa?

Del otro lado de la línea, la voz de Liliana Tinivella, la Tini, su primera esposa y madre de su hijo Franco, me entrega la primera de una larga serie de respuestas:

—Vos, y muchos como vos, han perdido a un autor querido. Mi hijo, en cambio, perdió a su padre. Ni él ni yo vamos a decir nada más. Gracias por comprender.

Negar todo

La mujer coloca el tono en una precisa cuerda de vociferación, que si bien no perfora su piso de cordialidad, deja perfectamente aclarado que no tiene sentido volver a llamarla. Una hora más tarde estoy sentado en un restaurante de la calle Moreno. Delante de mí, un pedazo de asado corte Mar del Plata. Vayan a Mar del Plata, recorran sus parrillas y nunca nadie les va a servir nada parecido: el asado corte Mar del Plata es algo que, inexplicablemente, solo ocurre en Rosario. Al otro lado de la mesa, una persona que ha conocido mucho la intimidad de los Fontanarrosa en general y de la Tini en particular, habla. Y dice:

—Ella nunca lo perdonó.

Durante un momento que se estira no nos decimos nada más. Un ruido de cubiertos deschava el silencio largo que convierte a la línea en una primera revelación: *nunca lo perdonó*, dice, abriendo el primer candado de una explicación suficiente. ¿Nunca le perdonó qué? Y en todo caso, ¿qué tiene que ver eso con la desaparición de su obra ya publicada y de la que falta publicar? *Nunca lo perdonó*, dice, y distingo el fondo de un culebrón que de golpe despierta para mí. Entonces.

Y entonces acá estoy, con el asado corte Mar del Plata ahora convertido en una copa Sambayón escuchando una historia universal y al mismo tiempo íntima, privada: la del tipo que un día se enamora y cuelga todo, se enceguece y cuelga todo, se aturde y cuelga todo hasta que los residuos de un resentimiento que no tenía calculado se presentan intempestivamente para colgarlo a él, o a lo que él haya producido, digamos escrito, digamos dibujado. Un historia lo suficientemente vulgar como para que le pase a cualquiera, desde el príncipe Carlos de Inglaterra hasta al Negro Fontanarrosa.

—¿Qué es lo que no le perdonó?

—Para casarse el Negro se puso una corbata, debe haber sido la primera corbata de su vida. La Tini estaba verde.

—¿Y qué significaba esa corbata?

—La mentira, el engaño, el abandono, todo lo que nunca le perdonó. Yo le decía: Tini, ponete más linda. Tini, adelgazá. Igual, yo la entiendo porque los hombres son así. Un día aparece una más flaca, más joven y se mandan a mudar. Ella no pudo hacer mucho, pero para mí que le heredó su resentimiento a Franco, el hijo que tuvo con el Negro. Y Franquito siempre le hizo la guerra a la nueva.

—A la nueva…

—Sí, Gabriela se llama.

Televisa le hubiera puesto más gente con bigotes, Migré la hubiera hecho con cierto aire de cafetín y Fontanarrosa hubiera escrito: *esa mina me emputece*. En cualquier caso, la historia se cuenta así: son los años del fin de siglo, de principio de siglo, ponele. Ella está sentada en un bar. Un hombre entra y los dos se miran. Él termina de cerrar la puerta a sus espaldas para recostarse ligeramente sobre la hoja y quedarse ahí, informándola de su fascinación. Ella sabe perfectamente de quién se trata. Él va hacia ella. Ella le sonríe. Salen del bar siendo dos personas diferentes de las que eran cuando habían entrado. Él inmediatamente reconoce dos problemas: está casado y es una figura pública. Ella sabe en dónde se está metiendo. Los amigos del café, los de la mesa de siempre, lo ven eufórico, en el aire, y un poco le bancan la parada. No va a ser la primera vez que el tipo se juegue una ficha clandestina, pero esto es otra cosa, esto va tomando consistencia, se está volviendo un problema mayor. Entran a pasar los años y un día el tipo encara a la mina y le dice: *listo, hasta acá llegué, vuelvo a mi casa*. La mina, que conoce el paño, le responde: *está bien, comprendo, habrá alguien más con quien yo pueda construir una vida*. Y ahí el tipo se pone loco. Y le cuenta al amigo de la mesa del bar, a su hermano del alma, que no la puede dejar, o que la podría dejar: lo que no puede es imaginarla con otro, que se le hace un nudo ahí y se caga todo. Y vuelve a ella, con ella. Y todo se hace más intenso y ya no hay manera de controlarlo. Y un día el tipo es descubierto aunque probablemente se haya hecho descubrir. Y se va. Pasa unos días durmiendo en su estudio. Sale de ahí con una nueva vida por delante. Y unos años más tarde, se está poniendo una corbata para casarse.

Domingo a la noche. Al bar *El Cairo* le quedan dos horas de puertas abiertas. Estoy dentro del mito, estoy sentado en la mesa de los galanes.

En algún momento de los años setenta esta esquina de Sarmiento y Santa Fe comenzó a construirse a sí misma como leyenda urbana, probablemente sin la menor intención. Aquí, en los alrededores de la Universidad de Rosario, entre existencialistas a la gorra y chamuyines de la escuela de Frankfurt, se fueron formando las febriles mesas de café. Hubo una en la que un día se

sentó Roberto Fontanarrosa. Y para cuando el Pitu Fernández obtuvo su silla, en 1984, el Negro llevaba allí varios años. Una tarde el Pelado Reinoso pasó por *El Cairo* y dijo: *ahí están los galanes, sentados en su mesa*. Después le dio manija al chiste en las madrugadas de LT2, donde tenía un programa de radio, *La Linterna*. A Fontanarrosa le pareció que era un buen nombre y retomó la referencia desde su columna en el periódico *Rosario/12*. Desde entonces, "la mesa de los galanes" es uno de esos nombres que ya no morirá.

La mesa es un rectángulo para ocho lugares cómodos: con más gente habría que apretar. En la superficie, un vidrio cubre las fotos en blanco y negro de los hombres que pasaron por allí: a Fontanarrosa se lo ve joven, jugando al fútbol, parece que era un cinco mentiroso, un ocho de buen pie. Te lo volvés a encontrar en imágenes por todo el resto del bar: en la estatua que vigila desde el fondo, en la pintura detrás del escenario. Todo *El Cairo* está rebosante de Fontanarrosa, excepto en su pequeña librería, porque Fontanarrosa no está más, ha desaparecido, sus libros no tienen permiso, tampoco en *El Cairo*.

Me acomodo en la silla y compruebo: las patas, pintadas una de azul, otra de amarillo, otra de rojo y otra de negro, han sido talladas con el dibujo de la pierna femenina y terminan en un taco: a esta mesa la sostienen cuatro piernas de mujer. Dicen los libros de historia que hubo una época donde lo que se le miraba a la mujer eran las piernas: las gambas, o su versión de gomería: *gambardellas*, componían un atractivo suficiente como para no necesitar todavía el porno en las noches (y en las tardes, y en algunas mañanas) de la televisión abierta. Esa rémora permanece en esta charla de cafetín. Hace un cuarto de siglo que Rubén Fernández, arquitecto, actual vicepresidente de Rosario Central, primero conocido como el Pitufo, después como el Pitu, se sienta en esta mesa. Es febrero de 2012 y ahora yo estoy sentado con él.

—¿La mesa funcionaba como un grupo cerrado?

—Mirá que sigue funcionando, eh. La muerte del Negro fue un dolor del que todavía yo no me recupero, pero él no era la mesa. Él era uno más de nosotros. Sigue habiendo mesa de los galanes.

—Ok. Y entonces, ¿cómo funciona todavía?

—Como cualquier mesa de cualquier café. Están los que vienen siempre, como el Negro Centurión, el Chelo Molina, Chiquito Martorell, Belmondo, Pedro Jáuregui, el Turco Galli, que ahora no está viniendo tanto. Gente que ya tiene un derecho adquirido o algo así, pero no se otorgan membresías, si a eso te referís. Acá viene y se sienta un poco el que quiere. El Negro decía que a un par alguien se los había dejado olvidados.

—Esta mesa es el emblema de tantas, pero a la vez es distintas de todas.

—Tuvo la particularidad de que se sentó a tomar café un tipo como el Negro Fontanarrosa. Y eso la puso en otro lugar.

—Los cubrió de popularidad.

—A mí me pasa que de vez en cuando alguien en algún asado me presenta y dice, "¿Sabés quién es este? Es el Pitu, de la mesa de los galanes". Todo bien, yo me río, pero no pierdo de vista que es un chiste. El único acá verdaderamente consagrado era el Negro, nosotros ligamos el rebote de su celebridad, pero nada más.

—¿Hubo alguna vez algún galán de verdad sentado acá?

—Y, capaz que alguien se creyó que éramos galanes en serio. Siempre fue muy raro cómo nos perciben. En una época nos decían intelectuales.

—¿Y no…?

—¡Ni soñando! Mirá, yo salía con una morochita que me rompía la cabeza, una militante trotskista que un día me dice: "¿qué hacés vos con todos esos intelectuales?". A mí me fastidió porque, primero, me di cuenta de que en su consideración yo era poco menos que un bruto. Y segundo, porque no había entendido nada.

—¿Qué tenía que entender?

—Que a la mesa venimos a hinchar las pelotas, a hablar al pedo. No tratamos las cuestiones elementales del universo, más bien hablamos de cómo se tira el achique.

En 2009, a dos años de la muerte de Fontanarrosa, Fernández produjo y estrenó *Cuestión de principios*, con Federico Luppi y Norma Aleandro, sobre un relato de su amigo. Dice que pudo hacerlo porque él habló con Franco y Rodrigo Grande, el director, habló con Gabriela. Y que decidieron que la película quedara al margen de la disputa por los derechos que ha convertido a Fontanarrosa en un autor clandestino. Sabían que el Negro quería esa película, dice el Pitu, y por eso las partes bajaron las lanzas. Fue una rareza.

—Tengo la impresión —le digo al Pitufo— de que el enfrentamiento entre Franco y Gabriela es viejo y enquistado, y que hoy encuentra en un juzgado la manera de seguir vivo. Ahora, Fontanarrosa asistió en vida a esa confrontación que ocurría a sus espaldas.

—Lo que más bronca me daba es que yo sabía que cualquier enfermo de esclerosis amiotrófica tiene que vivir entre algodones. Y él vivió como el culo toda esta mierda.

—¿Ves a Franco?

—No, y lamenté que no viniera al estreno de la película. Él se endureció demasiado y fuimos perdiendo contacto.

—¿Y a Gabriela?

—¡Menos! Fui su confidente en la primera época, pero después pasó lo de siempre: con el tiempo las minas te van corriendo la coma y empiezan a pedir lo que de entrada nunca se les hubiera ocurrido pedir. Gaby sabe que hay cosas que no puede reclamar.

Salimos de *El Cairo* y caminamos por el centro hasta la bajada de Cabral. El Pitu me cuenta la historia del último dibujo de Fontanarrosa, cuando ya casi no podía mover la mano. Se trata de *El Canalla*, un personaje congelado en un grito que resume al hincha de Rosario Central y que terminó en la camiseta oficial del equipo después de que el Pitu, mediador incansable, convenciera al presidente del club de que no era necesario un personaje famoso en la camiseta, que ni Inodoro Pereyra ni Boogie el aceitoso iban a funcionar, porque aparte el Negro no quería, creía que esos eran personajes de todos y que no estaba bien que los parcializaran en un club, por más que fuera su club. Dice el Pitu que le dijo al presidente: "El Negro prefiere crear un personaje nuevo. Mire, presidente, le ruego que acepte. Sabe qué pasa, es que tal vez sea lo último que Fontanarrosa vaya a dibujar". Seguimos caminando. La ciudad está iluminadísima para nadie. *El Canalla* fue lo último que Fontanarrosa dibujó.

En un kiosko de la calle San Lorenzo estallan los amores de las revistas. *Paparazzi* dice que Celeste Cid y Emmanuel Horvilleur se dieron unos besos comprometedores y que hay rumores de reconciliación. *Pronto* te cuenta que la ex Miss Mundo Silvana Suárez llegó a Punta del Este del brazo de un "afroamericano" que le lleva la cartera. *Gente* se pregunta si Carmen Barbieri habrá vuelto a creer en el amor y *Caras* te muestra la casa de veraneo de Rosella della Giovampaola.

Cada uno podrá hacer lo que quiera con el emergente global de la prensa sensacionalista en todo el mundo: la podés consumir, la podés evitar, te podés indignar o puede ser tu tesis de doctorado para darle a tu carrera de semiólogo un final canchero. Lo que nadie puede hacer es negar su volumen creciente, el ensanchamiento de su radio de presencia, la descontrolada simiente de lava amarilla con la que los medios cubren cada vez más amplias superficies de información. La prensa chicha del Perú ha desarrollado colmillos más punzantes y filosos que los que tienen en la boca los mismísimos editores londinenses de *The Sun*; en México "El Show de Cristina" ha aprendido a romper sus propios récords escandalógicos y aquí en la Argentina el eje Jorge Rial-Luis Ventura te meten una cámara oculta y en dos minutos ya sos un criminal de lesa humanidad. Pero como nada de esto nos preocupa, porque nosotros contamos historias de gente que no caga, seguimos adelante. Hasta que un día te entra un mail del Chiri que te dice: *Chicho, andáte a Rosario y fijáte si podés responder la siguiente pregunta*. Y vos le decís *claro, Chiri. Por supuesto. Algún motivo debe haber. Capaz que es un asunto medio personal*. Llueve en Rosario. Y por la puerta del bar *El Cholo*, con chispas de agua sobre los hombros y una sonrisa de esas que sacan y ponen primeros ministros, entra Gabriela Mahy. Es verla y comprender. Comprenderlo.

—¿Sos de Rosario?

—No, soy cordobesa.

—¿Y cómo llegaste acá?

—Mi primer matrimonio fue con un marino mercante. Un día le dieron traslado al puerto de acá. Con él tuve tres hijos, los tres muy hinchas de Newell's.

—Y se llevaban con el Negro…

—…bárbaro, se adoraban.

—¿Cómo eran? Ustedes, digo, vos y Fontanarrosa.

—Él quería pasar más tiempo conmigo. Me pidió que dejara mi puesto en la universidad para que lo empezara a acompañar en los viajes. Acepté, pero a condición de idear algo. Yo siempre trabajé.

—¿Qué hacías en la universidad?

—Coordinaba carreras de posgrado en la Universidad de Concepción del Uruguay.

—¿Y finalmente qué idearon?

—Un lunes a la mañana, al Negro se le ocurrió *Azahar*.

—Que es…

—Es la revista de organización de eventos que yo dirijo.

—Ajá.

—Bodas, fiestas, exposiciones.

—¿Y se le ocurrió a él, decís?

—Sí, por eso es un proyecto que yo quiero tanto. Más de una vez me he preguntado: ¿qué hago yo haciendo esto?

—¿Y te pudiste responder algo?

—Yo estudié filosofía y eso me sirvió para entender que cuando las personas tenemos una alegría y queremos compartirla con alguien, ¿cómo lo hacemos? Festejando. Es un poco la vida, ¿no?

Gabriela Mahy es dueña de una belleza lo suficientemente explícita como para quedar eximida de decir genialidades. Una belleza que además ella sabe poner en juego de una manera lateral, distraídamente, como dándola por sentada. Dice que el diecinueve de julio, en la mañana del día de su muerte, Roberto Fontanarrosa tomó su última decisión editorial cuando eligió, entre las cuatro opciones que ella le había llevado hasta la cama, la tapa del siguiente número de *Azahar*.

—¿Cuando se enfermó ustedes ya estaban juntos?

—Yo fui su compañera durante todos los años de su enfermedad.

—¿Sentís que no te lo reconocen?

—Siempre me vieron como una enfermera de lujo.

—¿Quiénes?

—Lo único que voy a decirte es que yo soy la administradora provisoria de la sucesión, entonces esto que está pasando me da muchísima pena. El Negro creaba para la gente, y que la gente no tenga la posibilidad de conseguir sus libros es muy doloroso.

—Concretamente, ¿cuál es tu reclamo en la justicia?

—Nosotros pedimos la nulidad del documento que presentó Franco Fontanarrosa para reclamar la totalidad de los derechos de la obra de su padre.

—Pero ese documento lleva la firma del Negro.

—También lleva la mía.

—¿Entonces?

—Fue firmado en condiciones inadmisibles.

La demanda presentada por Gabriela Mahy en el 2008 pidiendo la nulidad de lo firmado dice textualmente: "Atropellando la integridad y dignidad de su padre en un inadmisible aprovechamiento de sus debilidades". Le pregunto a Gabriela si estamos lejos del estudio donde dibujaba Fontanarrosa. Me dice que está ahí enfrente, en el mismo departamento donde vivían y ahora vive ella. Le pregunto si puedo visitarlo. Y algo la convence.

Creo que paramos en un sexto piso, no sé, en todo caso el lugar alcanza la altura suficiente como para ver desde el ventanal del living el río Paraná en toda su extensión y más allá las islas y más allá el horizonte y así hasta donde la vista se banque mirar. Al otro lado de los vidrios, el balcón terraza donde, dice Gabriela, el Negro le pedía salir a comer. En el living, una gran mesa baja, un plasma de dos millones de pulgadas y mucho trofeo, premio, plaqueta, foto con Serrat. Sobre un costado de la sala, un arco que sale a otra habitación que es esta misma donde estoy ahora, el estudio del *Dibujante de la Nación*, Roberto Fontanarrosa, con su mesa de dibujo todavía intacta, con una lámpara de brazo extensible que termina en una capucha color amarillo con tres estrellitas azules, una a medio despegar y junto a ella, resistiendo cualquier sinsentido, una calco con el teléfono de los bomberos. Al costado, sobre unos estantes altos, dos pequeños frascos de vidrio con los restos enanos de lápices negros usados hasta su gloriosa jubilación. Al fondo, un premio Konex, otros premios más y una armadura plateada donde descansan las planchuelas con los dibujos originales. En los frentes naranjas, etiquetas como "Brujos y Adivinas" o "Eróticos". Y una foto de los setenta, en blanco y negro, junto al Negro Crist, que dibujó por él cuando Fontanarrosa ya no pudo dibujar.

De Marilú Marini interpretando a Beckett en la sala Casacuberta, a Campi haciendo de un adicto a las galletitas Merengadas en el subsuelo del Bululú, tengo una colección de momentos que me ha ido dejando la experiencia no siempre segura de ir al teatro, fogonazos de expectación fijados ahí, en alguna subcarpeta de la memoria. Hay uno, el que viene al caso, que lo tiene a Gustavo Garzón en algún escenario del Complejo La Plaza, año noventa y cuatro, noventa y cinco, en la puesta de *Uno nunca sabe*, interpretando a Mario, el tipo que no se anima a encarar a la mina de la mesa de al lado y sin embargo no para de mordisquear sus propias palabras: "Esa mina me emputece".

Uno nunca sabe, de Roberto Fontanarrosa, es un texto que podría haberse quedado en la superficie de un chiste bien contando, sin embargo no necesita más que una línea para volverse deslumbrante, una línea que le da espesor y sustancia: "esa mina me emputece". Si pudiera hacerle una y solo una pregunta a su autor, le pediría precisiones sobre los materiales que le cargó a esa línea, a la perturbadora idea de lo emputecido. Le preguntaría: ¿qué cosa es emputecer? Porque yo me imagino perfectamente a un muchacho como él emputecido por una mina como esta. Yo creo que

deberá querer decir algo del orden de: no sé. Porque suena como endemoniado. Emputecido, endemoniado. Y pareciera que no podés elegir estar emputecido o no, como si se tratara de una fatalidad. El tipo emputecido no decide más nada sobre lo que le pasa o deja de pasarle con su oscuro objeto de emputecimiento. El tipo emputecido ha quedado atrapado dentro de los bordes de esa palabra impiadosa: estoy emputecido, vos me emputecés. También pareciera que, a pesar de su sonido explícito y sus etimologías indiscutibles, lo emputecido trasciende la cuadratura puramente sexual, puramente genital. Lo emputecido llega hasta el confín de las razones y emputecido por una mina está el que ya no puede decidir abandonarla.

—Gracias, Gabriela. Fuiste muy amable. Cualquier cosa hablamos.

Camino la peatonal Córdoba: siempre hay que caminarle las peatonales a las ciudades, es como un saludo oficial. En un par de horas sale mi colectivo para Buenos Aires. Me vuelvo con algunas respuestas y varias voces de una historia que después de todo nadie refuta, en todo caso la operan, como opera la fuente cuando quiere hacerte saber. En estos días me han dicho cosas de la Tini, de Franco, de Gabriela Mahy, de los amigos de *El Cairo*. No tiene sentido reproducirlas a todas, aunque hay dos instancias ineludibles: si fuera cierto que Franco Fontanarrosa le dijo a su padre que solo asistiría a su casamiento con Gabriela Mahy a cambio de que le firmara ese célebre documento que lo convierte en la María Kodama de su obra universal; y si fuera cierto que luego Fontanarrosa le envió un mail a su hijo en el que le reclama la devolución de esos derechos porque no quería ser tratado como un autor muerto cuando todavía era un autor vivo. Si fueran ciertos estos corrillos aspirantes a la verdad, esta historia sería todo lo penosa que Rosario entera dice que es.

A la altura del 1300 llego a Ross, la gran librería rosarina de estos últimos setenta años. Pregunto por algún libro de Fontanarrosa pero la vendedora me dice que no reciben nada desde 2009. Me quedo mirando libros que no son. Encuentro a Donald Barthelme con *El padre muerto*, un título inesperado que no termino de saber si es oportuno o es todo lo contrario. Abro la primera página y leo: "Once de la mañana, el sol cumple su función en el cielo". Pienso que es un gran comienzo.

Las tres horas de autopista que la separan de Buenos Aires son una ilusión óptica: Rosario nunca estuvo cerca, sigue sin estarlo, y eso es verdad. Dos sitios que se refractan al punto de que ni siquiera se interrumpen; una con el tranco lento de la ciudad-pueblo que aún conserva los apellidos de las familias en los porteros eléctricos de los edificios. La otra bestial como la conocemos, indiferente de cualquier cosa que no sea ella misma. En todo caso, y si estuviera al otro lado del río, Rosario se llamaría Montevideo.

Camino por Córdoba, una de las avenidas porteñas que más se ha esmerado en ocultar cualquier gracia, cualquier encanto. En la esquina con Junín nace una de esas plazas puro cemento que nos dejó la dictadura y por lo que también deberíamos pedir juicio y castigo. Exactamente enfrente a la facultad de Economía de la Universidad de Buenos Aires, unos puestos de libros armados a caballete batiente se incendian bajo el sol de febrero. Reviso las bateas de los usados: Sidney Sheldon, Víctor Sueiro, Roberto Fontanarrosa. Compro. Veintinueve pesos por una recopilación de todos sus cuentos sobre fútbol. Arranco leyendo las "Memorias de un wing derecho". Un día después estoy sentado con Daniel Divinsky en su oficina de Ediciones De la Flor. Divinsky es el hombre que editó, corrigió y publicó a Fontanarrosa desde 1971 hasta que Franco le presentó su impedimento legal en 2009. Y es el hombre que tiene en sus manos *Negar todo*, el libro que nadie ha leído, el libro que esperamos leer.

Saco mi ejemplar comprado en los caballetes y se lo paso a Divinsky, que le echa un vistazo rápido. Después me suelta:

—Es una copia pirata.

El estudio de Divinsky es un abarrotamiento de papeles del que sobresalen los dibujos y los personajes de sus dos autores insignes, los históricamente más vendidos, más voluminosos, más importantes: Quino, su Jorge Luis Borges, y Fontanarrosa, su Roberto Arlt.

—¿A qué clase de autor dirías que estuviste editando durante casi…?

—Cuarenta años, treinta y ocho. Yo diría que a uno que creía en lo que hacía, desde ya, pero que jamás se tomó en serio, ni como dibujante ni como escritor.

—¿Cómo funcionaba tu equipo con él?

—Él me mandaba su cuento terminado, lo que no quiere decir que estuviera de verdad terminado.

—¿Y cuándo terminaba?

—Yo recibía el texto y ahí empezaba un profundo proceso de edición. El Negro era un tipo que estaba peleado con la gramática y, aunque leía muchísimo, la ortografía no se le contagiaba. Sembraba acentos como quien tira semillas en el campo y si le pegaba, le pegaba.

—Los cuentos que integran *Negar todo* fueron escritos entre 2005 y 2007, es decir, en los dos últimos años de vida de Fontanarrosa. ¿Hay algo de la enfermedad, de la proximidad de la muerte, que se pueda rastrear en esos textos?

—Nada. Es como todo lo que ha escrito, es más Fontanarrosa, con toda su carga de observación brillante y mordaz.

—¿También lo tuviste que corregir mucho?

—Bueno, por las condiciones en que fue escrito, es el libro menos revisado por él.

—En algún momento Franco llegó a plantear que esos cuentos no fueron escritos por su padre.

—Lo hizo de mala leche. Fuimos al disco duro de la computadora del Negro y certificamos por escribano que eran los cuentos escritos por Roberto Fontanarrosa.

—Sin corregir.

—Claro, como los mandaba él. De todas formas lo maravilloso de su literatura era la observación. En *Negar todo* hay uno, el cuento de las palomas, que es un ejemplo de cómo miraba el tipo.

—¿De qué se trata?

—Vos sabés que el Negro iba a una terapeuta que mezclaba psicoanálisis con neurobiología o algo así, la verdad es que hizo de todo para curarse, nadie puede dudar de las ganas que tenía de vivir, en fin. El tema es que esta mina lo atendía en un consultorio y cuando salía, él comía algo en un bar que está sobre la calle Salguero, entre Cerviño y Seguí, al lado de unos edificios muy lindos, muy paquetes. Alguna vez nos encontramos ahí. Bueno, a ese bar van muchas palomas que se afanan las galletitas de las mesas. Y uno de los cuentos de *Negar todo* es la historia del dueño de un bar a donde va siempre una señora con un perrito y las palomas lo joden, lo joden. El dueño, para congraciarse con su clienta, trae un halcón que, por supuesto, se termina llevando al perrito por el aire. Como te decía, más Fontanarrosa.

—¿Cuándo creés que vas a poder editarlo?

—Cuando la justicia le explique a Franco que, por más documento firmado que tenga, no puede ir contra el Código Civil.

—Que dice qué.

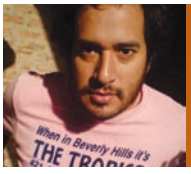
—No son válidos los pactos sobre herencias futuras. Vélez Sarsfield, 1871.

Esta es una historia triste e injusta, o mejor, es triste porque es injusta. Fontanarrosa era un tipo que amaba profundamente a su único hijo y que un día sintió que quería pasarse el resto de la vida con una mina que no era esa con la que se había casado ni con la que había buscado y encontrado ese hijo. Dos grandes amores y los dos en abierta confrontación. Resolvió ese quilombo como lo resuelven todos los habitantes del puto mundo: como pudo. La enfermedad, su severa esclerosis, le quitó, con la vida, la posibilidad de ir amigando a sus lastimados, la chance de ir acomodando de nuevo las cosas, de desatornillarlas de sus sólidos rencores y llevarlas a un lugar menos nervioso, menos agraviante para todos. No tuvo ese tiempo, la muerte se lo llevó puesto cuando recién empezaba a transitar su íntima posguerra. En un cementerio privado de Granadero Baigorria, sobre la explanada de césped, un rectángulo de mármol lo nombra para siempre. Allí, cerca de la entrada, yace junto a unas flores plásticas que conservan pálidamente lo que debió haber sido un rabioso azul, un fulgor amarillo. Supongo que, como cualquiera, él también se merecía los años de recomposición afectiva que estuvieran por venir. Pero los goles se hacen, no se merecen.

Antes de terminar mi entrevista con Divinsky, le pregunto:

—¿De qué se trata *Negar todo*, el cuento que le da título al libro?

—Es un tipo al que la mujer lo agarra con una amante. Y entonces el tipo niega, niega todo hasta el final.



Alejandro Seselovsky (Rosario, 1971). Escribió para *Clarín*, *Diario Perfil*, *Página/12*, *Gatopardo*, *La Mano*, *Gente*. Su último libro es *Trash*, un volumen sobre los personajes mediáticos de Buenos Aires. Estuvo en Orsai en el número inicial, con una crónica sobre deportación. @aseselovsky

Ilustración:
Miguel Rep
miguelrep.com.ar

Uno nunca sabe

—Qué cosa esto de los ídolos populares y los derechos de autor —me dice Chiri—... El otro día leí una nota de Mariana Enríquez sobre las groupies más salvajes del rock. Cuenta una historia buenísima de una mina que se llama Cynthia Plaster Caster. Escuchá: Cynthia estudiaba arte y a la vez era groupie de varias bandas. Para una materia los profesores le pidieron un molde de "algo duro" y a ella se le ocurrió hacer moldes de yeso con erecciones de sus ídolos musicales. Inmortalizó las porongas erectas de Jimi Hendrix, de Jello Biafra y de todos los integrantes de la banda MC5, entre otros. Pero el tipo que puso la guita para el proyecto, un tal Herb Cohen, se terminó quedando con las esculturas. Cynthia reclamó y fueron a juicio. El litigio duró bastante. Hace poco la justicia falló a su favor y ella pudo recuperar las famosas pijas.

—O las pijas famosas —le digo, y cambio de tema enseguida, porque cuando nos ponemos a hablar de porongas se nos pasa la tarde en blanco—. Si tuvieras que recomendarle a alguien que no conoce a Fontanarrosa un texto introductorio a su obra, ¿cuál sería?

—Sin dudas "Puto el que lee esto" —me dice Chiri.

—Yo en cambio los aforismos de Ernesto Esteban Echenique, algunos los pusimos en los pie de página de la crónica de Seselovsky.

—No. Para un principiante es mucho mejor el cuento que te digo yo —me pelea Chiri—. Fijáte este principio: "Nunca encontré una frase mejor ('Puto el que lee esto') para comenzar un relato. Nunca, lo juro por mi madre que se caiga muerta. Y no la escribió Joyce, ni Faulkner, ni Jean-Paul Sartre, ni Tennessee Williams, ni el pelotudo de Góngora. Lo leí en un baño público en una estación de servicio de la ruta. Eso es literatura. Eso es desafiar al lector y comprometerlo. Si el tipo que escribió eso, seguramente mientras cagaba, con un cortaplumas sobre la puerta del baño, hubiera decidido continuar con su relato, ahí me hubiese tenido a mí como lector consecuente. Eso es un escritor. Pum y a la cabeza. Palo y a la bolsa".

—¿Te acordás que fuimos al Complejo La Plaza a ver la obra que nombra el Chicho en la crónica? "Uno nunca sabe." Actuaba Gustavo Garzón, ¿el otro era Pablo Brichta?

—Creo que sí. ¿Ves? También se puede empezar a leer a Fontanarrosa por ese cuento. Es un diálogo entre dos amigos en un bar, uno que se llama Mario y otro al que le dicen Mochila, ¿te acordás? Mario está emputecido desde hace años con una mina, pero no se anima a decirle nada… Mientras ellos hablan, la mina está sentada en una mesa cercana, sola, anotando cosas en un cuaderno o en una agenda... Y el diálogo de los dos tipos da vueltas alrededor de ese dilema: cómo hace Mario para abordarla, si la mina nunca le dio bola, si jamás le tiró un centro ni le dio una señal…

—Genial la búsqueda del significado de la palabra "emputece" en la crónica del Chicho... Muy atinada también la inclusión de las tapas de revistas del corazón —le digo.

—¿Sabías que en Chile la palabra emputecido quiere decir enojado? "Estoy emputecido con este argentino weón que se cree el hoyo del queque, po."

—¡Qué bien te sale el idioma chileno! —le festejo, pero no me agradece.

—Ahora —me dice—, qué locura lo que pasa en Rosario con el fútbol... El fin de semana fuimos con María a la presentación del libro de Decur, en Arroyo Seco, que queda cerquita de Rosario, y lo pude comprobar con mis propios ojos.

—¿Estuvo buena la presentación de Decur?

—Magistral, la hizo en la Biblioteca Popular Rivadavia de Arroyo Seco. Después fuimos a su casa, conocimos el famoso escritorio circular y nos mostró originales de sus dibujos. ¿Sabías que dibuja chiquito? Algunos dibujos incluso los hace con lupa. El nivel de detalles que maneja es asombroso.

—Su último libro fue publicado por Ediciones de la Flor, la editorial de Fontanarrosa de toda la vida —le digo a Chiri—. Divinsky vio los trabajos de Decur y quedó de la cabeza. Igual que nosotros. Ese chico es un genio, va a volar altísimo.

—Linda la tapa del número seis que nos hizo —me dice Chiri.

—"Vuelven las sobremesas", dice el cartelito.

—¿Vuelven, cuándo? ◣

WhatsApparanoia

A WhatsApp upgrade for WTF users

Tu mensaje ha sido enviado.

Tu mensaje ha sido recibido.

Tu mensaje ha sido leído.

Tu mensaje ha sido leído por la persona que querías que lo leyera.

¿Sigue sin contestarte? En serio, ya leyó tu mensaje.

No, no hay ningún error en la red, ya leyó tu mensaje.

Sí, sí trae su teléfono consigo, y ya leyó tu mensaje.

Simplemente no quiere contestarte, freak.

Available on the iPhone
App Store

CAFÉ GIJÓN

Foto tomada con la Hasselblad digital de Buenafuente, en la puerta del Café Gijón de Madrid. Febrero de 2012.

Hubo un sitio emblemático que fue el epicentro de la vanguardia madrileña durante un siglo. Andreu estuvo allí en febrero, para empaparse de aquellos fantasmas, y lo primero que vio, en la puerta, es que ya no se puede fumar en el Café Gijón.

Quizás esté envejeciendo a una velocidad muy superior de la que creo o quiero. La nostalgia me va engañando con sus cantos de sirena sin que me dé cuenta. Quizás sea un mecanismo de defensa ante la dificultad de asimilar la realidad. Quizás sean todas esas cosas juntas y muchas más, pero el caso es que hace tiempo que vengo pensando lo siguiente: antes todo era mejor. Amplío el concepto. Todo era más incorrecto, más imperfecto, más de verdad.

Estoy escribiendo este texto, ahora mismo, en el legendario Café Gijón de Madrid. No hay un sitio mejor para echar la vista atrás y ordenar mis pensamientos sobre todo lo que perdimos cuando nos estandarizamos.

Son las doce del mediodía. No hay mucha gente aquí. Un camarero va cubriendo las mesas con manteles mal planchados de antiguo algodón y yo me quedo en mi isla de mármol con el logotipo del local. Sospecho que estoy molestando un poco a los camareros. Si yo no estuviera, si no me empeñara en escribir esta columna en mi libreta, ahora todo tendría uniformidad. Siento que soy un fallo del sistema. Pero no me preocupa porque, con toda probabilidad, acabaré firmando el libro de visitas por el mero hecho de ser conocido. Van a aguantarme un rato más.

Ahora no se puede fumar en el Café Gijón: un cartel bien claro lo dice en la puerta, le acabo de hacer una foto. ¡Quién lo ha visto y quién lo ve! Ahora el gobierno obliga a que aparezcan personas con tumores en las cajetillas de tabaco. Los cromos del nuevo apocalipsis. ¡Qué horror!

—Dejaré de fumar el día que no fume nadie, que no se venda, que hayan quitado el tabaco de la Tierra —suele decir mi amigo Pep.

Cada vez que recuerdo esta frase imagino a miles de zombis matando por una dosis de nicotina, arrastrando los pies, con los brazos levantados zarandeando máquinas expendedoras en desuso. Esa es una buena imagen de la sociedad del siglo veintiuno: zombis y dependientes. Enganchados a un falso bienestar que nos dictan las marcas y los mercados. ¡Joder con los mercados! Ellos nos dicen lo que está bien y lo que está mal. Lo que nos conviene y lo que no. Lo que debemos hacer y lo que nos convertiría en parias marginales.

Antes, así en genérico, no se inyectaba el miedo en la sociedad con tanto descaro. Había otros métodos —hijos de puta los ha habido siempre—, pero existía algo parecido a una autogestión, una libertad individual, una épica personal y solitaria. Había pillería, buscavidas, dribladores profesionales de la mediocridad que construían pequeños mundos de color en el gran escenario blanco y negro. Como esas películas italianas con Gassman o Mastroiani. Héroes cotidianos, canallas, incorregibles, mágicos, seductores... Ahora estamos todos geolocalizados. Un concepto escalofriante. Orwell debe andar descorchando champán allá donde se encuentre. Observándonos. ¡Geolocalizados, conectados veinticuatro horas, *controlados*!

Ahora, si no contestas un mail antes de media hora, o si no devuelves en el acto un wasap, se encienden todas las alarmas.

—¿Dónde estabas?

—¡Estaba tocándome las bolas!

O andando por ahí, observando, imaginando, fantaseando, dibujando hombres con cabezas muy grandes en mi libreta, durmiendo en un banco delante del mar… ¡Que sé yo! Quizás estaba en un sitio que nadie puede saber, porque están muy mal vistos los secretos. Toda la información debe *compartirse*.

Roma extendió su imperio sin mandar un solo correo electrónico. Los dictadores arrasaban gobiernos sin necesidad de crear un grupo en Facebook y la resistencia se organizaba sin Twitter. Esto es así. Ahora, en plena bulimia digital, usamos las redes —en la mayoría de los casos— para difundir nuestra ociosidad como el que pone un saco de harina delante de un ventilador. Compartir por compartir. Escribir por no callar. Por ejemplo: “Running time. 50 minutos. Ya estoy en casa. Una cenita ligera y a dormir”. ¡Y a mí qué me importa! He vivido más de cuarenta años sin conocer los hábitos de mi vecino. Si corre o deja de correr, si usa diminutivos o no. ¿Para qué quiero saberlo ahora?

Un seguidor me dijo hace poco: las redes han cambiado las relaciones sociales para siempre. Puede que tenga razón. Twitter bien podría ser un profiláctico para estas nuevas amistades virtuales. Se trata de conectar con alguien sin riesgos. A la menor duda, *bloquear*. Clic. Off. Fin de la *amistad*. Esta es la cultura del clic, la generación Nespresso, como dice José Antonio Marina. “Lo quiero bueno y lo quiero ahora.” Le dije al filósofo: “Incluso han conseguido que la espera de veinte segundos, mientras se calienta la máquina, sea interminable”. Placer encapsulado y prisa,

mucha prisa. Esperar es perder, perderse algo. La prisa es la carcoma del calendario, el gusano que se come las horas. Como si todos llegáramos tarde a ninguna parte. De aquellos autobuses lentos, con los asientos de falsa piel llenos de arañazos, a los trenes de alta velocidad de hoy en día. Trenes asépticos, paréntesis de metal, silenciosos, sin revisores, con azafatas y relojes digitales. Trenes donde proyectan películas de parejas norteamericanas que se quieren un montón, con Nueva York de fondo. Tal es el ansia de movimiento rápido de las masas, que se han construido estaciones donde no hay pasajeros.

Los burros miran los andenes vacíos desde los campos cercanos, mientras espantan las moscas con un golpe seco de oreja. Los mismos campos donde correteé de pequeño en Andalucía. Mis vacaciones estaban llenas de aventuras y de libertad. Ahora lo llaman *peligros*. Un manto de protección cubre a los niños actuales y les impide vivir lo que yo viví, los de nuestra generación en los sesenta, setenta. Yo crucé ríos; cogí higos chumbos con las dos manos; vi a una mujer mayor desnudándose en la puerta de su casa; construí una cabaña en una cuesta imposible, en lo alto del pueblo; atravesé los túneles que hay debajo de las autopistas; perseguí gallinas con muslos como avestruces; encendí petardos no homologados; me bañé en piscinas sin saber nadar… Hice de todo. Por la noche, volvía a casa lleno de arañazos y abrazaba un bocadillo de morcilla rebosante de colesterol.

—¿Qué has hecho hoy? —me preguntaba mi madre.

—Nada.

Mi abuela sonreía y me daba dinero a escondidas, apretando el puño donde escondía mi moneda.

—No se lo digas a tu madre.

Me mojaban el pelo con colonia barata, me peinaban y volvía a marcharme. Así todo el verano. "No pareces catalán" me decían. Y yo me preguntaba cómo se suponía que debía ser un catalán. Todavía me lo pregunto.

Antes no había tanta prisa. ¿Acaso no era mejor quedar con los amigos en una plaza cada viernes? Venía el que venía. Y se salía por ahí y se acababa pisoteando los parterres secos de los jardines humildes de aquellas ciudades a medio hacer. Me gustaban más las ciudades de antes. Un poco sucias, un poco caóticas, con fallos de señalización, calurosas por el día y laberínticas por la noche. Ciudades con calles de adoquines, donde siempre faltaba alguno. Donde la gente viajaba en sus motos tronadas y sin casco. Ciudades a las que le olía el aliento. Todavía las busco y en algún viaje he llegado a sentirme *como en casa*. ¡Por fin algo imperfecto! En la mía, en Reus, era habitual ver a los internados de un manicomio cercano paseando con toda normalidad por las plazas. Lo hacían dos veces por semana y aquel grupo, entrañable y excéntrico, era una comparsa. Reían, cantaban, no se metían con nadie. Al Cerilla le gustaba que lo saludasen. No hacía otra cosa. "Adiós Cerilla." "¡Adiós, adiós!" Hacía algún recado, era de la familia. No me imagino algo así ahora. No sería correcto. "Lo correcto" es el virus que se ha cargado la naturalidad, la modestia, la familiaridad.

Todavía recuerdo al sereno de mi barrio. Un hombre con todas las llaves de todas las casas del barrio. A mí me parecía algo mágico. ¿Se lo imaginan? Ahora, si te dejas las llaves y vives solo, puede que acabes durmiendo en un cajero con otro que ni tan siquiera tiene llaves. Seguramente el mismo cajero ya no sea un cajero porque el banco ha quebrado. Eso dicen sus directivos con sueldos blindados. ¿Dónde estarán tus amigos de Facebook entonces?

Escribo todo esto en mi libreta, todavía sentado a la mesa del café. Miro a mi alrededor. ¿Qué queda del *otro* Café Gijón, del mítico?

Solo queda la escenografía y lo que puedan recordar los que de verdad lo vivieron. Si ahora mismo hiciera una ouija, puede que se manifestaran los espíritus cabreados de Fernando Fernán Gómez, de Paco Umbral, de Camilo José Cela, aquellos ilustres inquilinos. Sus caras me miran ausentes en los retratos que cuelgan de las paredes. Parecen los antiguos alcaldes de un ayuntamiento ácrata e imposible. Viejas glorias.

Siento nostalgia de lo no vivido. ¿Es eso posible? ¡Cómo me gustaría espiar las charlas de toda aquella gente! Supongo que hablarían de mujeres, de sus correrías, de noches irrepetibles y desenfocadas. Dudo que hablaran de literatura si no era para poner a caer de un burro a algún autor estirado.

Aquello debía oler a coñac barato, a aguardiente y a humo de cigarros.

Habría risas, muchas risas.

Ahora no.

Castillo

McEwan

- Soberanía
- Autodeterminación
- Diplomacia
- Política
- ✔ Diálogo

Entrevistas de Gonzalo Garcés a Ian McEwan y Abelardo Castillo

Usted no está aquí
(You're not here)

100 km
100 mi

MALVINAS A DOS PUNTAS

Por **Gonzalo Garcés**

desde Londres

¿Qué nos dejó la guerra de las Malvinas? ¿Qué le debemos hoy, además de un montón de discursos patrioteros que el gobierno de turno, en Gran Bretaña como en la Argentina, pone en los altavoces cada vez que necesita subir en las encuestas? Están los que comparten esos discursos y están los que piensan que no es relevante y querrían cambiar de canal; yo confieso que siempre me conté más bien entre estos últimos. Pero puede que unos y otros hayamos estado equivocados; puede ser que, si se la mira bien, la guerra de las Malvinas sirva más de lo que pensamos para entender el mundo en el que vivimos hoy. Para ayudar a descular esto, quisimos invitar a hablar de la guerra a un escritor argentino y a uno británico.

Ian McEwan es uno de los mejores escritores ingleses vivos. También es uno de los pocos en su país que han escrito algo sobre la guerra: en su caso, el guion de la película *The Ploughman's lunch* ("El almuerzo del labrador"). Es una lástima que esta película no haya sido más vista en el mundo hispánico. Como lo explica McEwan en la entrevista, fue un regalo inesperado de la actualidad: en plena escritura del guion, estalló la guerra y se convirtió en telón de fondo de la historia. Y qué historia: se trata de un periodista trepador, James, que se propone escribir un libro sobre la crisis de Suez en 1956, cuando Inglaterra envió una fuerza expedicionaria a Egipto para recuperar el control del canal —que el gobierno de Nasser había nacionalizado— y debió dar media vuelta cuando Estados Unidos y la Unión Soviética la pusieron en vereda. James, para estar a tono con los nuevos vientos que soplan desde la llegada de Margaret Thatcher al poder, quiere encontrarle a ese episodio humillante una vuelta nacionalista. Al mismo tiempo, y siempre por afán de ascenso social, trata de seducir a Susan, una aristocrática periodista televisiva; como ella se le resiste, James trata de llegar a ella haciéndose amigo de su madre, que es, ay, una mujer de izquierdas. James está dispuesto a fingir serlo también, en verdad está dispuesto a cualquier cosa con tal de lograr el éxito. De un lado, entonces, están las sucesivas máscaras del hipócrita James; del otro, la cruel sinceridad de las convicciones de Thatcher. Hay una escena de la película que para mí es clave: cuando James, en medio de la asamblea del Partido Conservador, intenta reconquistar a Susan pero comprende que sus estratagemas han fallado, y mientras tanto se oye el discurso triunfal de Thatcher tras la recuperación de las islas. James se va haciendo más pequeño y Thatcher, más grande. Es un contrapunto

comparable a la escena de los Comicios agrícolas en *Madame Bovary*: como sucede en la novela de Flaubert, tenemos el chamuyo amoroso contrapuesto a la dura realidad, y en este caso también, por supuesto, la realidad se impone.

Y la realidad es Thatcher: la realidad son los mineros que van a perder su trabajo, los sindicatos vencidos, las privatizaciones, el desmantelamiento del Estado de bienestar inglés, el final del sueño europeo de posguerra. Durante la conversación, McEwan me va a explicar cuál es el tipo humano que intenta captar *The Ploughman's lunch*: "Un representante de algo que surgió en aquel período: un nuevo espíritu de competición, algo implacable... O eso nos parecía a nosotros, porque ahora seguramente no lo veríamos como implacable, nos parecería simplemente realista. Pero por entonces, en el marco de un Estado comunitario, corporatista, aquello parecía nuevo y bastante amenazador. Se trataba de una nueva clase de gente que solo buscaba, y de modo muy agresivo, el éxito material". Dicho de otro modo, la guerra de las Malvinas fue un campo de pruebas para lo que iba a venir, no en el campo militar, sino en el campo ideológico: el neoconservadurismo. Fue un momento de sinceramiento. Con las Malvinas, buena parte del progresismo inglés descubre que ya no cree en sus propias ideas; por debajo de sus voces hay otra voz más real, la voz de Thatcher. Por supuesto, pocos se animaron a admitirlo, y quizá el gran logro de *The Ploughman's lunch* sea mostrar esa verdad incómoda.

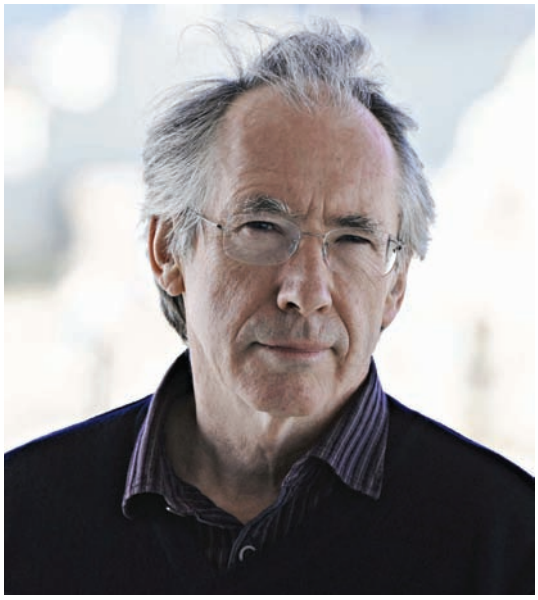
Por supuesto, la guerra también fue un momento de verdad para los argentinos, aunque tampoco de este lado haya sido fácil verlo. Si los ingleses de la noche a la mañana se despertaron conservadores, los argentinos se encontraron con otra realidad. No la realidad de la pobreza, del subdesarrollo. Esa ya la conocíamos hacía tiempo; lo que descubrimos y no quisimos ver en 1982 fue que estábamos del lado equivocado de la Historia. Aclamamos a un gobierno fascista en la plaza de Mayo. Nos cagamos en el derecho de los pueblos a la autodeterminación. Causamos miedo. Y perdimos. Entre los pocos escritores argentinos que entonces se animaron a señalar estas cosas, y que se animan a hacerlo ahora, está Abelardo Castillo.

No es necesario, en el mundo de habla hispana, presentar al autor de libros como *Israfel*, *Cuentos crueles*, *El que tiene sed*, *Crónica de un Iniciado*, *El Evangelio según Van Hutten* o *El espejo que tiembla*. Es casi superfluo repetir que es uno de los mejores escritores argentinos de cualquier época y el único escritor vivo al que podemos considerar, sin mucho miedo a equivocarnos, como un clásico. Lo que me importa destacar, antes de dejarles la palabra a ellos, es que Castillo en cierta forma lleva toda una vida escribiendo sobre este asunto. Como cuenta en la entrevista, se ocupó de señalar en público, en el momento de la guerra con Gran Bretaña —como lo había hecho antes, ante lo que parecía una guerra inminente con Chile— que un país es su gente, no su geografía, y que parecíamos haber olvidado eso. Pero, por encima incluso de esas intervenciones, está su ficción.

Castillo no escribió novelas ni cuentos sobre la guerra ni, dice, le interesa demasiado lo que escribieron otros. Pero no hay casi libro de Castillo que no trate, de una manera o de otra, acerca de algo que toca el corazón de lo que fue, para la Argentina, la experiencia de la guerra: el descubrimiento de la propia culpa y sus consecuencias. Un hombre descubre que lleva el mal adentro y tiene que encontrar una forma de vivir con eso. A veces encuentra la forma, y hasta sale engrandecido, otras sucumbe bajo ese peso. Así le sucede al hombre que da vueltas por un departamento en "Vivir es fácil, el pez está saltando", hasta que salta por la ventana. Así le sucede al narrador de "Crear una pequeña flor es trabajo de siglos", que sabe, al final de ese cuento hermoso y terrible, que en adelante no tendrá un lugar sobre la tierra. Y así le sucede, pero de otra manera, más enigmática, y al cabo más luminosa, a Esteban Espósito, el protagonista de dos grandes novelas argentinas: *El que tiene sed* y *Crónica de un Iniciado*. Espósito pacta con el Diablo. Pero el Diablo le aclara: el pacto ya fue firmado y sellado hace mucho tiempo. Lo que se espera de vos es que reconozcas mi existencia. ¿La existencia del Diablo? Sí, la existencia de esa culpa, de esa irreparable imperfección que Espósito lleva adentro, y que tiene que llevar hasta las últimas consecuencias para poder mirarla cara a cara y, así, convertirse de verdad en un hombre. Yo siempre sentí que esa novela admitía ser leída como emblema o alegoría del país donde fue escrita. El Diablo, a cambio de todas las pruebas y todas las ignominias que esperan a Espósito, y que no son menos dolorosas que eso que la Argentina tuvo que pasar, eso que tuvo que entender acerca de sí misma, durante la guerra de las Malvinas, solo promete una cosa: "De todo esto saldrá un libro".

Que hablen, entonces, los escritores.

IAN McEWAN
UN ÉXITO INCÓMODO



—¿Recuerda qué sintió cuando supo que la Argentina había ocupado las islas?

—Sí, lo recuerdo muy bien. Yo por entonces estaba muy metido en el trabajo que estaba haciendo, que era el guion de la película *The Ploughman's lunch*. Con el director, Richard Eyre, habíamos tenido una colaboración muy linda en una película de televisión, y se nos ocurrió hacer una película a secas. Habíamos visto un film polaco, *Hombre de hierro*, y nos gustó la idea de hacer nosotros también una película situada en el presente, que captara lo que fuera que estuviese ocurriendo. A grandes rasgos, se trataba de un periodista muy ambicioso que se propone escribir un libro sobre la crisis del canal de Suez, en 1956, y que quiere tomar una posición revisionista: Suez no habría sido una gran decepción, Gran Bretaña en aquella ocasión habría actuado muy bien... En otras palabras, este periodista intenta dar vuelta la Historia para acomodarse a los nuevos tiempos. La señora Thatcher por entonces acababa de llegar al poder y quería que Gran Bretaña fuera grande, poderosa, con influencia en las demás naciones; en consonancia con esto, nuestro periodista quiere rescatar aquel momento de vergüenza nacional que fue Suez. Y justo cuando yo estoy terminando el primer borrador, llega la noticia de que fuerzas argentinas han desembarcado en las Georgias del Sur. Para mí, la palabra Georgia siempre ha evocado un pedazo de roca yermo, así que me parecía increíble que alguien decidiera hacer un desembarco ahí. Pensé: "¡Pero esto es increíble!"

—Era un gusto que les daba la Historia...

—Sí, un regalo de la Historia a nuestra película. Y la crisis fue a más, y más, y más. Y entonces, después de terminar ese primer borrador, yo le pedí a Richard que hiciéramos otro, y a partir de ahí la idea fue que todo lo que pasara con la crisis de las Malvinas fuera el telón de fondo de nuestra película. De esta manera logramos hacer muchas cosas; por ejemplo, yo logré meter en el guion una escena en la que la señora Thatcher da un discurso triunfal en la asamblea de su partido. Infiltramos a nuestros actores con credenciales de un canal de televisión y los hicimos actuar de acuerdo con el guion a pocos pasos de la señora Thatcher, mientras ella hablaba. Por todo esto, para mí toda la crisis de las Malvinas es inseparable de aquel proceso de escritura.

—Pero ¿cómo balanceaba su percepción de la guerra en calidad de escritor con lo que sentía como ciudadano?

—Más o menos el ochenta y cinco por ciento del país, de acuerdo con todas las encuestas, apoyaba el envío de la flota. Entonces se dio una de esas situaciones curiosas, cuando hay un clamor popular inmenso, y sin embargo nadie que uno conozca, al parecer, está a favor. Entre los escritores, los intelectuales, la gente que yo conocía, nadie apoyaba nuestra intervención... con una excepción: mi querido amigo, el finado Christopher Hitchens. Con él tuvimos muchas discusiones sobre esto. Por entonces, la opinión más frecuente entre la gente de izquierda era que esto era de nuevo la crisis de Suez, que estábamos actuando por reflejo imperial, que estábamos estirando nuestros recursos más allá de lo posible, que debíamos encontrar una solución diplomática, ya que había gente que iba a morir. Y recordemos que la señora Thatcher era muy impopular en aquel momento, como lo había sido durante sus dos primeros años de gobierno, así que la crisis era claramente una oportunidad que ella tenía para revertir la situación política. Ahora bien, Christopher, que era un hombre de izquierda, pensaba que debe ser posible examinar la verdad de un postulado sin importar quién más lo sostiene. Su posición, que él defendió con mucha elocuencia, se resume así: uno, estamos lidiando con un gobierno fascista; dos, esta es por lo tanto una guerra antifascista; tres, la guerra va a llevar a la caída de la Junta. Bien, yo debo reconocer que en varios aspectos, los hechos le dieron la razón. Y para ser justos con la señora Thatcher, esa era también su posición; ella no dijo simplemente que teníamos que responder a una agresión, sino que subrayó que nos enfrentábamos a un gobierno de tipo fascista, y sus discursos estaban llenos de retórica churchilliana. Yo creo que ella tenía una idea muy clara de las consecuencias que tendría la guerra. Dicho esto, creo también que si la Argentina hubiera sido entonces una democracia liberal, ella de todas formas habría declarado la guerra.

—¿Qué dejó la guerra en la conciencia colectiva de Inglaterra?

—La cosa, para mí, guarda ciertos paralelos con la muerte de la princesa Diana, en el sentido de que al año siguiente de la guerra se celebró un Día de las Malvinas, hubo un enorme desfile, con banderas y trompetas y tambores, y al año siguiente se celebró de nuevo pero ya fue un poco más tranquilo, y después cada año un poco menos, hasta desaparecer. Desapareció porque fue obliterado por la guerra de Irak, por Afganistán, por el terrorismo islámico. Ahora hay dos cosas que la traen de vuelta: primero, claro, el aniversario, y además está la película con Meryl Streep, que hasta cierto punto ha reanimado la conversación. Y claro, están las maniobras de Argentina para hacer causa común con los demás países de la región e impedir que barcos con la bandera de Malvinas atraquen en los puertos. Pero la verdad es que el tema no resuena mucho. Yo creo que el momento clave, el momento que vindicó a aquellos de nosotros que estábamos en contra de la guerra, fue el hundimiento del Belgrano. Habría sido perfectamente posible para nuestro submarino nuclear localizar la posición y dirección del Belgrano, podría haberle lanzado una advertencia. Aquel fue, yo creo, el momento más oscuro de todo el conflicto.

—En estos días hay una escalada verbal entre el gobierno británico y argentino a propósito de las islas. Los dos gobiernos se acusan mutuamente de colonialismo. ¿Qué le parece?

—Que los dos tienen razón. Argentina tiene un historial terrible en este sentido: a lo largo de su historia, ha desplazado a pueblos indígenas enteros. Y Gran Bretaña, evidentemente, también. Pero en lo referente a las Malvinas, el único argumento argentino es la proximidad geográfica, y esto siempre es problemático. Cuando España reclama la soberanía sobre Gibraltar, Gran Bretaña siempre le recuerda que España posee islas sobre la costa de Marruecos. Lo cierto es que cada país agarra lo que puede, y estoy seguro

de que si Argentina ocupara la isla de Wight, no la cedería fácilmente.

—Claro que no. Imagínese los festivales de rock que podríamos armar ahí.

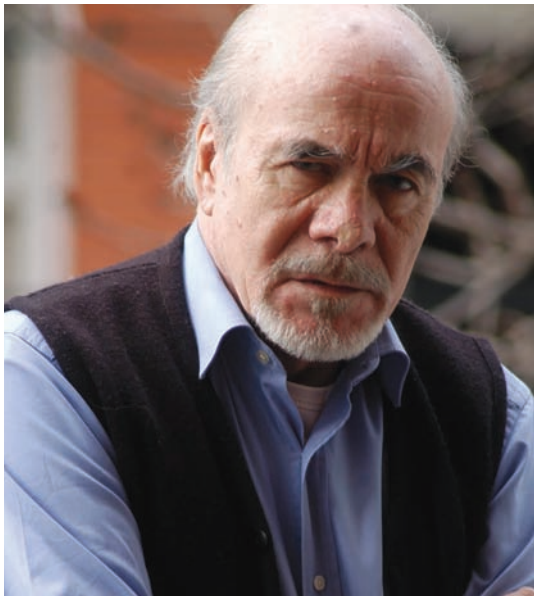
—Sí... Pero el hecho es que las Malvinas han estado habitadas por gente de habla inglesa durante cerca de doscientos años, así que en este sentido son casi comparables con Estados Unidos. Además, los malvinenses son un poco como la gente de Ulster, en Irlanda del norte: son más leales a la corona y más ingleses que nadie. Saludan a la bandera con el brazo mucho más rígido que nosotros. Así que si el asunto se resolviera por voto popular, no hay duda de cuál sería el resultado...

—En la Argentina, algunas de las novelas más notables de los últimos veinte años se ocupan de las Malvinas. En Inglaterra no hay nada parecido. ¿Se le ocurre una explicación?

—La verdad es que nunca lo he pensado. Pero creo que tiene algo que ver con el hecho de que la mayoría de los escritores británicos estaban en contra de la guerra, y sin embargo la señora Thatcher tuvo éxito; esto resulta muy incómodo. Quizá sería un tema más atractivo si nuestra flota se hubiera visto obligada a dar media vuelta, perseguida por los exocets, y Argentina estuviera ahora en posesión de las Malvinas. Pero aquí, en general, los que estaban en contra tuvieron que quedarse de brazos cruzados, y cuando la flota regresó, fue una apoteosis: hubo todo ese arranque de patrioterismo, y la popularidad de la señora Thatcher se disparó, así que como tema resultaba por lo menos incómodo. A la mayoría de los escritores les parecía que el éxito le había sonreído a la persona equivocada.

ABELARDO CASTILLO

UNA GUERRA IDIOTA



—¿Recuerda qué sintió cuando supo que estábamos en guerra? ¿Ha cambiado ese sentimiento desde entonces?

—Recuerdo muy claramente esos días, pero antes de hablar de esa guerra idiota, y de este nuevo conflicto, siento la obligación de confesarte algo. Hoy, en la Argentina, existen problemas mucho más graves que el de Malvinas. La pobreza, la decadencia de la educación, que es casi su colapso, las sospechas de corrupción que alcanzan hasta el Vicepresidente, el caso Schoklender, la famosa y eterna fuga de capitales, el escándalo de la minería a cielo abierto, y todo esto mientras los diputados y los senadores se aumentan sus sueldos y sus dietas como si se sintieran estrellas de Hollywood; todo este circo siniestro hace de las Malvinas un tema menor, o una excusa. Y si me apuran, hasta sospecho que por el lado de Gran Bretaña ocurre algo parecido. Que fue más o menos lo que pasó en el 82. La señora Thatcher tenía casi tanta necesidad como la dictadura militar argentina de que hubiera un conflicto, y si ese conflicto era con las armas, mejor. El llamado hombre medio es muy estúpido, acá y en Europa. Nada enfervoriza, nacionaliza y une más a la gente que una guerra. Por supuesto, hoy no habrá ninguna guerra. La Argentina esta vez no la quiere, y no solo no la quiere: no tiene con qué hacerla. La Argentina no podría sobrellevar una guerra ni contra el principado de Mónaco.

—Todavía no me contestó qué sintió aquella vez, cuando supo que estábamos en guerra.

—No tuve oportunidad de sentir nada, porque ya lo había sentido antes, cuando la ocupación de la islas. Sentí que esa ocupación era una locura, y al mismo tiempo, mi hombre medio interior, el estúpido, no pudo dejar de sentir cierto patriotismo dolorido, humillado. Toda mi generación aprendió en el colegio que las islas eran nuestro territorio, que había una cosa más o menos enigmá-

tica llamada plataforma submarina que las hacía nuestras. La escuela primaria nos había convencido de que esas islas y las islas llamadas de los Estados, así como toda la Tierra del Fuego y todo el estrecho de Magallanes y el canal de Beagle, y una formidable porción de la Antártida, eran nuestros más o menos en el mismo sentido que son argentinos la provincia de Catamarca o el pueblo de Carapachay o el obelisco. Y de pronto descubríamos que tal vez no, que para los ingleses no, que para ellos ni siquiera se llamaban Malvinas, y que por lo tanto, para ellos, no habíamos ocupado simbólicamente un territorio nacional usurpado, sino invadido militarmente una parte vital de Gran Bretaña: un estratégico punto de control entre dos océanos. Eso significaba sencillamente que habría guerra, y por eso te digo que no sentí nada nuevo. Era muy claro que iba a haber guerra: la guerra, o su amenaza, era más necesaria para Inglaterra que para nosotros. El problema con los mineros, el creciente descrédito del gobierno conservador, gracias a la palabra "guerra", desaparecían del primer plano político. Para la Thatcher esto fue un regalo de Dios, fue su Pearl Harbor. Los militares argentinos, aunque parezca mentira, no creían en la guerra, incluso soñaban que los Estados Unidos iban a disuadir a los ingleses obligándolos a tratar la cuestión en los foros internacionales. Qué candor, qué disparate. Yo me acuerdo que mis amigos intelectuales tampoco creían en la guerra. Los argumentos eran cómicos, por no decir patéticos. Se decía que el frío del sur y la enorme distancia eran demasiado para un inglés. ¿El frío? Parece que nadie se daba cuenta que los ingleses viven pegados al mar del Norte, que están casi tan cerca de Groenlandia como del Continente. ¿La distancia? ¿Cuándo le preocuparon las distancias a un inglés? Nadie recordaba que los barcos ingleses, antes de Suez, daban la vuelta al mundo, dejando medio camino atrás las Malvinas, para visitar amablemente la India y ya que estaban, colonizarla. Decían que el poderío naval inglés ya no era el de antes. ¿Ves ese sillón de lectura que tengo ahí? Bueno, es del siglo XIX. Lo trajo el abuelo inglés de un amigo mío, que me lo regaló. Ese sillón ha soportado generaciones de niños desaforados, de perros de caza, de amantes repentinos, y ahí está. Yo se lo mostraba a mis amigos y les decía: ¿Ven? No se le ha aflojado un tornillo en un siglo; ahora imaginen los que es una fragata inglesa, un destructor, un caza de combate o un submarino atómico. Eso es más o menos lo que sentí, que vivía en un manicomio.

—En *Crónica de un iniciado*, el protagonista, Espósito, afirma de manera imperiosa que un país es su gente. Las Malvinas están habitadas desde hace generaciones por personas que se sienten ajenas a la Argentina y parte de la órbita inglesa. ¿Qué dice usted?

—Digo lo mismo que Espósito. Y además lo escribí mucho más claramente otras dos veces: cuando el conflicto del Beagle con los chilenos, y en los días de la guerra con Gran Bretaña. Un país no es un dibujo en un mapa, es su gente. Su gente y sus árboles y sus perros y todo lo que vive y odia y ama y muere sobre esa tierra y esas piedras. No hay más soberanía que esa. Pero la verdad completa es que los isleños, hasta 1982, no se sentían tan "ingleses" como hoy. Tampoco se sentían argentinos, por supuesto. Esa guerra estúpida los obligó, por miedo, a sentirse amparados por Inglaterra. Soy argentino y puedo pensar que esas islas nos pertenecen desde 1816, las islas, no la gente, como no me hace falta ser argentino para saber que Gran Bretaña hizo su imperio con la piratería y el coloniaje. Pero si yo fuera kelper no querría ser argentino ni inglés ni uruguayo ni croata ni kirguís, querría ser un hombre libre sobre una tierra libre. Si la discusión se lleva a los foros internacionales, ahí deberían estar también representados los isle-

ños. No como súbditos ingleses, sino como hombres libres cuyos padres e hijos nacieron, vivieron, murieron y van a morir en esas islas. Entonces sí que empezaríamos a hablar en serio de soberanía. Tal vez soy un traidor a la Patria, lo siento mucho por la Patria. No creo en las plataformas submarinas ni en derechos de propiedad por colonización o por robo. En cuanto a la plataforma submarina, mejor no creer mucho en ella. ¿Desde dónde juzgamos la plataforma submarina? ¿Desde nuestras costas o las de las islas? Porque, juzgadas desde allá, parte de nuestro país pertenece a la plataforma submarina de las islas.

—La literatura inglesa reciente apenas ha tocado el tema de las Malvinas; no así la literatura argentina, que cuenta varias novelas y cuentos sobre el tema. ¿Ha leído alguno? ¿Le ha interesado alguno? ¿Ha imaginado alguna vez una ficción sobre la guerra?

—Casi no he leído ficciones sobre Malvinas, y lo poco que he leído me pareció olvidable, salvo quizá alguna página de Fogwill. No me gustan los escritores que están esperando una guerra, la aparición del SIDA, el matrimonio igualitario o la caída del muro para escribir una novela. De los ingleses, no espero nada. Un inglés no puede escribir sobre esta guerra, no solo porque la ganaron sino porque para ellos no tiene nada de épico. Mandaron a las islas la flota más grande y mejor armada desde la Segunda Guerra, casi treinta mil combatientes profesionales. Casi treinta mil, que es algo así como el doble de los soldados que tiene hoy todo el ejército argentino. Los argentinos combatían con chicos de dieciocho años, que carecían de entrenamiento militar. Hoy, Gran Bretaña juega a que nuestro poderío bélico podía poner en peligro a su armada, lo he leído y lo he visto en una película. Es grotesco. Nosotros teníamos tres o cuatro misiles y armas casi obsoletas, Inglaterra contaba con el apoyo logístico norteamericano y, según sabemos, chileno. Esa guerra estaba perdida antes de empezar. Por supuesto, cuando se gana una guerra hay que elogiar y magnificar al enemigo, si no, cuál es el mérito. No sé si algún día, en la Argentina, se podrá escribir un gran texto literario sobre esos años, creo que hoy todavía no se puede. En cuanto a los ingleses, no van a poder nunca. Salvo que fueran como Esquilo, cuando escribió *Los Persas*, que eligió el punto de vista de los vencidos y nos dejó una de las mejores tragedias griegas. Pero mucho me temo que no hay ningún Esquilo en la literatura inglesa contemporánea. Herbert Read, el escritor anarquista inglés, decía que en los últimos cuatrocientos años Inglaterra no había dado una sola obra de arte. Por qué pensar que esa obra va a aparecer justo ahora, ¿no?

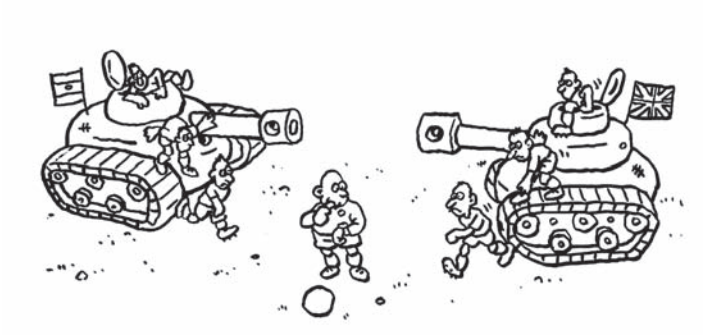
—En estos días hay una escalada verbal entre el gobierno argentino y el británico sobre las Malvinas. Para algunos, maniobras de ambos gobiernos para subir en las encuestas mediante la apelación al patrioterismo; para otros, un asunto visceralmente doloroso que merece una lucha, al menos diplomática, o incluso algo más. ¿Qué opina usted?

—Bueno, en algún sentido ya hablamos de esto al principio. Creo que se trata de las dos cosas, de una doble maniobra política que sirve para enmascarar graves problemas internos, y también, de un hecho visceralmente doloroso. Esto último vale solo para nosotros y para los isleños. Lo que no creo es que nadie, hoy, piense que esto merece una lucha, en la acepción bélica de la palabra. No puedo hablar en nombre de los isleños, pero no se precisa ser adivino para comprender qué están sintiendo: miedo. En cuanto a nosotros, volvemos a sentir aquello de que te hablé, el rencor del patriotismo herido. Lo mismo les pasa a los españoles cada vez que hay un conflicto en Gibraltar. Lo que no sé es cómo se va a resolver esto, ya que ningún Primer Ministro inglés querrá ser el primero en aceptar que la soberanía de Malvinas admite discusión. El problema es complejo porque, hasta el siglo XIX, no existía nada que pudiera llamarse soberanía en el sentido que lo entendemos hoy. La propiedad de los territorios era personal, pertenecía al monarca, y se transmitía sencillamente por herencia, como una cosa. No había nacionalidades sino propiedades dinásticas. Para nosotros, esas islas son natural y legítimamente nuestras a partir del momento en que nos independizamos de España, digamos 1810 o 1816, aunque nunca nos hayamos molestado en poblarlas; para los ingleses, que se apoderaron de ellas en 1830, fueron algo sin dueño (la corona española) que encontraron en el mar. Ya se sabe que una buena porción del cerebro inglés nunca llegó al siglo XIX, los británicos ni siquiera se enteraron de la Revolución Francesa. Para ellos no hubo usurpación ni robo, fue un afortunado hallazgo de la corona. ¿Cómo se soluciona esto? No sé. ¿Qué opino? Que las Malvinas, hoy, son territorio argentino, pero que cuando se admita esto, si algún día se lo admite, vamos a tener que luchar por la libertad y la independencia de los isleños. ◣

diario de un combatiente
¡DA!
Nací en Londres en 1962 y prontamente mi familia se trasladó a la Argentina.
LIVERPOOL
RA-TTIN! RA-TTIN!
Jamás presté atención a las tradiciones inglesas de mis padres. Yo opté por nacionalizarme argentino.
Cuando estaba cumpliendo el último tramo de mi servicio militar obligatorio a Galtieri se le ocurrió lo de las Malvinas.
En el primer ataque que Participé, caí presa de las balas y mi brazo izquierdo quedó desintegrado.
SHEFFIELD
Los ingleses me tomaron prisionero, llevándome a una de sus naves más poderosas, el Sheffield. Allí me iban a someter a una operación quirúrgica.
SUNK!
227
Un certero ataque de misiles argentinos hundió el buque cuando me estaban a la sala de operaciones.
SHEFFIELD
SHEFFIELD
En el Sheffield perdí las piernas, recibí esquirlas en la cabeza. Helicópteros me sacaron de ese infierno.

ANTELOPE
ARGIE SURVIV 227
El Antelope era un buque más chico, pero grato. Seguía prisionero de guerra, y una conmoción cerebral me impedía escuchar Radio "Liberty".
SUNK!
GOD SAVE A MI!
Otro ataque argentino acertó su blanco en este tesoro de la Royal Navy. El Antelope se hundió con mi pelvis, mi brazo derecho, y mi collar de identificación.
SIR GALAHAD
Fui recogido por el Sir Galahad, un buque que se trasladaba hacia Bahía Agradable.
S.O.S.!
SIR GALAHAD
La precisión de los aviadores argentinos hizo gala con el Sir Galahad. Una explosión y... bueno, solo se salvó mi hisopado.
PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN LOS CIELOS...
QUEE
ELIZABE
Por fin terminó la guerra y fui trasladado al Queen Elizabeth II. Temí por un ataque rezagado que por suerte no llegó.
REFRIGERADOR DE PRIMERA CLASE
Queen Elizabeth II
En medio de una excelente atención brindada por los vencedores, y viajando en un refrigerador de primera clase, arribé por fin a Gran Bretaña.
227
Cansado de las agresiones argentinas, pedí la nacionalidad inglesa. Me encuentro muy orgulloso de ello, y lo discutiría a muerte.
REP

Soluciones frívolas para la guerra



—¿Cómo es el reglamento oficial de la guerra? —le pregunto a Chiri— ¿Se puede impugnar un resultado alegando que un presidente era fascista, o tenía alzheimer?

—En la guerra no sé, pero en el fútbol no se puede —me dice Chiri—. Imagináte que Inglaterra dice: "Ok, el presidente de ustedes estaba borracho, anulemos el resultado de la guerra y empecemos a dialogar; pero el primer gol de Maradona fue con la mano, así que abramos la vía diplomática para ver quién pasa a la semifinal de México 86".

—¡Qué linda pregunta para un plebiscito nacional! —le digo—. ¿Malvinas argentinas y un mundial menos, o campeones del mundo en México y Malvinas inglesas?

—Epa —dice Chiri, y se queda pensativo unos segundos—... Es como si hubiera que elegir entre que te arranquen los ojos o te corten el pito.

—Habría que juntar las dos cosas. Las guerras deberían dirimirse con un partido de fútbol entre las selecciones de los dos países en litigio.

—¿Y qué pasa si el partido sale uno a uno?

—Una isla para cada país.

—Sos un gordito frívolo —me dice Chiri—. Estás haciendo chistes con temas complicados. Te van a linchar en Twitter como a Gustavo Sala.

—¡No, lo digo en serio! Si ir a la guerra certifica que no fue posible una solución inteligente, habría que encontrar una solución estúpida, pero menos trágica. El fútbol es una solución frívola, es cierto, pero solamente te deja un par de lesionados.

—Puede ser —me dice, sin convicción—. Pero esa idea solamente funciona en países con poderío futbolístico. ¿Cómo resolvés un litigio entre Estados Unidos y Cuba?

—Ellos deberían jugar al deporte ese tan aburrido en el que la gente corre en un panal de abejas dibujado en el suelo y si la pelotita se va a la calle es buena noticia y que se juega con un palo de asustar ladrones.

—Béisbol.

—Sí, eso. No me salía la palabra.

—A mí me gusta seguirlo a @dieguez_ en Twitter —me dice Chiri—. Es gracioso y casi siempre tiene razón. A propósito de solucionar las guerras de otra manera, el otro día dijo: "Ves un par de capítulos de *Sherlock* y te dan ganas de regalarle las Malvinas a los ingleses y parte de la Patagonia también".

—Es que los ingleses son geniales haciendo televisión. No solo *Sherlock*. Hay muchas series británicas muy buenas. *Ashes to Ashes* y *Life on Mars*; *The IT Crowd*, *Dead Set*, *Psychoville*, todo Ricky Gervais, todo Steven Moffat... Y estos son los primeros ejemplos que me vienen a la cabeza.

—¿Y *Misfits*?

—¡Claro! Buenísima también. Una serie para adolescentes que disfrutamos todos. Lástima que en la última temporada no haya estado nuestro querido Nathan. Era obvio que ese muchacho iba a volar alto.

—Natahn, en la vida real, se llama Robert Sheehan. No hay nadie mejor que él, salvo Toscanito, el actor de *Pelota de trapo*. Yo creo que Toscanito es el mejor actor argentino.

—Me encanta esa parte de la entrevista en la que Abelardo habla del sillón de lectura inglés del siglo XIX. "Ese sillón ha soportado generaciones de niños desaforados —dice—, de perros de caza, de amantes repentinos, y ahí está. Yo se lo mostraba a mis amigos y les decía: ¿Ven? No se le ha aflojado un tornillo en un siglo; ahora imaginen lo que es una fragata inglesa, un destructor, un caza de combate o un submarino atómico. Eso es más o menos lo que sentí, que vivía en un manicomio."

—¡Cuánta razón! Si Juan López y John Ward no se hubieran muerto en Malvinas ahora pensarían lo mismo que Castillo y McEwan.

—Ponéle la firma, gordito.

—Gran mérito de Garcés, que fue un excelente médium entre ambos —le digo a Chiri—. Al mejor estilo José A. Pérez y su maravillosa Ouija. ◣

¿? POR QUÉ TOMAS

TÚ DICES:

"POR EL PLACER DE DISFRUTAR UN BUEN VINO"

EN REALIDAD:

FUE LO MÁS BARATO QUE ENCONTRASTE EN EL SÚPER

TÚ DICES:

"ES UN CLÁSICO DE LA FIESTA"

EN REALIDAD:

TIENES PÉSIMO GUSTO

TÚ DICES:

"VA CON MI PERSONALIDAD"

EN REALIDAD:

CREES QUE TE HACE VER COMO UN ROCKSTAR (JAJAJA)

TÚ DICES:

"TIENE ONDA"

EN REALIDAD:

TE QUEDASTE ATRAPADO EN LOS NOVENTA

TÚ DICES:

"PORQUE SOY MACHO"

EN REALIDAD:

TE URGE VER GUAPA A LA CHICA DE ENFRENTE

TÚ DICES:

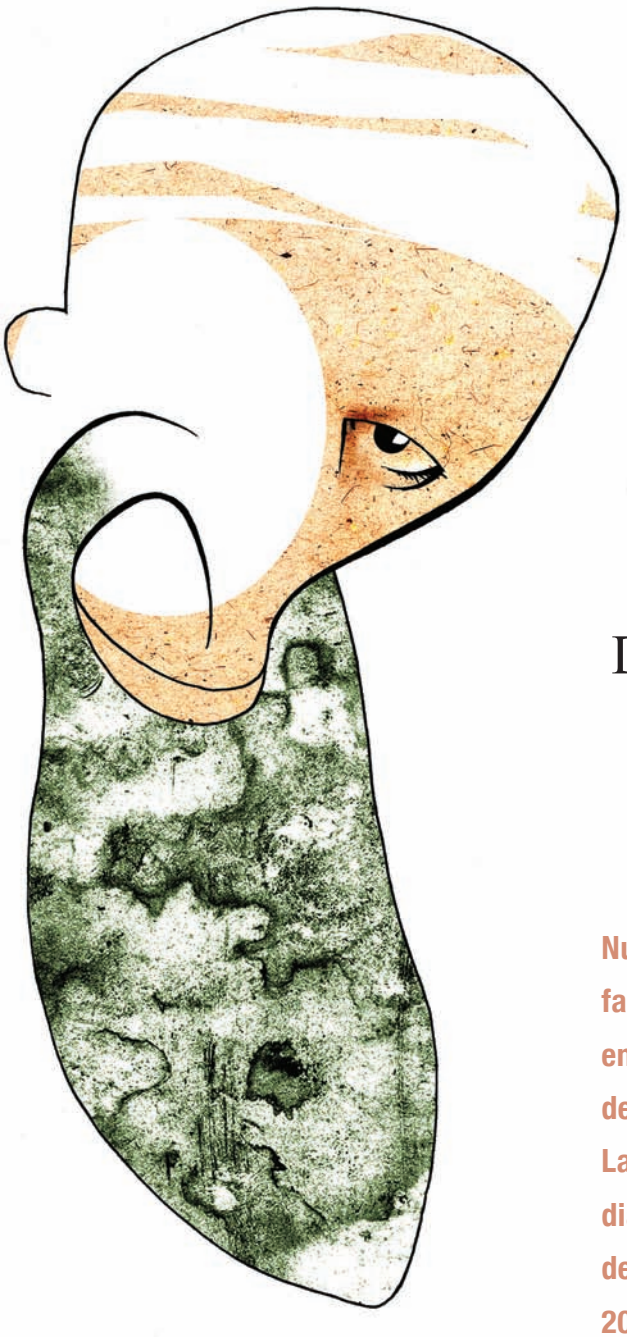
"NADIE LE DICE QUE NO A UNA CERVEZA"

EN REALIDAD:

TIENES TODA LA RAZÓN

Por José A. Pérez

Bin Laden:



"Tirar las torres gemelas fue la operación inmobiliaria más rentable de la historia"

Nuestro médium buscó algún muerto famoso que hubiera fallecido entre enero y febrero, pero estaban todos de vacaciones. Entonces fue a por Bin Laden. Esta entrevista se realizó mediante el uso de ouija la medianoche del trece al catorce de febrero de 2012, en la casa del periodista.

—¿Señor Bin Laden?

Ruido indescriptible procedente del más allá o quizá del piso de arriba. Desde que ese tío se divorció no para de hacer ruidos extraños por la noche. Creo que bebe. A veces se lía a golpes contra los muebles. Una vez llamé a la policía y al día siguiente me llamó mamarracho en el ascensor.

Otro ruido. Definitivamente no es arriba. Es el inconfundible sonido del éter.

—Señor Bin Laden, ¿está con nosotros?

—¿A ver?

—¿Sí, me oye?

—Alto y claro.

—¿Es usted Bin Laden?

—Sí, ¿quién es?

—Me llamo José Antonio Pérez. Soy un periodista español. Quería saber si es posible entrevistarle para una revista.

—¿Qué revista?

—Orsai.

—No la conozco. ¿Es un fanzine?

—No, no, es una revista, lo que pasa es que… Eh… Bueno, se distribuye principalmente por suscripción anual.

—Apasionante. ¿Va a ser así toda la entrevista?

—No, eh… Lo primero que me gustaría saber es dónde está usted exactamente.

—Pues mira, no te lo vas a creer, pero resulta que los católicos tienen razón.

—¿Sí? ¿Está usted en el infierno?

—No. ¿Cómo? No, no. Estoy en el cielo.

—¿En el…? Pero… O sea, que no le siente mal, pero usted es el responsable de miles de muertes.

—Eso es así.

—Pero entonces… ¿Cómo…? ¿Cómo ha llegado usted al cielo?

—¿Tú crees que yo soy idiota?

—No, yo…

—¡¿Tú crees que uno llega a ser el más buscado de la tierra siendo idiota?!

—No.

—No, exacto. No soy idiota. Pasé toda mi vida pensando en términos estratégicos. Hasta el último segundo. ¿Y sabes lo que hice el último segundo?

—No.

—¡Pedir perdón! ¡Ja! Qué puta genialidad, ¿eh? Le pedí perdón a todos los dioses por si acaso. ¡Estrategia, muchacho!

—Y bueno… ¿Cómo se sintió cuando descubrió que los católicos tienen razón?

—Hombre, como sabrás, yo era más de Alá. Pero una vez que estás aquí, ¿qué vas a hacer? Yo fui donde Dios y le dije: mira, yo creía en otra deidad, soy imperfecto, culpa tuya, haberme hecho bien.

—¿Y qué le dijo?

—Ni idea. A Dios no se le entiende.

—Ya. Supongo que es algo así como luz, ¿no?

—No, no, qué coño va a ser luz. Lo que pasa es que no vocaliza.

—¿Cómo?

—Que Dios no vocaliza. Habla como si tuviese algo en la boca, es una cosa muy incómoda, porque se te pone delante y te empieza a farfullar y tú asintiéndole a Dios como un imbécil sin saber lo que dice. Muy incómodo. En marzo estuve con Jesucristo y le digo: ¿tu padre, *qué*? Y me dice, qué de qué. Digo, coño, que no vocaliza, que no se le entiende. Y me contó (esto no lo publiques) que cuando estaba en la cruz, Dios le hablaba pero no le entendía nada. Me dice: es que no sabía si me decía que me bajara de la cruz o que aguantara colgado, fue muy angustioso. Encima, claro, Jesucristo no te creas tú que es muy espabilado. Es buen chaval, pero es un poco tonto, yo creo que le falta un hervor. Total, que cuando ya vino al cielo, después de morir, resucitar y todo eso, se enteró de que Dios le estaba diciendo: lanza rayos por los ojos y mátalos a todos. Pero claro, tarde.

—Ajá. Y dígame, ¿qué tal le tratan por ahí?

—Pues mira, al principio hubo un poco de hostilidad, sobre todo con las almas que estaban en las torres, claro. Pero, ¿qué vas a hacer, estar con rencillas toda la eternidad? Na, pues te das la mano y tiras para alante. Que siempre hay un poquito de resquemor, ¿eh?, no te vayas a creer que en el cielo todo es buen rollo.

—Cambiando de tema, ¿realmente le tiraron las fuerzas aéreas norteamericanas al océano?

—¿Eso dijeron?

—Sí.

—La madre que los parió… Pues mira, la verdad es que me morí de un cólico nefrítico crónico a finales de 2004.

—¿Qué?

—Como lo oyes. Qué muerte más jodida, tú. No se la deseo a nadie en el mundo.

—Pero entonces… ¿a quién mató el ejército de los Estados Unidos en 2010?

—¿Y cómo coño quieres que lo sepa? Yo me tiré todo 2010 discutiendo con Adolf Eichmann.

—¿Adolf Eichmann también está en el cielo?

—Sí. Es el responsable de los desplazamientos. Piensa que aquí hay almas desde el principio de la Humanidad, en hora punta no hay Dios que se mueva. Eichmann es muy cansino. Pero muy cansino, ¿eh?, igual es el tío más pesado que he conocido yo en mi vida. Pero las cosas como son: organizado como él solo.

—Y, oiga, no se ofenda, pero… ¿Se arrepiente sinceramente de lo que hizo?

—Pues mira, sé que mucha gente no me creerá, pero la verdad es que sí que me arrepiento de muchas de las cosas que hice.

—¿Por ejemplo?

—De no haber aprovechado mejor el entrenamiento que me dio la CIA. Yo era joven, y un poco pasota, ya sabes cómo son los chavales a esa edad. Le daba mucho al porro. Pero luego te haces mayor, te toca planificar el atentado más grande jamás cometido, y piensas: tendría que haberle hecho más caso a la CIA.

—Eso que dice es un poco… paradójico.

—No veo por qué.

—Hombre, porque le entrenó el mismo país que usted juró destruir, y claro…

—Ya estamos con lo de siempre. Estás cayendo en el prejuicio cognitivo.

—¿Sí?

—Hombre, totalmente. Yo solo hacía lo que me pedían. La CIA me daba dinero para dinamizar los mercados y yo lo gestionaba como buenamente podía.

—¿Dinamizar los mercados?

—Irak y Afganistán, tres billones de dólares directamente de los bolsillos de los contribuyentes a empresas privadas. Tirar las torres gemelas fue la operación inmobiliaria más rentable de la historia. ¿Y alguien me lo ha reconocido? ¿Tú has visto que a mí me hayan dado un Premio Nobel o algo? ¡Venga, no me jodas, si hasta Kissinger tiene un Nobel y ha matado a muchísima más gente que yo!

—¿Me…? ¿Me está diciendo que el 11-S fue una operación financiera?

—Nosotros lo llamábamos EDM, Elemento Dinamizador del Mercado. Fue una idea de Noam Chomsky.

—¡¿Noam Chomsky estaba en el ajo?!

—¿Pero de dónde coño sales tú? ¡Por supuesto que Chomsky estaba en el ajo, Chomsky está en todos los ajos! Se las sabe todas. Por un lado va diciendo que es socialista y por otro invierte en la FOX. Una vez me invitó a cenar en su casa, y allí estuvimos Rupert Murdoch, Bill Gates y yo. Nos intentó convencer de que tirásemos los servidores de Google, pero nadie lo veía claro, más que nada porque todos teníamos Gmail y la verdad es que es un servicio cojonudo.

—Pero entonces Al Qaeda…

—Mira, Al Qaeda se lo inventó Clinton para blanquear dinero. A finales de los noventa yo estaba tranquilamente en casa terminando mi primera novela, una fábula protagonizada por un oso panda, cuando me llamaron de la Casa Blanca. Me pusieron avión y todo, en ese sentido nunca he tenido ninguna queja. El caso es que fui para allá, me cogió Clinton, y me dijo: ¿eres autónomo? Y yo: no. Me dijo: pues te haces autónomo. Y yo: ¿para qué? Y me dice que desde que cayó el muro de Berlín llevan dándole vueltas a una cosa y que ya la tienen lista y que quieren que me encargue yo. Era Al Qaeda, claro. Digo: pero, hombre, esto es muchísimo trabajo. ¡Y tanto que lo fue! Había mañanas que me levantaba cansado. ¿Usted sabe lo que es dirigir un grupo terrorista internacional con células en todo el mundo? Al final acabas viviendo para trabajar, en vez de trabajar para vivir. Yo recibía tantos mails al día que Blackberry se inventó una tarifa para mí solo.

—¿Me está diciendo que usted trabajaba para el gobierno norteamericano?

—¡Todo el mundo trabaja para el gobierno norteamericano! Pero sí, yo cobraba directamente de ellos. Que en ese sentido ninguna queja, ¿eh? Pagaban horas, fines de semana y todo, pero al final te preguntas si merece la pena. Yo me cogí una baja por depresión, no te digo más. En 2002 fue. Llega un momento en la vida de todo yihadista que dice: o paro o exploto.

—Señor Bin Laden, muchas gracias por atenderme, ha sido muy amable.

—De nada, hombre. Gracias a usted por acordarse de mí. Vaya con Dios.

La conexión se interrumpe, las luces parpadean y el vecino de arriba vuelve a golpear un mueble. Desde que se divorció no es el mismo. Me pregunto qué haré yo si algún día me falta Carmen.

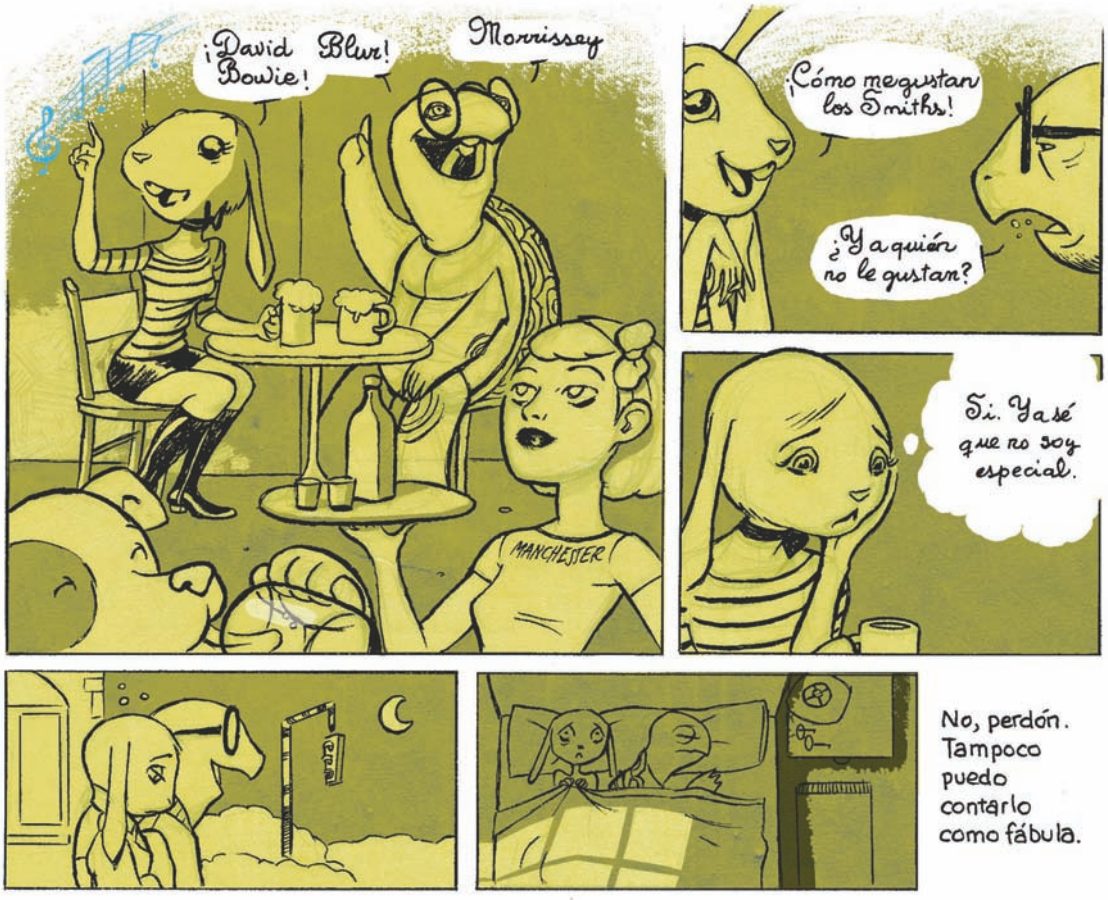
LOS AMORES OBSESIVOS
Y EL SÍNDROME DE ESTOCOLMO

¿Saben por qué las comedias románticas acaban cuando la pareja se consolida? Porque en ese momento empieza el drama.

Por **Melania Stucchi**

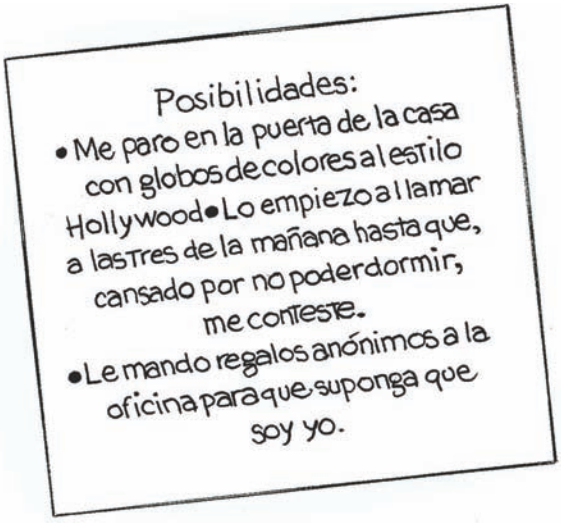
Ilustra **Alejandra Lunik**

En efecto, el Chico Cubata y yo pasamos unas semanas hermosas en Barcelona hasta que llega la primera pelea. No puedo contar el motivo porque todavía me da un poco de vergüenza contar toda mi vida. Por ahí, próximamente, cuando entre más en confianza. A ver, imaginemos una situación metafórica. Lo puedo contar como una fábula.



Por ahora quedemos en que es una pelea muy fea, en la que yo tengo razón, pero me comporto de una manera un poco irracional, que hace que él deje de hablarme. A unas semanas de mi llegada, esto puede ser determinante. El domingo siguiente teníamos planeado ir al Tibidabo, pero supongo, y supongo bien, que la excursión pasará al olvido.

Va un cuarto mail, desolador. Lo llamo y no responde. Estancada entre la desgracia y la tristeza desmedidas me entero: van a publicar el texto en Orsai. Y no solo eso, quieren que siga colaborando con otro relato. Es una felicidad extraña. Escribí tanto sobre el amor por el Chico Cubata y, ahora, que será leído por miles de personas, él ni siquiera me habla. La alegría, de a poco, me pone eufórica y me angustia: no se me va a ocurrir un segundo texto. En serio, ¿cómo hago una nueva historia si no tengo material? Fue una chispa, y se apagó. No me va a volver a salir. Como dice la canción de Charly García: "tengo que volverte a ver". Entonces, trato de pensar una nueva estrategia para encontrarlo.



Todos estos planes, me llevan a dos nuevas preguntas:

1) ¿Estoy viviendo para tener excusa de escribirlo? ¿O estoy escribiendo para tener excusa de vivirlo?

2) ¿Es momento de dejarlo ir o, ahora que llegué hasta acá, tengo que seguir hasta las últimas consecuencias? ¿En qué instante pasás de ser la dulce enamorada de la comedia romántica a la loca obsesiva de un film oscuro de terror psicológico?

Sea como sea, tengo que vivir y/o escribir otra historia, así que si el Chico Cubata no me contesta, voy a hacer lo que hace una persona coherente con sus ideas en estos casos: raptarlo. Soy como esos inversionistas que perdieron toda su fortuna en una jugada muy arriesgada y en lugar de retirarse dilapidan hasta el último centavo, cuando el sentido común les dice que no lo hagan. O, en términos más mundanos, es algo así como cuando esperás un colectivo a la una y media de la mañana. Estás en la parada, ves pasar un taxi y decís "espero quince minutos". Cuando pasan veinticinco decís "bueno ya esperé suficiente, no voy a tomar un taxi, ya tiene que venir el colectivo". A los cuarenta minutos ya se transforma en un desafío personal, si llegaste hasta acá, no vas a tirar la plata. Puede que el colectivo venga ya, puede que estés ahí toda la noche. Yo soy una persona perseverante. Y necesito seguir escribiendo.

Una vez más, el plan está en marcha.

Preparación del secuestro

El síndrome de Estocolmo, según la Wikipedia, es "una reacción psíquica en la cual la víctima de un secuestro, o persona retenida contra su propia voluntad, desarrolla una relación de complicidad con quien la ha secuestrado". Es decir, si todo sale más o menos bien, la persona raptada puede llegar a enamorarse de su secuestrador. Para llevar a cabo el plan necesito: fuerza, un arma, un lugar deshabitado y recordar su dirección. No tengo ninguna de las cuatro cosas. En especial la última. Estamos en Barcelona, una ciudad en la que me pierdo en la esquina de donde vivo, siempre fuimos a su casa en taxi, y yo tengo la mala costumbre de no mirar por la ventanilla. Me acuerdo que cuando era chica, todos los domingos, mi papá nos llevaba de paseo a lugares más o menos alejados. Decía, por ejemplo, hoy vamos a almorzar a Chascomús, que está a doscientos kilómetros de Buenos Aires. En el camino yo iba leyendo y él me decía: mirá por la ventanilla en vez del libro, disfrutá del paisaje. La verdad es que el paisaje de la ruta bonaerense no era muy divertido: llanura verde y una vaquita de vez en cuando. Pero ahora, con el recuerdo de los consejos paternos, me doy cuenta de lo sabio que era mi padre. ¿Qué me diría mi papá para este caso? Trato de imaginarlo. Hasta en la imaginación me da vergüenza contarle que estoy pensando en raptar a un catalán medido y miedoso del que a veces supongo que estoy enamorada. Espero que los muertos no sean como Dios y puedan ver lo que hacemos y pensamos en todo momento. Confiando en que esto no sea así, comienzo a imaginar la charla con mi papá:

Mi papá no hablaba de ese modo y me entristece un poco no recordar la manera en que lo hacía. Pero estoy segura de que me hubiera dicho esto mismo, aunque con otras palabras.

No sé cómo desarrollé en el último tiempo la mala costumbre de apelar a la memoria emotiva y terminar en el mismo lugar: la duda. Me tomo una cerveza, una vez más, y me dispongo a tratar de entender sobre esta otra cara del amor, historias donde un exceso de pasión puede llevarte a la locura. Veamos.

Voy a hervirte el conejo

La primera imagen que aparece en mi cabeza es Glenn Close. *Atracción fatal*.

Dan Gallagher está casado. Un fin de semana que está en la ciudad, mientras su mujer y su hija están en su casa en las afueras, Dan conoce a Alex y se acuesta con ella. El asunto es excitante, Alex le hace una fellatio inolvidable en el ascensor, pero Dan se cansa y quiere volver a su vida de casado como si nada. Entonces empiezan los problemas, porque Alex ha sentido una conexión especial. Y hay que tener cuidado cuando una mujer siente una "conexión especial".

Cuando se estrenó, muchos la analizaron en relación con el castigo que puede traer aparejado una infidelidad, es decir, una lectura moral y aburrida. No tengo idea si ser infiel merece un castigo, tampoco me interesa demasiado. En definitiva, el castigo mayor se lo lleva Alex, que, por su obsesión, termina muerta.

Me quedo tranquila. Hago una lista. Cosas que estoy segura que no haría: cortarme las venas delante de él (y tampoco cuando no está), perseguirlo con un cuchillo, hervirle una mascota, subirme a la montaña rusa con la hija (si la tuviera). Bien, no hay mucho más aquí, pasemos a la siguiente.

Quiero tu cabeza en una bandeja de plata

Una de las mejores películas de la historia del cine tal vez sea *Sunset Boulevard* de Billy Wilder (sí, siempre Billy Wilder). Norma Desmond, una diva del cine mudo, vive sola y abandonada en su mansión al cuidado de su mayordomo. Un día llega, por accidente, Joe Gillis, un guionista al que, por tener ideas demasiado originales o demasiado poco originales, le cuesta conseguir trabajo. Sus apuros económicos hacen que Joe acepte el trabajo que Norma le propone: ayudarla en la escritura de la obra que la devolverá a la fama: una adaptación de la historia de Salomé. Pronto se transforman en amantes, pero sucede lo inevitable: él se enamora de otra. Y ella no puede soportarlo, no puede dejarlo ir.

Empiezo a preocuparme: estas historias de amores obsesivos siempre terminan con algún muerto.

De repente, las sesiones de cine se interrumpen. Le mando un nuevo mensaje. Le cuento del texto de Orsai, se lo mando para que lo lea. Te necesito urgente, no es nada grave, ¿nos vemos hoy a las 21.15 en la salida del metro de Arco del Triunfo? Y me responde ok. Es que no puedo seguir la historia sin él.

Arco del Triunfo, 21.15.

Llego con retraso, 21.26. Le pido disculpas, me dice que no hay problema, que él recién llegó. Tenemos que buscar un cajero porque tiene que sacar plata. Mientras caminamos le pregunto sobre las novedades de su vida, pero no tiene ninguna. Eso dice. Vamos para el Borne a buscar un bar. Le gusta la crónica, le encanta. Quiere ser un protagonista de ficción, siempre fue así, siempre lo supe. Ahora tengo que explicarle por qué era urgente vernos.

Vos vas a pensar que estoy loca, pero no estoy loca. Aunque como sabemos, lo primero que dicen los locos es que no están locos, lo cual me pone en un lugar paradójico. Nos reímos. Yo sé diferenciar la realidad de la ficción. Te necesito para continuar la historia. No literalmente, ya sabemos que hay muchas mentiras en la primera crónica, o muchas cosas de la realidad que no dije. Que seleccioné un fragmento para darle un sentido. Pero tenía que verte para saber cómo seguimos, hablemos, yo después veo qué escribo.

—Bueno, nunca nadie me utilizó para un experimento literario.

—Ok, el siguiente texto va de amores obsesivos. Yo no soy obsesiva, como bien sabemos.

Nos reímos mucho los dos con mi aclaración. Le pido que sea espontáneo, que no esté pensando en su personaje. Pero eso ya es imposible. Entonces, tendré que aprovecharlo.

—Vos estuviste obsesionado con una chica, me acuerdo que me contaste. ¿Por qué una persona se obsesiona con otra?

—Yo creo que es porque siente que es su última oportunidad, que no encontrará otra vez lo mismo, que ahí se juega su última esperanza.

El Chico Cubata, fiel a su estilo, empieza a hablar de cosas científicas, de estadísticas, de cálculos matemáticos. No entiendo lo que dice y él tampoco. Nos estamos divirtiendo. Que la tangente, los porcentajes, un grupo de personas que testea la obsesión, los índices de probabilidades…

Voy al baño. Tengo que hablarle del rapto, del síndrome de Estocolmo, tengo que atreverme.

Vuelvo, con mi minifalda y mis medias caladas que observa haciéndose el que no está mirando. Otra cerveza. Sabe lo que es el síndrome de Estocolmo. Bien.

— ¿Y eso es verdadero? ¿Funciona así?

—Está comprobado científicamente. (Cuando le nombrás la ciencia, el Chico Cubata se tranquiliza.)

—Bueno, sería un problema, eso en España es ilegal.

—Ah, vos me lo aclarás porque tal vez en Argentina, allá, en el tercer mundo, secuestrar gente es normal.

—No sé qué tan avanzadas están las leyes allá, con sus selvas y sus tribus.

—El mío es un problema de fuerza. Yo creo que vos me ganás en una lucha.

—¿Tú dices? Pero para eso existen drogas.

—Te puedo poner la droga, acá, en esta cerveza.

—Pero si me desmayo aquí no te sirve de nada, todos lo van a ver.

—¿Y a dónde te rapto, entonces?

—Hay unas estaciones del metro abandonadas. Creo que hay una cerca del Liceu. Son oscuras y hay ratas, eso sí.

—Está bien, pero, ¿cómo te llevo hasta allá? ¿Qué te digo? A ver, hagamos la escena.

Miramos para abajo, respiramos profundo y nos cagamos de risa.

El tiempo se detiene un instante. Imaginemos que la escena de la película queda en pausa y aparece una voz en off. Mi voz en off con la imagen congelada de nosotros dos, riendo, interpretando nuestro papel de nosotros mismos.

¿Hay alguna película que muestre esto? Dos perversos polimorfos que juegan a las películas, aunque ambos pasaron los treinta años. Vos sos Michael Douglas y yo soy Glenn Close. No, mejor, juguemos a Misery. Pero ahí el escritor es el secuestrado. Tal vez, termino raptándote yo a ti porque no me gusta lo que haces con mi personaje. Yo soy la estrella de esta historia. No, acá la única protagonista de la historia soy yo, te puedo eliminar cuando quiera. Bueno, ya veremos...

Terminamos las cervezas y me acompaña hasta la puerta de casa.

CURTIS GARLAND
Y SUS DOS MIL NOVELAS

Nació en Barcelona como Juan Gallardo Muñoz, en 1929. Se lo conoce como Curtis Garland. Es escritor. Su bibliografía, en Wikipedia, ocupa dieciocho pantallas.

Por **Laureano Debat**

desde Barcelona

El hombre espera en una mesa del Café Zurich. Es pleno invierno, y en Plaza Catalunya acaban de inaugurar una pista de patinaje sobre hielo. El hombre bebe una cerveza y observa a su alrededor. Detrás de los ventanales del bar, luces de colores y familias ataviadas con bolsas del Corte Inglés. Es Navidad. Todo el mundo tiene algo para hacer, pero él permanece quieto en la silla. Lleva una gorra azul, gafas de marco negro y saco oscuro. Parece que fuera de incógnito, pero un detalle lo delata: en la gorra, escrita con grandes letras amarillas, se lee la palabra Madrid. Cualquier persona que quiera pasar desapercibida en Barcelona no se sentaría en un bar —aunque sea el bar más turístico de la ciudad— con una gorra semejante.

El hombre, entonces, no se está ocultando de nada. No al menos hoy. Su nombre real es Juan Gallardo Muñoz, aunque a lo largo de su vida se haya escondido detrás de innumerables seudónimos. Fue Kent Danis, Glenn Forrester, Martha

Cady, Adisson Star y Jason Monroe. Pero todo el mundo lo conoce como Curtis Garland, el seudónimo más célebre de una raza de escritores que ya no existe más.

Juan Gallardo escribió unas dos mil novelas de bolsillo, ciento veinte mil páginas en cinco décadas. Llegó a tener picos de entrega de cinco títulos al mes. Hizo libros de divulgación sobre magia, brujería o medicina indígena, escribió biografías sobre Edgard Allan Poe y Agatha Christie y adaptaciones juveniles de clásicos de la literatura universal. También policiales ambientados en el Egipto de Akhenatón y Tutankamón y ficciones históricas con Góngora, Velázquez y Quevedo como protagonistas.

Sobre la marcha, legó a la tradición de la literatura popular historias de todos los géneros y para todos los gustos: novelas vertiginosas con asesinos victorianos, viajeros en el tiempo, conspiradores de guante blanco, monjes psicópatas, cowboys lúmpenes y vampiros extraterrestres. Dicho de otro modo: imaginó toda la saga posible de tramas y géneros en historias ilustradas que se vendían en los kioscos de revistas de España, Latinoamérica y también Portugal, Dinamarca, Suecia, Noruega y Estados Unidos, con sus respectivas traducciones y adaptaciones. Todas con final feliz, por pedido expreso de las editoriales.

También trabajó como periodista de cine, fue actor en compañías itinerantes de teatro, negro de televisión y vendedor puerta a puerta. Vivió muchas historias y anduvo por todos lados, como si para imaginar las tramas de sus libros hubiese necesitado experimentar una vida mundana. Hizo de todo, pero nunca dejó de escribir.

Yo disfrutaba mucho escribiendo, me entretenía. Sobre todo con los temas del Londres victoriano, Jack el Destripador o el policial negro. Si no me lo pasaba bien jamás podría haberlo soportado. Claro que a veces me tocaban cosas que no me gustaban, como las historias del Oeste, por ejemplo. Pero bueno, lo asimilaba y jugaba a hacerlo lo mejor posible. Y las horas se me pasaban volando, sin que me diera cuenta.

El hombre se ríe al terminar cada frase. Siempre. Hable de lo que hable. Y va sacando de una bolsa tapas de libros escaneadas, recortes de periódicos, fotos de homenajes recientes y la autobiografía que la editorial Morsa le publicó hace tres años en Barcelona, la ciudad en la que nació y desde donde imaginó los desiertos fatales y los ríos neblinosos de todas sus historias.

"La leyenda de los hombres de oro" (Oeste)

Las calles del condado están desiertas. Todos duermen. Los pocos sonámbulos sueltos se guarecen del frío a fuerza de whisky barato en algunos rincones del Barrio Chino. Lou Carrigan, Mortimer Cody, Eirik Jarbel y también Curtis Garland prefieren sus copas en la soledad de sus casas, golpeando sus máquinas de escribir y acumulando hojas en los escritorio.

De a ratos se levantan y hurgan en sus bibliotecas, repletas de libros de viajes y lugares exóticos, cada uno con sus planos y sus mapas. Libros enormes.

La ubicación geográfica era de vital importancia, siempre fui muy obsesivo con eso. Si era una ciudad imaginaria, pues la situaba más o menos en un sitio donde yo manejaba las cercanías de otras ciudades. Si era una ciudad conocida, recreaba esos alrededores tal cual eran. Era un trabajo muy periodístico, tenías que estar muy documentado para escribir tanto.

Curtis Garland mira hacia la ventana y bosteza. Tiene vidrios por pupilas. Termina la última página de una novela del Oeste y empaqueta todo el fajo con papel madera. No hay tiempo para corregir, ya harán lo suyo los correctores de la editorial. Va hacia la cocina y deja el vaso de whisky en el fregadero. Vuelve a su escritorio e introduce una hoja en blanco en su máquina de escribir. Empieza a trazar la sinopsis de su próximo libro, con lista de personajes y posible documentación. Mira hacia la biblioteca y saca el material que necesita. Comienza con el primer capítulo.

Tengo mucha documentación, tanto de guías turísticas como de libros completos de Estados Unidos y de Inglaterra. Prácticamente tengo todo el material que necesito a mano. Lo de internet no lo he cogido. Cuando necesito algún añadido voy a la biblioteca, como he hecho toda mi vida.

Los kioscos de revistas acaban de abrir. Los empleados beben café, tapados con gruesas bufandas. La madrugada sigue oscura, pero los escaparates están plenos de colores. Una al lado de la otra, en perfecto orden, tapas de libros con dibujos de pistoleros, rubias fatales, marcianos y ninjas. Todos con el rótulo Bolsilibros, Editorial Bruguera.

Para evitar que los autores nos pudiéramos poner de acuerdo y exigir mejores condiciones, Bruguera no permitía que nos vinculáramos entre nosotros. Por ejemplo, ellos estuvieron

mucho tiempo editando en Brasil y Argentina sin pagarnos nada, y nosotros sin enterarnos de que nuestros libros se publicaban allí. Pero igual nos conocíamos; nos cruzábamos a veces y nos presentábamos con nuestros seudónimos: yo soy tal, y yo tal. Casi siempre, cuando íbamos a cobrar, haciendo la cola en la caja. Nuestros sueldos eran bastante escasos hasta que una ley del Ministerio de Información y Turismo, en 1973, estableció que los escritores debíamos tener el copyright de nuestros libros y también los derechos económicos de las adaptaciones cinematográficas. Ahí empezamos a cobrar mucho mejor.

Comienza a despuntar el alba. Las calles de Barcelona registran los primeros sonidos. Curtis Garland ya lleva unas quince páginas de su nueva novela, entre bostezos y cabezazos. Desenrosca la última hoja de la jornada y apaga la luz.

Todo lo tomaba como una obligación y como un nuevo desafío. Me ofrecían un género y tenía que adaptarme, no quedaba otra. Ahora haremos novelas de aventuras en África o en la India. ¡Vale! Pues a intentar hacerlas. ¿Vamos a hacer novela deportiva? ¡Pues vale! Nunca dije que no a nada. La novela rosa es lo único que nunca me gustó, escribí un par pero me di cuenta de que no era mi camino, no me veía.

Curtis se pone el pijama y se mete en la cama. Su mujer se incorpora y él se lo impide. "Sigue durmiendo, cariño", le dice. Y la abraza. Comienza a acariciarle el pelo hasta quedarse dormido.

"Corredores de la muerte" (Terror)

Hacia ambos costados del tren, Borges podría escribir que la ciudad se desgarra más en bombas que en suburbios. Juan Gallardo tiene seis años y viaja abrazado a su abuelo. La máquina avanza lenta, como una oruga de metal, mientras el niño se aturde con los fusiles. Barcelona estalla en guerra civil y su abuelo continúa abrazando a su nieto, que tiembla en sudores fríos al costado de un vagón. Es 1936 y el monstruo empieza a asomar su cabeza.

Nací en Barcelona por casualidad. Mis padres eran una pareja de actores que viajaban por el mundo representando obras de zarzuela y opereta. Y justo venían de Filipinas a Barcelona. Pero mi padre era un ludópata empedernido, así que enseguida se separaron. Yo me quedé con mi madre en Madrid y, a los seis años mi abuelo me llevó a vivir con mi padre un tiempo, cuando trabajaba en el Teatro Tívoli de Barcelona. Nunca olvidaré ese viaje en tren.

El niño recorre las bambalinas del teatro, deslumbrado con las actrices disfrazadas. Recita de memoria, al costado del escenario y al unísono con los actores, en voz muy baja, los textos de *La revoltosa*, *La verbena de la paloma* y *El conde de Luxemburgo*. No imagina un fauno para escaparse de los corredores de la muerte, pero sí dibuja maquetas y construye teatros de cartón, con personajes recortados en papel que representan pequeñas obras escritas por él mismo. Cuando descansa del juego, lee tebeos.

En Barcelona se pasaba hambre. Solo comíamos lentejas. Cuando asume Franco mi madre me viene a buscar y me lleva al pueblo de Benavente. Allí empiezo a dibujar mis propios tebeos y a saciarme con las historias de Salgari, Verne y el policial negro de Chandler y Hammett. Crecí devorando cualquier libro que me caía en las manos y mirando cualquier película que pusieran en el cinematógrafo.

Juan Gallardo va y viene de Barcelona, pero siempre vuelve. Durante toda su vida. En Barcelona nace su hija Mercedes y empieza su carrera de escritor con cuatro novelas al mes para Bruguera. Pero en España la oscuridad es absoluta, hasta en los alimentos: el pan negro, las lentejas. Y las primeras décadas del monstruo son duras. Curtis Garland cobra muy poco por su trabajo a destajo.

Barcelona no ha sido un leitmotiv literario. No porque yo no quisiera, sino porque siempre me pedían que ambientara mis historias en Londres, Nueva York y otras ciudades anglosajonas. O en lugares exóticos. Pero justamente ahora he terminado una novela que transcurre aquí, basándome en mi juventud durante la posguerra, la Barcelona de los cuarenta y cincuenta. Se trata de un policía que comienza con la investigación de un asesino serial en el año cuarenta y nueve, y termina en el noventa y nueve.

Curtis Garland vive con lo justo y debe sumar otras editoriales a su catálogo (Rollán, Toray). Hay años en los que deberá moverse, perseguir su destino y mejorar en Madrid, para volver a Barcelona en los sesenta a entregar a Bruguera unos cinco títulos al mes. El movimiento hippie hace eclosión en la ciudad mediterránea y llegan los setenta. Poco a poco, las condiciones económicas de los escritores mejoran. Curtis Garland se pasa largos veranos en la Costa Brava, con su máquina de escribir a cuestas.

Curtis cuando trabajaba de actor. Bilbao, 1956.

"Ella sabe demasiado" (Policial)

La mujer observa el ensayo muy concentrada. Lleva en brazos a una niña pequeña, que bebe leche de un biberón. Vinieron todos en tren y mañana tomarán un bus para continuar con la gira. Macbeth discute con su Lady. La mujer mira a los actores a los labios, repitiendo las líneas de texto a la perfección.

Con la compañía de teatro de Alejandro Ulloa, en los años cincuenta representábamos obras de Shakespeare y del teatro clásico español. Y recorríamos el país en condiciones muy precarias, como podíamos. Mi mujer y mi hija me acompañaban, pero no era vida para ellas.

La mujer se acomoda el peinado y continúa observando. Ni siquiera la desconcentran los machaques violentos que Curtis Garland le da a su máquina de escribir desde el camarín.Ya está acostumbrada a ese sonido, la acompaña en cada viaje en tren o en bus, es un loop metálico constante en su casa hasta que se queda dormida. Para ella es un sonido, nunca un ruido. Le encanta que con cada golpe su hombre derrame todo un torrente de imaginaciones. La mujer se llama Teresa Asensio Sánchez y sabe demasiado.

Un día se había enfermado una actriz y mi mujer dijo que se animaba a reemplazarla. Al final, descubrí que lo hacía mejor que yo. Le terminaron dando mejores papeles a ella que a mí, y le pagaban más. Era muy guapa, tenía una dicción muy limpia y una memoria increíble. Sabía obras dificilísimas como *Hamlet*, *Cyrano*, *Don Juan Tenorio*. Pero no solo el papel de uno o de otro, sino ¡la obra entera! Entonces, si alguien se enfermaba me decían: usted no se preocupe, su mujer lo hará,

Se conocen en Madrid, en una pensión en la que Teresa trabaja de costurera. Juan se pone su mejor ropa, se peina en el espejo y sale de la habitación. Pasa caminando lento, la mira y sonríe. Se miran. Se sonríen. Se hacen caras. Juan se calza el sombrero y se pierde por el pasillo. Teresa lo sigue durante todo el trayecto con los ojos encandilados. Varias tardes después, ella acepta ir al cine. Le encanta el cine, le encanta Tyrone Power haciendo de Jesse James. Juan le dice que lo conoce en persona y ella se ríe, ha escuchado mejores artilugios. Entonces Juan le enseña una foto con Tyrone, los dos abrazados, de su época de periodista de cine. Es la estocada final.

Pasamos los primeros meses del romance yendo a ver películas de Gregory Peck y Alan Ladd. Y también muchas del Oeste, que a Tere le encantaban, a pesar de ser mujer. Y escuchando boleros y corridos mexicanos. Siempre fue una excelente compañera. Ella me corregía las novelas, me decía lo que estaba flojo y lo que podría mejorar. Me orientaba mucho.

Teresa lo toma del brazo y lo aparta del resto de los actores, durante un descanso en los ensayos. Lo mira a los ojos y le suplica que se dedique solo a la literatura, que deje el teatro de una vez por todas. Y lo besa en la boca, un solo beso, suave pero insistente. Ya no quiere ser actriz, prefiere ser parte del proceso de creación de historias junto al amor de su vida. Y le sonríe, pasándole los dedos por las mejillas. Desde ese momento ella estará siempre presente en alguno de los incontables personajes femeninos de Juan. En todas sus novelas siempre habrá algo de Tere. Ella también es Curtis Garland.

"Yo, espía" (Bélico)

Hay una fiebre, siempre tiene que haberla. Una pulsión. Un regodeo casi onanista. La soledad de un soldado de dos mil batallas libradas en todos los frentes: mirando el mar, viajando en un tren o sentado en un escritorio.

Curtis Garland siente el calor de su arma en

la yema de los dedos; hace doce horas que está escribiendo y el agotamiento físico y mental le pasan factura. Tere se acerca, pensando en el consejo del soldado que huye. Lo abraza y le dice que descanse un rato, que ya volverá más tarde la inspiración. Curtis se pasa dos días sin escribir, hasta que una mañana se despierta con una trama diabólica en su mente. Y una vez más se presenta a combate.

El soldado nunca descansa. Ni cuando viaja por París, Londres o Münich del brazo de su mujer. Ni cuando se encierra en los cines a ver los clásicos del Star System de los cuarenta. Su cabeza siempre está escribiendo, en tiempos de paz se prepara para los tiempos de guerra. Cualquier paseo puede convertirse en el escenario de una futura novela. Cualquier fotograma de Chicago o de Los Ángeles por el que cruce un detective con la mirada torva puede ser el ambiente perfecto para un nuevo relato. La imaginación expectante, siempre al acecho, de un escritor de tiempo completo.

A veces los personajes tomaban vida propia y lo que tú habías planificado en un principio luego no salía. Te encontrabas con que ellos iban por otro lado. ¡Decidían por mí! Y eso me encantaba, que los personajes dominaran la situación. Esto era muy interesante porque te dabas cuenta de que no todo estaba en tu mente ni tenía por qué estar perfectamente calculado.

El soldado Juan Gallardo entrega por única vez su nombre real para someterlo a una paráfrasis anglosajona. Será Johnny Garland, exclusivamente, para los lectores de sus novelas de género bélico.

"Verano de fuego" (Erótica)

La dama que se desnuda de golpe. El destape colorido, violento y liberador. Los gritos ensordecedores. Los excesos y el mito de las ciudades canallas. Y "una máquina de escribir descansando de madrugada en la mesa del comedor, una máquina de escribir todavía caliente, que duerme un rato como un animal cansado", según el prólogo de Javier Pérez Andújar al libro *Yo, Curtis Garland*, la autobiografía del eterno camaleón.

Llega la apertura democrática y se acaba la censura, pero mi manera de escribir no cambia demasiado. Había algunas cosas puntuales, como por ejemplo en lugar de decir *bastardo* decías directamente *hijo de puta*. Pero mi estilo siguió siendo el mismo. Aunque la novedad era la novela erótica, se veía que no iba a durar y así fue, pasó muy rápido. Escribí algunas porque estaban muy bien pagadas.

La apertura democrática española trae consigo nuevas formas de entretenimiento que, poco a poco, van desplazando a los libros de bolsillo. La quiebra de Bruguera es el punto definitivo, y Juan Gallardo debe guardar durante un tiempo su disfraz de Curtis Garland para salir a ganarse la vida como vendedor puerta a puerta.

Fue duro. Vivimos una ruptura total en todos los sentidos: trabajo, costumbres, modo de vivir. Bruguera me pagaba bien, podía viajar por el extranjero y hacer otras cosas que luego se cortaron de raíz. Uno piensa que eso va a durar siempre, pero no es así. Y de un día para otro te quedas en la calle.

Pero el mito está. Su vida ya no será la misma, nunca más. Es momento de cosechar algunos frutos. Y pronto comienzan las reediciones, los pequeños contratos para otras editoriales, las colaboraciones, los homenajes. Y Curtis Garland, que nunca muere.

"Mar de naves perdidas" (Aventura)

No se ven, pero ahí están. Alguno siempre hay. Cuando uno menos los espera, aparecen. Entre el polvo y el abarrotamiento del Rastro de La Latina de Madrid o de la feria Els Encants de Barcelona. O en las librerías de viejo de la calle Corrientes de Buenos Aires. En todos esos sitios puede estar escondida alguna aventura pensada por Curtis Garland. Se han encontrado tesoros semejantes en librerías de Nueva York y hasta en supermercados de Los Ángeles.

Hace poco me hicieron una entrevista para un periódico del Estado de Washington. Resulta ser que allí tengo muchos lectores entre los hispanos que trabajan en la agricultura y el ganado. Y en el auge de los libros de bolsillo pues ¿qué puedo decir? Los leía todo el mundo, había mucho público para esta literatura.

Un joven camina por el Mercat de Sant Antoni, en Barcelona. Es domingo, día de libros. No pasea. No es un nostálgico. Es más bien un curioso que está pensando una paranoia pulp mezclando los géneros clásicos de la literatura popular. Se llama Robert Juan-Cantavella y su novela *Asesino Cósmico* (Mondadori) es un homenaje publicado en 2011 a otra del mismo título que Curtis Garland publicara en 1973. Pero hoy no encuentra nada, así que marca un teléfono.

—Hola, Juan, ¿Cómo estás? Soy Robert.

Con su familia. Aeropuerto de Palma de Mallorca, 1956.

Trabajando en una de sus novelas.

—Hola Robert, qué tal.

—¿Podrás, al final, escribir un episodio para mi libro?

—¡Sí, claro! Encantado. ¿Qué estamos? ¿A junio? Pues lo tendré recién en septiembre, porque antes debo entregar una biografía y una novela.

"Bienvenido a Ciberland" (Ciencia Ficción)

Una sala a oscuras. Solo se ve el metódico titilar de una luz roja. Llega un hombre, se sienta en una silla y pulsa un botón. Ruido a máquina iniciándose. Un monitor que se va encendiendo gradualmente hasta dejar la pantalla en azul. El hombre se toma su tiempo para mover el mouse hasta dar con el ícono que simula una hoja de papel. Pulsa dos veces y se abre una plantilla de texto.

Adquirí el ordenador hace muy poco, justo después de la muerte de mi esposa. Cuando ella se pone enferma, yo había dejado de escribir porque tenía que cuidarla. No iba a ninguna editorial ni nada. Y un antiguo compañero mío me conectó con una editorial argentina que estaba interesada en que colaborara con ellos. Y me dijo que los dos o tres primeros trabajos se los podía entregar a máquina, que no había problema, que ellos lo arreglaban, pero que poco a poco me enseñarían a manejar el ordenador.

La primera novela de Curtis Garland es, literalmente, de su puño y letra. La escribe íntegramente a mano y envía los fajos por correo a su padrastro, quien desde Benavente se la copia a máquina para que pueda presentarla a Bruguera. Pero pronto aprende mecanografía y se compra su máquina de escribir.

Me las arreglé enseguida, me adapté muy fácil. Y es mucho más cómodo. Sobre todo porque el ordenador tiene la facilidad de que en las pulsaciones no te esfuerzas. En una máquina de escribir, aunque sea portátil, es más duro. El cansancio físico se nota más. Y más con el volumen de cosas que escribíamos por entonces. Ahora, cuando me encargan algo, antes digo: ¡Oye, un mes! Menos, no. Ya no tengo ni veinte ni treinta años.

El hábito continúa por la noche, como siempre, hasta las dos o tres de la mañana. Se levanta temprano y sale a caminar, visita a su hija, se mete en algún bar a leer el periódico. Y vuelve. Camina solitario por el pasillo de su casa y observa los estantes de su biblioteca.

Al principio escribía para no pensar. Estaba solo en mi casa, con todos los recuerdos de Tere ahí. Fue muy duro cuando murió. Por eso, cuando escribía y tenía mi mente puesta solo en eso no estaba para otras cosas. Fue una especie de terapia, pero aún sigo sin asimilarlo.

Pasa los dedos por el lomo de algunos de los ejemplares de sus novelas, la mayoría amarillentos. Si tuviera al menos un libro de cada uno de los que publicó tendría que idear un buen sistema de estanterías; uno junto al otro ocuparían más de veinte metros de literatura. Pero no los tiene, y su piso tampoco tiene tantos metros cuadrados. Además, los espacios sobrantes entre novelas y enciclopedias están destinados a portarretratos.

Desde un rincón, a la entrada de su escritorio, una mujer con los ojos almendrados lo mira con una sonrisa cómplice. Juan le devuelve la gentileza y se sienta a escribir. ◣

Laureano Debat (Lobería, 1981). Periodista y crítico literario. Vive en Barcelona desde 2010. Ha colaborado en el suplemento *Radar Libros* de *Página 12* y en *Cultura/s* de *La Vanguardia*. Escribe crítica literaria en el portal ojosdepapel.com y artículos en la revista *Taller de Letras*.

Fotografías:
Gentileza **Curtis Garland**

Lo importante es aprender a callar

—Hasta que conocí a Curtis Garland —me dice Chiri— las obras completas de Alejandro Dumas me parecían una epopeya.

—A mí las del viejo Juan Filloy, el más prolífico escritor argentino, si César Aira lo permite —le digo—. Filloy escribió casi ochenta novelas, setecientos sonetos y más de dos mil palíndromos, pero corre con ventaja: vivió ciento cinco años. Lo de Curtis es una locura.

—Es cierto. Escribía entre cinco y seis novelas por mes. A la mañana hacía una de detectives, después de almorzar una sobre asesinos en serie y a la noche una de vampiros de otro planeta. A lo largo de su vida escribió, en total, más de veinte metros de literatura.

—Y casi sin corregir.

—Claro, porque en el tiempo que le llevaba releer lo escrito Curtis te escribía otra novela.

—Yo una vez me di cuenta —le digo— que lo que tardo en escribir un cuento son doce minutos. El resto es tachar, armar cigarros y buscar sinónimos. Pero el tiempo en que las yemas presionan teclas, el acto puro de escribir, es menos de media hora. A veces demoro más en encontrar un título que en escribir un cuento de cuatro mil palabras.

—En el perfil, Laureano homenajea algunos de los títulos de las novelas de Curtis. *La leyenda de los hombres de oro*, *Corredores de la muerte*, *Yo, espía*… Y en la parte en la que cuenta la relación entre Curtis y Teresa aprovecha el título de una novela policial: *Ella sabe demasiado*.

—Gran historia de amor la de Curtis y Teresa. En todas sus novelas hay algo de ella, pero no de Barcelona, porque los editores le pedían escenarios exóticos.

—Al revés que el catalán Ruiz Zafón —me señala Chiri—, que vive en Los Ángeles pero escribe sobre Barcelona. Sobre una Barcelona secreta y misteriosa, eso sí.

—Curtis recién ahora se pudo dar el gusto y publicar una novela que transcurre en su ciudad natal, *Las oscuras nostalgias*. La historia de un policía jubilado que intenta resolver un viejo homicidio; es su novela más personal.

—¿Es cierto que la tenía archivada en un cajón?

—Sí, y Tere, en vida, siempre le había insistido para que la publicara, porque era su favorita. Y él siempre le había prometido que iba a hacerlo. La novela está dedicada a ella, a su memoria.

—Me gusta el formato perfil —me dice–. Lo vamos a seguir haciendo. En la número cinco fue Kodama, ahora Curtis, ¿qué personaje elegimos para el próximo? ¿Y quién lo va a escribir esta vez?

—En la revista *El malpensante* hay una conferencia de Larissa MacFarquhar, una de las periodistas más grosas del *New Yorker*, sobre la forma en que ella elabora los perfiles. Está muy buena. ¿Sabés qué dice?

—Qué dice.

—Que lo esencial para llegar al fondo de los personajes es aprender a callar.

—Cuánta razón...

—Y cuenta una técnica muy curiosa de V. S. Naipaul para hacer entrevistas. Como al principio del diálogo la gente suele ser reacia a hablar de sí misma, y de que le hagan preguntas personales, Naipaul no tomaba notas. Hablaba un poco, escuchaba otro poco, decía *ajá*, *ajá* y movía la cabeza de acá para allá, pero nada más. Hasta que en un momento pedía un minuto y sacaba un cuaderno de su portafolio. "¿Podrías repetir eso?", decía. Y escribía una línea. Entonces el entrevistado se ponía las pilas para decir algo más interesante y que él tomara otra nota. Quería complacerlo, que él escribiera algo más, y ya estaba dispuesto a hablar de lo que fuera.

—Hablando de buenos perfiles a escritores prolíficos —me dice Chiri—, no dejes de leer el que le hizo nuestra querida Gabriela Wiener a Corín Tellado. Ahí está todo lo que te interesa saber sobre la Gran Dama de la Novela Sentimental.

—¿Gabriela ya entregó la columna sobre su Armagedón doméstico?

—Acaba de mandarla. Esta vez escribe sobre los libros que salvó de su última mudanza. Trasladar libros es complicadísimo. Pesan, ocupan mucho espacio.

—Las mudanzas son nuestro Apocalipsis moderno, querido Christian Gustavo.

—Decímelo a mí.

LA BIBLIA MODERNA

GÉNESIS

ÉXODO

NÚMEROS

JUECES

SAMUEL

REYES

CRÓNICAS

JOBS

SALMOS

PROVERBIOS

CANTAR DE CANTARES

LAMENTACIONES

25:17

EZEQUIEL

Tube

HECHOS

APOCALIPSIS

Por Gabriela Wiener

BOOK STORY

Imaginemos que realmente se acaba el mundo en 2012, y que podemos guardar en una cápsula una docena de libros amados para que el hombre del futuro sepa quiénes fuimos. ¿Qué libros elegiríamos?

La última noche en Barcelona, antes de mudarnos a Madrid, organizamos una fiesta para despedirnos de los grandes amigos. También invitamos a algunas personas. El piso está pelado y nuestras cosas empacadas en maletas. Lo único que queda a la vista son los libros, una pila de libros que no vamos a llevarnos. Hemos decidido realizar una mudanza sencilla, vender todos los muebles, viajar ligeros. Eso incluye abandonar buena parte de nuestra biblioteca, que pasará a manos de personas interesadas. El resto al contenedor. Para parte de mis libros eso equivale a una segunda hecatombe. La primera había ocurrido hace exactamente nueve años, cuando abandonamos Lima y nuestra biblioteca tuvo que ir a parar a casa de mis padres, repartida en cajas que, pensamos, algún día no muy lejano, volveríamos a abrir para devolverle su antigua dignidad. Iban a ser estanterías relucientes, en las que nuestros futuros hijos descubrirían las obras que habían conmovido la juventud de sus padres. Pero eso nunca sucedió, y una biblioteca paralela fue formándose en nuestra ciudad de acogida, y dejando a la otra para siempre en el limbo de la emigración. Nuestra nueva biblioteca se formó con otros volúmenes muy diferentes, casi todos novedades, libros escritos por los grandes amigos que haríamos y hallazgos recientes. Contaba una historia incompleta, como si hubiéramos empezado a vivir mucho más tarde. Y ahora nos proponemos desmontarla para seguir nuestro camino. He logrado catalogar los desechos en 1) libros que nos gustaron, pero que ya hemos leído y sabemos que no volveremos a leer, 2) libros que por más que lo hemos intentado no leeremos jamás, 3) clásicos que se pueden leer gratis en internet o pueden comprarse por dos duros, 4) ejemplares repetidos de libros de mi papá (por lo general cada vez que publica un libro, y esto ocurre varias veces al año, me manda diez ejemplares), y 5) basura.

La fiesta de despedida es un éxito. En esta hoguera de las vanidades, algunos de mis libros se van con los colegas en bolsas del Carrefour y otros tantos tenemos que tirarlos. Sin compasión. Muchos se lo merecen. Pero este nuevo holocausto me deja un amargo sabor de boca, y vuelvo mentalmente, con insistencia, no a estas cajas que acabo de abandonar, sino a las antiguas urnas selladas que atesoraban mi —ahora se me presenta como tierna— educación literaria. Todo esto ocurre a muchos kilómetros de aquí, como cuando a una mujer que fue niña le da por recordar las viejas muñecas que amó e imagina desolada qué fue de sus tristes destinos, sin su cuidado. Inmersa en esta Toy Story libresca —mi Book Story personal— me propongo ir al rescate de mis viejos libros, pero no sé cómo hacerlo lejos de la vulgaridad. ¿Debería hacer cruzar el charco a un par de decenas de obras metidas en sus cajas? ¿Los libros deben viajar en barcos o en e-reader? La hecatombe reproduce la dinámica de los tiempos. Moverse es aprender a dejar atrás parte de uno mismo. ¿Cómo podemos viajar con semejante peso? Cada desplazamiento es un ritual electivo, un baile de opciones, y a la larga aprendemos que es menos probable que todo lo que llevamos con nosotros nos haga falta, que el hecho de que irrumpa la nostalgia por aquello de lo que nos hemos despojado.

La nueva mudanza tiene que ser muy selectiva; que al final acaben en la estantería o en un disco duro es lo de menos, tengo que salvarlos del olvido.

Todo empieza por confeccionar una lista. La lista no de los mejores, sino de los que me hacen temblar con algo parecido al amor y la vergüenza. Una lista definitiva, quizá la que yo dejaría, suponiendo que alguna vez, este año 2012 por ejemplo, se acabara todo y no existiera nada más después; y así un día no muy remoto, cuando volviera a asentarse la vida sobre la Tierra, su contenido fuera un punto de partida para una nueva humanidad. O un cargamento para un viaje interestelar que nos aleje del fin del universo. En suma, como no pienso

momificar a mi perro, ni a mi marido para que me acompañen al más allá, confecciono esta lista para mi ajuar funerario, mejor dicho, mi ajuar literario. Aquí va una breve muestra.

En un cargamento tan sentimental como el que pretendo para emprender la travesía, tienen que estar unos cuentos que solo funcionan si los lee en voz alta la voz dulce de una madre que quiere dormir a sus hijas. Y la madre lee este libro no apto para diabéticos, ni para críticos literarios, y solo consigue hacerlas llorar. Pero el llanto acerca al sueño. *Corazón, diario de un niño,* de Edmundo de Amicis, sería mi contribución a la supervivencia del melodrama. La vida siguió en esa dirección. Inoculada por el virus de la lágrima fácil casi desde la cuna, por las historias de sacrificio y los niños héroes; esta historia me reveló tempranamente que las personas no están hechas solo de carne y hueso, sino también de palabras. Mi predilección por las historias de aprendizaje llegaría a su punto más alto con la lectura de *Los ríos profundos* de José María Arguedas, donde otro niño héroe, Ernesto, trasunto del verdadero niño Arguedas, descubre las desigualdades en que están basadas las relaciones de poder en el mundo andino, ese mismo que él había aprendido a amar por su cosmovisión mítica, lírica y simbólica.

Un episodio triste de mi biografía que he contado mil veces: yo recitando a César Vallejo de memoria en las actuaciones del colegio, delante de una multitud indiferente que hace escarnio —lo siguió haciendo incluso después del colegio— de mi capacidad para la declamación, esa que conseguí gracias a los años que pasé haciendo fonomímica de temas de María Conchita Alonso ante mis abuelitas. Nada de esto debe pasar a la posteridad. Lo que no debería perderse el futuro es *Trilce*, el poemario que más lejos ha llegado en su radical experimentación con el lenguaje. Si hay algo que recuerdo con mayor intensidad de mis años en la facultad de Lingüística y Literatura son los días en que aprendimos a "traducir" la extraña pero tan humana lengua de Vallejo. Su odumodneurtse.

A los doce años leí *Cien años de soledad* tendida en el sofá de casa. Los días pasaban detrás de las persianas, sol y oscuridad y sol, y yo seguía tendida leyendo este triunfo de la imaginación. El primer libro que mi padre me enseñó a amar. Se sabía varias partes de memoria. Pero *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir y *Así habló Zaratustra* de Nietzsche hicieron que me volviera vieja de golpe. Estaba por llegar mi etapa existencial, la extrañeza que, creo, me acompañará hasta la muerte. No he superado ninguna de las lecturas de esos días. *El extranjero* de Albert Camus me enseñó a escribir y a saberme otra. Fue la mejor medicina para neutralizar al menos en parte los vicios de mi infancia. Ese arranque en que el hombre desapasionado cuenta el viaje hacia el funeral de su madre debe preservarse por el bien de la civilización. Contra el absurdo y el aburrimiento, sea salvado.

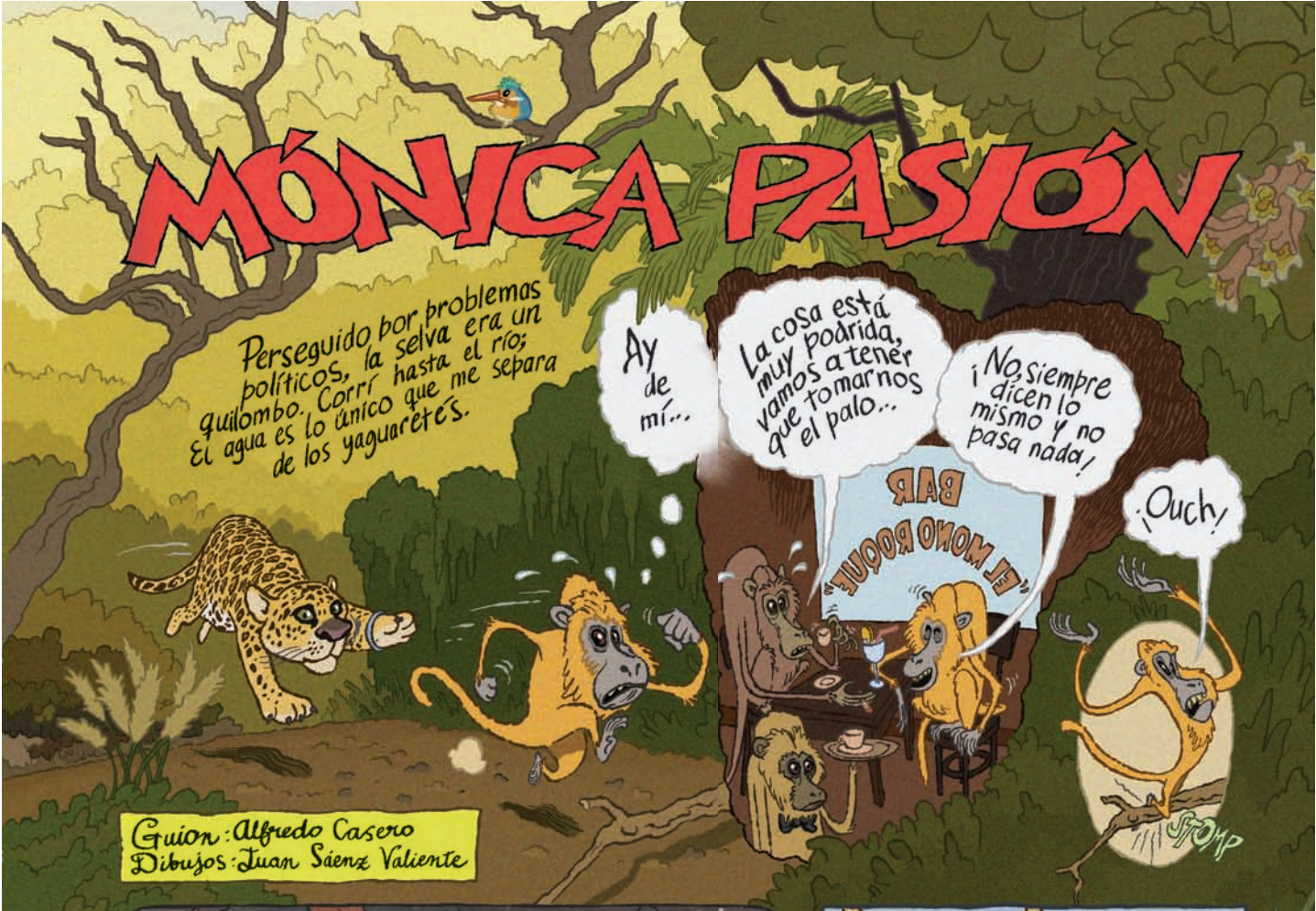
Hay un libro raro, *Final de partida,* de Beckett, un drama duro y desasosegante lleno de frases que apunté en cuadernos. Es la única obra de teatro que realmente me ha dado ganas de interpretar. De hecho lo hicimos, aunque en la intimidad: yo era Hamm y él era Clot. Me pareció que la pugna entre este amo y su sirviente se parecía mucho a mi idea de una gran pelea amorosa. En esa época yo era muy fan de las peleas de pareja con diálogos prodigiosos.

Madame Bovary fue durante años mi modelo de conducta, la vida de Emma, aunque ficticia, fue mi leitmotiv como mujer que vive en el folletín y que a continuación lee los *Diarios* de Anaïs Nin y sueña con tener dos maridos y tres amantes. Pero esa mujer no lo consigue, entonces lee *Ariel* de Sylvia Plath y descubre que la poesía puede ser un arma contra la asfixia de la vida doméstica y el horno a gas.

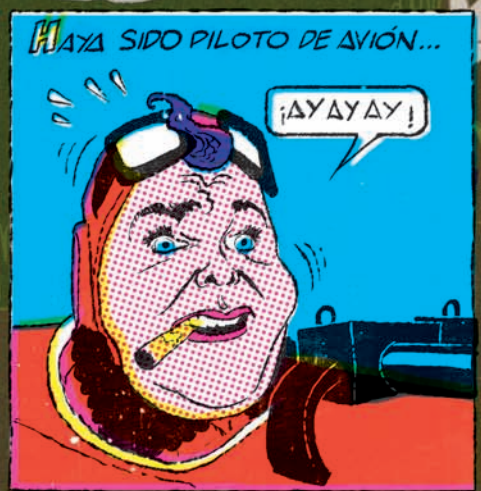
No puedo dejar este mundo sin una novelita, aparentemente marginal en la obra de su autor, pero que para mí tuvo un lugar central. Las escenas de sexo entre chicas jóvenes y ancianos decrépitos, entre chicas jóvenes y perros rabiosos, de *La marquesita de Loria* de José Donoso, orientaron mi gusto hacia el porno freak. En esa línea algo perversa, rescato con urgencia *Lolita* de Nabokov, *Trópico de cáncer* de Henry Miller y *El teatro de Sabbath* de Philip Roth.

He dejado uno muy especial para el final: después de leer *Los detectives salvajes*, de Roberto Bolaño, soñé durante mucho tiempo con reeditar el mito del escritor latinoamericano en Europa que había alimentado algunos de los libros de mi lista, para confirmar poco después que ya nos quedaban muy pocas reservas de romanticismo. Ese libro fue mi guía de Barcelona, la ciudad que estoy dejando atrás, la ciudad en la que he tenido una biblioteca que ahora se llevan otros a jirones. Y ya no queda la menor duda, el fin del mundo está muy cerca. Y el amanecer tiene quinientas páginas. ◣

MÓNICA PASIÓN



Guion: Alfredo Casero
Dibujos: Juan Sáenz Valiente



*Reconozco en el yaguareté la franqueza del enemigo antiguo.

¡JÁ JÁ!
RATATATATA
¡PARÁ PUTO, NO TIRÉS MÁS!
¡JÁ JÁ!
RATATA
RATATA
¡ZAS, ME QUEDÉ SIN MUNICIONES!
CLICK
CLICK
¡AHORA TE ENHEBRO, JÁ JÁ!
¡UY UY!
MANIOBRA INMELMAN
ESTOY FRITO, ESTOY FRITO...
A GUERRERO, SÍDOLI, Y TODOS LOS MUCHACHOS DE DIAGONAL NORTE
ESTOY FRIT...
¡QUÉ SEÑORÍO, CARAJO, Y YO TIRÁNDOLE!...
Tal vez en mi otra vida, haya sido yo también, piloto de avión...
!

Y a navegar en cachapé...
Qué débil he sido...
"Bajel pirata que llaman "el temido" por su bravura conocido en todo el mar del uno al otro confín... Navega, Velero mío, sin temor, que ni enemigo, ni tormenta, ni bonanza tu rumbo a torcer alcanza, ni a sujetar tu valor."
Huy, me colgué; dormiré...
FORMOSA
RÍO PARANÁ
BUENOS AIRES
Fueron 6 días navegando, y ya me había comido todos los piojos...
¡Por mi familia te lo pido!
Cuando...
Por mi fam
CRACK
Encallamos con 20 cm de agua...
Igualmente, los monos nos movemos en pulgadas. 20 cm = 7,87"
RESERVA ECOLÓGICA
APETITO
Como tengo apetito y es tan grande, no es apetito...
Es... APETO
No lejos de allí, 17 minutos antes de que el mono encalle...

Notarán que el mate del prefecturiano es muy pequeño...
Atento
Esto es debido a que en su interior, tiene yerba mate muy, muy macerada, hecha un acullico entre la ingle y los huevos de un paraguayo, durante 21 días en pleno mes de Enero, a más de 40 grados de calor. El movimiento y la fricción hacen de eso la perfección de la yerba mate, ya que produce una especie de hashish.
Lo que hace que si lo toma una persona que no está acostumbrada, puede llegar a morir por contracciones fuertísimas en la pared muscular del corazón.
Victor..Victor..
ALBERGU
TRANSITO
Sans Souci
El verdadero tomador de mate, necesita tomar un solo mate de esos, en un matecito chiquitito del tamaño de un dedal.
SIURP
ARA MANUEL BELGRANO
RATAPLAMR
SPOF
(Bajón)
SIURP
SPOF
(Bajón)
Así pasaba la vida este tipo, que el nombre de él es Idalino Cáceres.
Entran los dos pulgares a la altura del pantalón...

Tomándolo por la costura del medio...
Si el pantalón es de acrocel, TRACK, le entran las dos uñas en la costura...
RACK, rompe el coso (1) y FRAK rompe el calzoncillo en un 7perfecto(2).
?
TRACK RACK FRAK
El hombre sabe muy bien que el mono sabe hacer cosas que el mono hace porque el mono sabe. Algunas son dolorosas, pero el mono es el rey de la selva.
Uh yeah
Y él, como formoseño, lo sabe muy bien.
BLink
SNIFF SNIFF
¡LA CUESTIÓN ES IGNORARLO!...
Cuando un mono carayá te está cogiendo, usté tiene que ignorarlo, hijo mío.
Porque encima que el animal te está cogiendo, cuando vos te lo querés sacar de encima, te arañó el culo, ¿Y qué pasó?, Vos después le tenés que explicar a tu mujer que el mono te cogió y te arañó el culo; no te va a creer.
A: Te coge el mono
B: Te arañó el culo
C: Tu mujer te echa a la mierda...
Entonces se queda quietito, y lo deja hacer uso, nomás.

Chau, qué buena la mochila de Taz
Lo que me faltaba a mí, tener que andar explicando cosas de la naturaleza a estos inútiles de mierda...
¡CALLATE PORQUE TAMBIÉN LOS PREFECTURIANOS TENEMO EL GATILLO FÁCIL, YA MISMO SE MANDAN A MUDAR DE ACÁ!
Ay, qué mala onda.
Con el tiempo y los días, me empecé a encariñar. Le hice un huevo frito.
Milicoooo
ABRIL 10 MARTES
ABRIL 11 MIÉRCOLES
MAYO 3 JUEVES
Le compré una mochilita Peg-Pérego
¡Qué agradables momentos!
MAYO 9 MIÉRCOLES
MAYO 10 JUEVES
Hasta que un día desperté de una siesta y...
?
Este no vuelve más...
MONIC
Este no vuelve más...
El prefecturiano ve que empieza a tener otras sensaciones...
Tontooo
En realidad se empieza a sentir solo.
Monitor
KE-VIN

Casero-Sáenz Valiente 2012

EL OTRO BOOM ISRAELÍ

Por **Bernardo Erlich**

desde su televisor

La globalización cultural produce efectos raros. De repente los iraníes hacen cine gourmet. De sopetón los nórdicos se apropian de la novela policial. De golpe los españoles juegan bien a cualquier deporte. Y la última: ahora los israelíes exportan series de calidad. Raro, raro... Le pedimos a Bernardo Erlich, el único judío que tenemos en el staff, que nos explique el nuevo estallido de la ficción moishe.

Todos los judíos tenemos una tía en Israel. La última vez que hablé con la mía, por Skype, se escuchaban de fondo unos bombardeos. Me dijo que no me preocupara, que al sur del país —donde ella vive— las bombas no iban a llegar. Y que si en una de esas llegaban "ya sabemos lo que hay que hacer: nos quedamos en el hueco de la escalera hasta que pase". Ese tipo de situaciones, que a uno le hielan la sangre, para los israelíes son una costumbre. O al menos eso imaginamos cuando pensamos en Israel: un país cuyos habitantes, parapetados tras el muro de los lamentos, se tirotean con sus vecinos desde que se despiertan hasta que se van a dormir. O un montón de barbudos religiosos que apedrean a las mujeres que se atrevan a pasear por la calle en pantalón.

Sin embargo los israelíes acreditan, además de la guerra permanente y la religión obsesiva, unos inventos muy variopintos para un país tan pequeño. Inventaron el tomate cherry, por ejemplo. Y también la depiladora eléctrica, la patente del ICQ y el pendrive. Sí señor, el pendrive. Ese artefacto donde el cinéfilo clandestino, cada noche, guarda su película pirata o su serie de televisión favorita.

Es comprensible, entonces, que esta tierra desértica con arreglos florales en cada esquina haya dado a luz a dos de las mejores series de televisión de los últimos tiempos: *Be tipul* y *Hatufim*. Dicho así suenan a un par de platos de comida oriental. Pero no: se trata de las versiones originales de la ya clásica *In Treatment* (que concluyó en 2010 su tercera temporada en HBO) y de la flamante y excelente *Homeland* (cuya primera temporada acabó a finales de 2011 en Showtime y nos dejó con la boca abierta).

Drama

Be tipul quiere decir, casi literalmente, lo mismo que su título en inglés: *In Treatment*, en tratamiento. En la versión norteamericana —que es la que vimos— cada capítulo reproduce una sesión de terapia en tiempo real. El resultado es teatral, hipnótico y le entrega toda su efectividad a la palabra. No hay flashbacks, es pura narración. Una persona y su historia; un alma y sus abolladuras. Pero tiene otra particularidad: frente a los doce o veintidós capítulos que dura una temporada típica en Norteamérica, *In Treatment* tiene un promedio de... ¡cuarenta episodios por temporada! ¿Hay una crisis en la capacidad de síntesis judía? No: se trata de la recreación dramática llevada al extremo. Los protagonistas son cuatro pacientes y a cada uno le corresponde un día de la semana. Y

los viernes, ya harto y con la cabeza quemada, es el propio terapeuta quien se hace analizar.

Llamo a mi tía y le pregunto si en Israel la gente se psicoanaliza. Me responde que sí, y que mucho. Tropiezo con el cliché y quiero saber si es por influencia de la inmigración argentina en el país. "No —me responde—. Argentinos habrá a lo sumo unos ciento treinta mil. Lo que hay es muchísima gente con traumas de guerra." Al parecer no es tan fuerte el impacto de la terapia individual, pero el ejército está lleno de psicoanalistas. Y en una sociedad en la que el servicio militar dura tres años y tiene por lo menos cuatro guerras en su haber, eso es hablar de muchísimas personas.

El paciente de los martes, en la primera temporada de *In Treatment*, es Alex, un piloto de la fuerza aérea que debe recibir el alta psicológica antes de volver a subirse a un avión. A medida que avanza el tratamiento nos enteramos de que Alex bombardeó una población civil con niños y no se le movió un pelo. "Qué tremendo cómo los yanquis metabolizan Irak. Qué nivel de autocrítica", pienso en voz alta. "No —interviene mi tía—, eso sucedió acá. En una de las misiones aéreas contra el Hezbollah, masacraron una población con mujeres y niños. Después de eso pararon la ofensiva." Es decir, detuvieron los ataques aéreos y analizaron la masacre en una ficción televisiva y desde un punto de vista inusual. Y no solo eso, además la convirtieron en masiva. "A *Be Tipul* la vio mucha gente —acota mi tía—. En las reuniones siempre se terminaba hablando de la serie. Yo me quedaba afuera porque me aburre la televisión nacional."

Acción

En *Homeland*, la versión norteamericana de la serie *Hatufim*, se va más lejos aún. Un militar es rescatado después de años de cautiverio a manos de Al-Qaeda. Pero se sospecha que ha sido reclutado por la célula terrorista y ahora trabaja para producir un atentado en el país. De nuevo esta idea nos resulta más potente cuando pensamos que el argumento original proviene de Israel. ¿Por qué? Porque a lo largo de los capítulos nos vamos enterando de que los buenos del principio pueden resultar los malos del final, y si bien los norteamericanos nos tienen acostumbrados a este tipo de juego narrativo, no sabíamos que en Medio Oriente se les diera por replantearse su lugar en la guerra bajo una mirada tan poco convencional.

Pero Israel da para todo. Su territorio tiene unos veintidós mil kilómetros cuadrados llenos de mucha arena, poca agua, y judíos de los orígenes mas dispares. Cuando en 1989 cayó el muro de Berlín, arrastrando consigo a la Unión Soviética, los israelíes amanecieron con un nuevo millón de judíos rusos en el país. Para un lugar con siete millones de habitantes eso no es poco.

Y esa diversidad se entiende incluso desde el título de la serie: *Homeland* no tiene la misma traducción que la versión original israelí. *Hatufim* significa, en hebreo, secuestrados. Y la palabra homeland alude a *homeland security*, seguridad nacional. Las palabras dicen mucho: para los norteamericanos el terrorismo es una cuestión de seguridad interna. Para los israelíes, en cambio, el odio a sus enemigos les tiene secuestrada la sensibilidad.

Comedia

No todo es drama y acción bélica en la televisión hebrea. Hay humor, claro, aunque rigurosamente observado por la religión. Pongo un ejemplo: en una comunidad judía ortodoxa del país ha sido asesinada una mujer. Se sospecha que la ha matado el marido, pero solo podrá resolverlo la autopsia. La comunidad está conmovida hasta los huesos, así que envía a su rabino... ¡a que se robe el cadáver de la morgue! La religión dice que un cuerpo que ha sido profanado no puede ser enterrado en suelo judío. Y los mandatos de Dios vienen antes que el código penal. Es un simple ejemplo de los diarios. Pero podría ser, sin duda, la base de una sitcom.

Algo así debe haber pensado la CBS cuando compró los derechos para producir la comedia *Hajaim ze lo hakol*, que se traducirá fielmente como *Life isn't everything* (La vida no es todo). La historia va sobre una pareja que tiene un matrimonio difícil, y decide separarse para terminar descubriendo que el divorcio es una complicación todavía peor. "Lógico —dice mi tía—, acá al divorcio lo tiene que autorizar el rabino. Y si el marido no está de acuerdo, la mujer no se puede divorciar." Le pregunto si me está haciendo un chiste. "¡No! Los rabinos tienen entre ocho y doce hijos —me responde—. ¿Te parece que a alguien con el sistema nervioso destrozado le queda algo de sentido del humor?"

Es una pregunta difícil de contestar: el representante de los judíos ortodoxos en el parlamento puede plantear —como lo ha hecho en su momento— que hay que restringir los contenidos de internet hasta dejarlo al borde del kosher. De hecho lo han logrado con los teléfonos móviles de los religiosos, cuyos wallpapers y ringtones están supervisados por el rabinato. Con eventos de estas características es difícil que alguien se pueda aburrir. "Claro —subraya mi tía—, si acá están todos locos."

Entretenimiento

Israel es un mosaico indescifrable, resultado de combinar etíopes con rusos blancos, europeos con latinoamericanos, asiáticos con nativos de Medio Oriente. Esa audiencia mezclada y sufrida, que llegó a ver el Mundial 82 en refugios antiaéreos, debe ser muy difícil de sorprender durante una hora de televisión. A esos espectadores que escuchan bombardeos a cada rato, no los seducís con cualquier cosa en la tele. ¿Será esa la razón por la cual las series israelíes resultan novedosas al espectador occidental promedio?

Muchísimas televisiones del mundo compraron, hace poco, los derechos de un programa de preguntas y respuestas, me dice mi tía por Skype, antes de despedirse. "Acá el programa se llama *Lauf Al Hamilion*. En España le pusieron *Ahora Caigo*". Me cuenta mi tía que los concursantes van respondiendo preguntas y el que las contesta a todas gana un millón de shekels. Me dice que todavía nadie ganó el botín. ¿Pero se pueden llevar lo poco o mucho que hayan ganado?, le pregunto. "No —concluye mi tía—. Si no acertás una pregunta caés en un sótano oscuro, se te abre el suelo en directo, bajo tus pies."

La culpa de todo es de las esposas

—¡Qué buena serie es *Homeland*! —me dice Chiri—. Posiblemente lo mejorcito de las cosas nuevas que aparecieron en la tele.

—El protagonista de *Homeland* es un "topo" —le digo—. Llamar topo a los agentes encubiertos es un invento de John Le Carré.

—En realidad eso es un mito. Lo leí el otro día en *Página 12*. Le Carré inventó muchos neologismos para escribir sus historias sobre espías, pero la palabra "topo" es una creación de la KGB...

—Sea como sea, los topos están de moda. *Homeland* y *Tinker Tailor Soldier Spy*, la peli que se estrenó hace poco sobre una novela de Le Carré, están centradas en la búsqueda de un topo. Es decir, los protagonistas de las dos historias son agentes de inteligencia que se ocupan de cazar topos. La peli es una joya. Igual que *Homeland*.

—Según los guionistas de la versión americana, *Homeland* es una especie de Rip Van Winkle psicológico. ¿Te acordás de ese cuento? —me pregunta.

—Sí, la historia del tipo que se va al bosque, se queda dormido debajo de un árbol y se despierta veinte años después…

—Esa misma. Abre los ojos, mira su escopeta y la ve con el caño oxidado, el gatillo roto, la culata toda carcomida.

—Creo que al principio también había un perro. Pero cuando Rip se despierta el perro ya no está.

—Después Rip baja a la aldea y no conoce a nadie: ve todas caras nuevas. Por ahí descubre que tiene una barba de medio metro. Y cuando llega a su casa la encuentra en ruinas... Es una gran historia.

—Al final Rip Van Winkle era un hombre manso y tranquilo, como Piero, como nosotros. Agarraba la escopeta y se iba al bosque para no tener que aguantar a su mujer, que era insoportable... Pero se quedó dormido y se convirtió en Walt Disney. La culpa de todo la tuvo la esposa —le digo.

—Como siempre —dice Chiri—. ¿Es cierto lo que cuenta Erlich en la nota? ¿Que si te querés divorciar en Israel hay que pedirle autorización al rabino? ¿Y si el marido no está de acuerdo la mujer no se puede divorciar?

—Parece que sí —le digo—. Yo tengo una teoría: creo que los matrimonios modernos fracasan temprano por culpa de la cama matrimonial: un invento espantoso. Hay que volver a dormir en camas separadas. Nadie te molesta, cobijas para vos solito, almohada individual, una hermosura.

—Completamente de acuerdo, querido Jorgito —me dice Chiri.

—La pareja precursora en el arte de dormir en camas separadas, me parece, fue la de Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir.

—Pero después hubo más —me dice Chiri—: Woody Allen y Mia Farrow, Mirtha Legrand y Daniel Tinayre...

—Tim Burton y su mujer, directamente, viven en casas separadas conectadas por un túnel.

—Eso me gusta todavía más —me dice Chiri.

—James Stewart, en *La ventana indiscreta*, sabía mucho del asunto: no se quería casar para no terminar prisionero del matrimonio.

—¡Qué pelotudo! —me dice Chiri—. Con Grace Kelly habría que casarse siempre. Rainiero de Mónaco la tenía muy clara.

—Qué buena película, *La ventana indiscreta* —le digo.

—Es una gran thriller, y a la vez un hermoso cuento de hadas, ¿no? Una película perfecta. La volví a ver hace poco y sigue siendo insuperale. No envejece.

—No me extraña, Hitchcock venía del futuro. ◣

CALENDARIO MENSTRUAL PARA HOMBRES

1 DÍA DEL SEXO POST-ABSTINENCIA	**2**	**3**	**4**	**5**
6 DÍA DE HACER ALGO PARA DEMOSTRAR QUE NO TODO ES SEXO	**7** DÍA DE PEDIRLE "UNA CHUPADITA"	**8**	**9**	**10**
11 DÍA DE PASAR "TIEMPO DE CALIDAD"	**12** DÍA DE PEDIRLE "OTRA CHUPADITA"	**13**	**14** DÍA DE LA PELEA GRATUITA	**15**
16	**17**	**18** DÍA DEL "¿A QUIÉN ESTÁS VIENDO?"	**19** DÍA DEL SEXO PRE-ABSTINENCIA	**20** DÍA DE NO DECIR NADA SOBRE SU ROPA
21 DÍA DE NO DECIR NADA SOBRE SU PESO	**22** DÍA DE NO DECIRLE NADA DE NADA	**23** DÍA MUNDIAL DEL DRAMA FEMENINO	**24** DÍA DE "RECORDAR" QUE TIENES OTRAS COSAS QUE HACER	**25** DÍA DE "RECORDAR" QUE AÚN TIENES COSAS QUE HACER
26 DÍA DEL COMBATE CONTRA LA DESNUTRICIÓN VAMPÍRICA	**27** DÍA DE PEDIR PERDÓN POR NO HABERLA VISTO ÚLTIMAMENTE	**28** DÍA DE CORROBORAR SI SIGUE EN SU PERIODO		

DÍAS ÓPTIMOS PARA ESTAR CON UNA MUJER

ASUETOS RECOMENDADOS

*LAS FECHAS PUEDEN VARIAR

Por **Nacho Vigalondo**

La ventana indiscreta

(Alfred Hitchcock, 1954)

Vigalondo nos abre la puerta, una vez más, de su rarísimo cerebro detallista. Este mes nos descubre una mínima secuencia de *La ventana indiscreta* en la que, según Nacho, Hitchcock no le habla al espectador de 1954, sino a sus fanáticos del futuro. Es decir, a nosotros.

A todos nos vienen a la memoria las mismas escenas cuando toca enumerar las proezas técnicas de Alfred Hitchcock. El collage maníaco del asesinato de la ducha en *Psicosis* está grabado en nuestras cabezas. Después irá el largo plano secuencia de *La Soga*, el ataque del avión fumigador en *Con la muerte en los talones* o la ausencia de música en *Los Pájaros*.

Pero hay una carambola formal que no se menciona con la misma frecuencia, quizás porque al estar tan integrada en la propuesta narrativa no salta a la vista con la misma violencia. Hablo de una decisión que recorre todo el metraje de *La ventana indiscreta*. La historia sigue la investigación amateur de un crimen por parte de Jeff (James Stewart) y su prometida Lisa (Grace Kelly). A él, un periodista todoterreno, lo encontramos en silla de ruedas, recuperándose de un aparatoso accidente en una pista de carreras. Es un estado que le lleva al aburrimiento absoluto, a espiar sin rubor a través de la ventana de su apartamento a los vecinos que conviven en un amplio patio interior. Una serie de circunstancias le hace sospechar que ha podido suceder un asesinato en el piso de enfrente. Pero como no consigue convencer a las autoridades tendrá que ser él mismo quien encuentre las evidencias, siempre desde su apartamento, siempre a través de la misma ventana, con la ayuda de sus prismáticos.

La decisión extraordinaria de Hitchcock fue ser fiel al punto de vista físico del protagonista hasta el punto de no separar jamás la cámara de su silla de ruedas. Siguiendo este principio, los espectadores jamás veríamos más de lo que él viese, respetando incluso la distancia física de la cámara respecto al objeto espiado en cada uno de los planos subjetivos. Y la película solo usaría lentes de acercamiento para ver a los vecinos con más detalle en los momentos en los que Jeff utilizase un instrumento óptico (sus prismáticos) para espiarlos.

A partir de aquí Hitchcock podría haber dado por cumplidas suficientes ambiciones y haber resuelto *La ventana indiscreta* a través de un montaje tradicional en el que los primeros planos de James Stewart se vieran intercalados con imágenes tomadas en cualquier decorado al uso. Pero el director impuso que, entre el entorno espiado y James Stewart, hubiese una continuidad espacial auténtica. De este modo, mandó construir uno de los decorados más sofisticados de la historia de Hollywood, una reproducción a escala 1:1 de un patio interior neoyorquino con actores, animales, viviendas que se adivinaban a través de cada ventanal en cada una de las espectaculares fachadas, e incluso una porción de avenida al final de un callejón, al fondo, por la que circulaban coches... Todo ello diseñado para ser observado desde un único punto de vista: una única ventana.

El primer plano de la película deja todas las cartas sobre la mesa: la cámara sobrevuela el asombroso escenario, regodeándose en los innumerables detalles, en la vida que brota de cada una de las viviendas, como se ve en la primera imagen.

Hasta que un movimiento de retroceso y descendente nos cuela a traición dentro de la habitación de nuestro protagonista. Y de repente, en inesperado primer término, entra en plano, cegándolo por completo, la cabezota sudorosa de James Stewart echando la siesta, como se observa en la segunda imagen de la portada.

En cierta manera, con esta sorprendente transición Hitchcock nos está lanzando un desafío a nosotros, los espectadores del futuro. El espectador de los años cincuenta hubiese dado por sentado que una combinación de dos elementos tan dispares en el plano se habría realizado gracias a una retroproyección, alguno de esos trucos de

composición a los que Hitchcock había sido tan aficionado. Somos nosotros, espectadores sensibilizados gracias a las bondades de la alta definición, los que detectamos, al instante, que no hay efecto visual por un ningún lado.

Pero no nos dejemos embrujar por los juguetes. Si este movimiento de cámara tiene fuerza para el espectador de cualquier época es porque resume en un golpe de efecto impecable la mecánica de la película: todo lo que vemos ante nuestros ojos, desde las palomas en los tejados hasta el perro que olisquea las flores en el jardín, todo, pasa por un mismo embudo: el punto de vista de Jeff. Si su cabeza acaba cerrando el plano, cubriéndolo por completo, es porque, a fin de cuentas, es él quien va a limitar y ordenar toda la realidad que percibiremos a lo largo del relato. Este plano funciona de forma similar al que nos muestra un libro que se abre, al comienzo de la adaptación de un cuento de hadas.

Otra pregunta que podemos hacernos es por qué el personaje se nos presenta durmiendo, en vez de espiando con sus prismáticos. Pronto aprenderemos que es la única manera que tiene Jeff de matar el tiempo. Sabemos que Hitchcock no se anda por las ramas a la hora de describir la rutina de un personaje, y tiende a acelerar las explicaciones anteriores al arranque del drama. ¿Por qué no ha aprovechado esta hermosa introducción para describirnos de un plumazo el pecado de Jeff haciendo que todo el plano confluya en sus prismáticos?

Creo que puede ayudarnos a encontrar la respuesta un instante similar en una de las películas recientes más abiertamente hitchcockianas que se han rodado, *La habitación del pánico*, de David Fincher. Recordemos el movimiento de cámara más atrevido (para algunos, aparatoso) de la película. Partimos de un primer plano de Jodie Foster, que duerme en su cama, en el apartamento al que acaba de trasladarse. Sin justificación narrativa alguna, como respondiendo a una llamada que no hemos percibido, la cámara se aleja atravesando la vivienda como si imitase el punto de vista de un insecto volador que es capaz de colarse por el ojo de una cerradura. Tras unas cuantas idas y venidas en plano continuo, descubrimos que tres individuos están buscando cómo entrar en el edificio. El plano termina frente a una trampilla que los intrusos consiguen abrir.

Tengamos en cuenta lo que narra el resto de la película. El personaje de Jodie Foster es una mujer de mediana edad cuyo divorcio le ha dejado en un estado de completa dependencia emocional. Tiene tan presente la ausencia de su antiguo esposo que ha llegado a alquilar un apartamento al lado del suyo. Tres ladrones asaltan el lugar y, a lo largo de esa noche, ella consigue hacerles frente. No solo salva su vida y la de su hija: la traumática aventura también le lleva a romper los lazos emocionales con su exmarido, que al final del ritual acaba apalizado y atado a una silla, como un mueble más. El plano secuencia que he descrito tiene una justificación sencilla a partir de la lectura psicológica de la película: mientras Jodie Foster duerme, es su inconsciente el que invoca a los monstruos que le enseñarán, a la fuerza, a superar sus carencias. Así, la cámara de Fincher no vuela acudiendo a la llamada de los criminales: es ella la que los está llamando.

El héroe de *La ventana indiscreta* es un hombre al que le resulta insoportable estar recluido dentro de su apartamento. Una claustrofobia que está a punto de tirar abajo su relación con Lisa, una estrella de la alta sociedad que, pese a estar dispuesta a recluirse con él en el mismo salón, no consigue agradarle. Ella está descrita como una mujer "de interiores", urbanita, profesional de las fiestas y los actos sociales. Él es un adicto a los viajes, al peligro, a la aventura. Es un hombre "de exteriores". La relación entre los dos parece incompatible, y más desde que la silla de ruedas le tiene a él atado a un espacio entre cuatro paredes, el territorio natural de ella. Es un desequilibrio al que ella trata de sacar partido, pero que a él le desespera.

Pero si el sueño de Jodie Foster en *La habitación del pánico* provoca unos monstruos de lo más convenientes, el de Jeff en *La ventana indiscreta* abre una ventana. Gracias a ella, Jeff y Lisa acaban teniendo la oportunidad de compartir una aventura y salvar su relación en las únicas condiciones en las que pueden encontrarse el uno al otro. En un espacio que es, a la vez, una sala de estar y un patio, un interior y un exterior.

Descubrimos así que el popular microrrelato de Benedetti "Su amor no era sencillo" puede servir de sinopsis involuntaria de *La ventana indiscreta*:

"Los detuvieron por atentado al pudor. Y nadie les creyó cuando el hombre y la mujer trataron de explicarse. En realidad, su amor no era sencillo. Él padecía claustrofobia, y ella, agorafobia. Era solo por eso que fornicaban en los umbrales".

NO TENGO BLOG

MANEL F.

PERO TE DIGO QUE...

¡SOS UN BOLUDO! ¿QUÉ TENÉS EN LA CABEZA?

PERO ...

¿PARA QUÉ TE ABRISTE UN BLOG?

CAAALMA... QUIZÁS EN INTERNET -LO ADMITO- TENGO BLOG, PERO *EN MI CORAZÓN* ES COMO SI NO...

¡BOLUDO! ¡BOLUDO!

Mi apasionante juventud

Vivía en una gruta entrañable de Barcelona. De vez en cuando me daba un paseo hasta la tienda de cómics. Hasta por salir.

CARRER TALLERS

PORTAL DE L'ANGEL
ESTABA A MEDIO CAMINO

VIA LAIETANA

Y allí, la chica que repartía propaganda montada en sus patines.

Y mi pregunta ETERNA

SÉ QUE ES TONTO, PERO...

¿POR QUÉ A MÍ NUNCA ME DIO PAPELITO?

Aunque pasara MÁS DESPACIO...

Incluso parando en los escaparates...

Yo era

¡INVISIBLE!

Tres señoras (relativamente jóvenes) en el RESTAURANTE

Hablan de la inmigración. La magrebí. Una susurra:

NO. NO NO. LO SIENTO, PERO QUE SE VAYAN. LO SIENTO, ¿EH? LO SIENTO, LO SIENTO PERO NO.

LA PREGUNTA ES: ¿LO SIENTE?

(Pero NO SE LA HAGO)

¿POR QUÉ A MÍ NO?

¿SERÁ POR MI LOOK REVIVAL 50'S RABIOSAMENTE UNDERGROUND?

Es el ritmo del Rock

¿O es porque hay algo que dice (en un idioma que desconozco pero que SALE DE MÍ) "NO SE MOLESTEN, NO TENGO UN DURO"?

La gente (que no sabe que son UNOS PRIVILEGIADOS) tira por el suelo los putos papelitos.

ME AGACHO

A COGER UNO

Y NO-TO

EN CÁMARA LENTA

QUE ELLA

Que ella me está mirando.

Gran redoble de TIMBALES:

¡BLOM BLOM BLOM BLOM BLOM!

¡Clásicos del Humor! SORPRENDENTE RESPUESTA

"NEMESIS", de Agatha Christie

UN PLACER OCULTO

Love Song

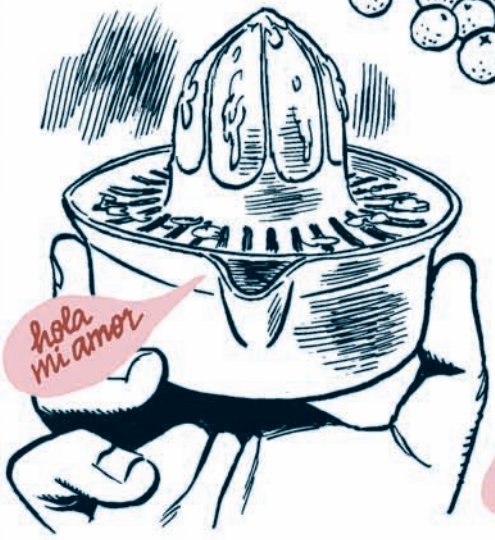
Exprimir la naranja y, acto seguido,

BEBER EL ZUMO DIRECTAMENTE DEL EXPRIMIDOR

PIENSO:

¿CUÁNTAS VITAMINAS SE PERDERÍAN PEGADAS AL CRISTAL DEL VASO?... ¡AH!

¡PERO (EN REALIDAD) NO ES ÉSE EL MOTIVO!



Cuando se acerca a mí, el exprimidor se convierte en un PEQUEÑO ANIMAL EXTRATERRESTRE con su boca llena de BESOS DE NARANJA

HOY DULCES MAÑANA ÁCIDOS > siempre SOY FAN

Ahora ya no creo en el amor

SOLD EN EL ZUMO DE NARANJA

Ratoncito

Súper Puta EN: "ASTUTO PLAN" / Una aventura INÉDITA para el 10/III/12

EL GRAN PROBLEMA del HUMOR

ESTOY INTENTANDO UNA DIETA DISOCIADA

De repente, surge una duda:

¿EL AGUACATE ES FRUTA, VERDURA U HORTALIZA?

Como siempre, la Wikipedia me da más de lo que le pedía...

AGUACATE VIENE DEL NÁHUATL *AHUÁCATL*, LO QUE TAMBIÉN SIGNIFICA *TESTÍCULOS*

¡TOMA!

JUSTO DESPUÉS

(que ya es casualidad) un amigo me pasa *"Adaptation"*, ¡DONDE DE REPENTE, NICHOLAS CAGE, QUE INTERPRETA A KAUFFMAN, DICE...!

ORQUÍDEA VIENE DEL LATÍN *"ORCHIS"*, QUE SIGNIFICA *TESTÍCULO*

¿ORQUÍDEA?

DESDE ENTONCES

siento la imperiosa necesidad de gritarle algo al mundo:

PUEBLO AZTECA: ¡BIEN!

PUEBLO ROMANO: ¡MAL!

DUERMO EN EL TREN

Abro los ojos y veo esto:

(NO PUEDO EVITAR QUE ME INCOMODE)

¿No estoy preparado?
¿No soy lo bastante moderno?
¿Tengo prejuicios?
¿Estoy sentado demasiado cerca?

¡SÍ-SÍ SÍ!

¡ESTOY DEMASIADO CERCA!

¡TIENE QUE SER ESO!

VUELVO A CERRAR LOS OJOS

y oigo:

Yo te dije: te amo, te amo, te amo, te amo, y de repente se cortó el teléfono, pero esto fue porque quedaban diez segundos de saldo y yo preferí decirte "te amo, te amo, te amo, te amo" a "dentro de diez segundos se va a cortar el teléfono"...

¡EH, A USTED SE LO DIGO!... ¿LO SIENTE?

(Pero no se lo digo)

¿QUÉ COÑO QUIERE DECIR CON TANTO "LO SIENTO"?

(No, no se lo digo...)

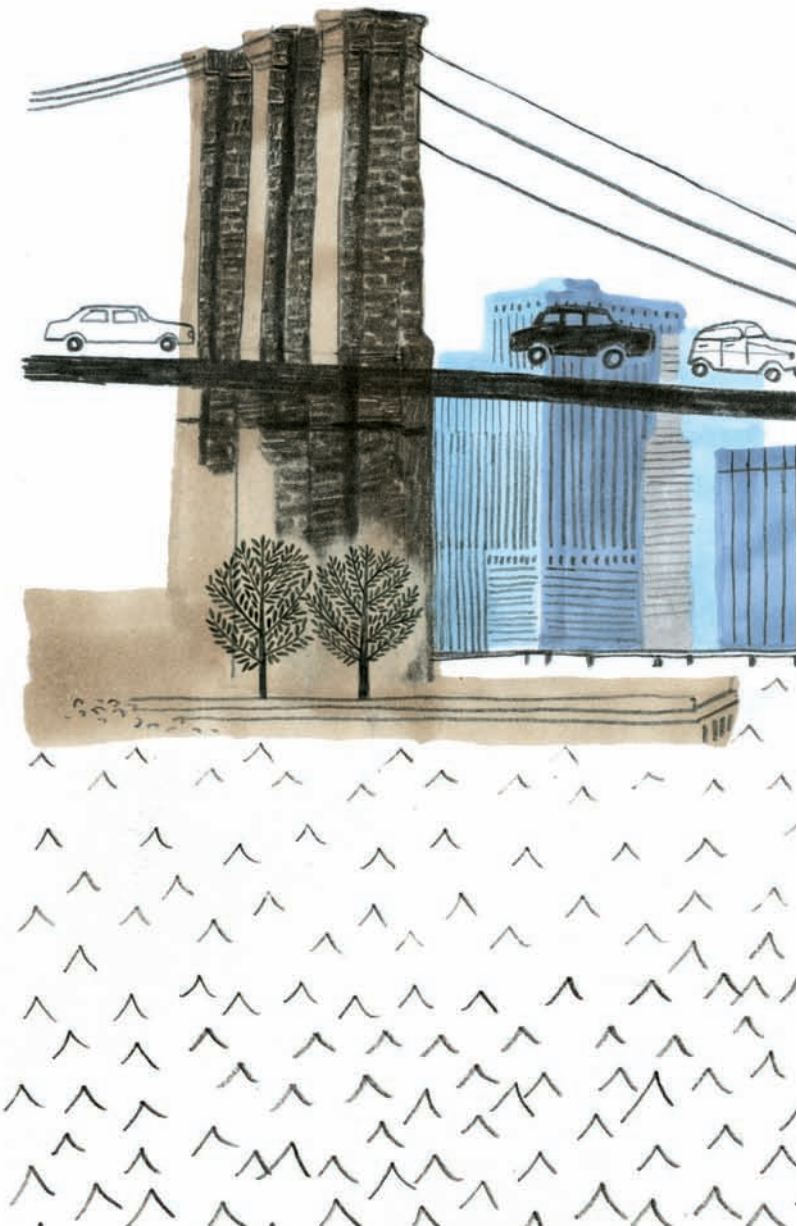
MANEL F. / III-12

www.manelfontdevila.com

UNA VESPA EN NUEVA YORK

Por **Hernán Iglesias Illa**

desde Nueva York



Podríamos pedirle un sinfín de temas actuales y candentes a Iglesias Illa. Primero porque vive en la capital mundial de las finanzas, segundo porque es nuestro corresponsal estrella en Estados Unidos, y tercero porque sabe muchísimo de casi todo. Pero desde que lo vimos el otro día en una foto en su twitter, subido a una motito de la marca Vespa, nos encaprichamos con eso. "¿Que hable sobre mi moto? ¿No quieren algo sobre la reelección de Obama y el avance republicano?", nos preguntó por mail. "No, Iglesias: solamente nos interesa tu Vespa."

Una Vespa en Nueva York

En un momento de *Caro Diario,* Nanni Moretti se baja de su Vespa negra en una calle acomodada de Roma y estira el cuello hacia arriba. Su voz en off, tristona y levemente irónica, explica: "Cuando estoy en la Vespa, me gusta mirar los áticos y las buhardillas donde me gustaría vivir e imaginar cuánto cuestan o cómo podría reformarlos". Un día, uno de esos áticos está en venta. Moretti entra a preguntar el precio, o imagina que entra a preguntar el precio (no queda claro), y se sorprende por la respuesta: "¿Diez millones de liras por metro cuadrado?". Otra vez arriba de la moto, dando vueltas en el verano de Roma, la voz narradora de Moretti explica: "El dueño del departamento ha dicho que no es mucho, porque Dándolo es una calle histórica y Garibaldi hizo la resistencia ahí mismo".

A mí me pasa algo parecido en las calles de Nueva York, donde vivo desde hace casi ocho años y donde me muevo en una Vespa plateada desde hace casi seis. En los semáforos, sin nada que hacer más que esperar el cambio de la luz, me gusta espiar en hogares ajenos e imaginarme viviendo en ellos, con esas familias o con la mía, y preguntarme si tendría suficiente para pagar el alquiler, o si habrá un buen escritorio donde encerrarme a escribir, o si me molestaría el ruido del camión de basura que gruñe y bufa a mi lado. Antes de que pueda responderme, el semáforo se ha puesto en verde y he zumbado hacia el infinito, hacia nuevos semáforos y nuevas preguntas.

Como a Moretti, a mí también me gusta tener mi propia voz en off. Mientras viajo por las calles de Brooklyn, donde vivo, o de Manhattan, adonde voy dos o tres veces por semana, me relato a mí mismo lo que veo o lo que pienso, como el narrador de un documental sobre animales o el comentarista en vivo de un partido de fútbol. Normalmente no tengo nada demasiado interesante para decirme: me gusta sorprenderme cuando hago cincuenta o sesenta cuadras sin parar en un semáforo, bajando o subiendo por las avenidas longitudinales de Manhattan; o detectar cambios mínimos en el paisaje de los avisos publicitarios y las fachadas de los restaurantes; o ver un edificio del que conozco la historia, como el de Amsterdam y la 71, en el Upper West Side, y volver a contármela, como si estuviera escribiendo algo al respecto o tuviera a algún amigo de visita sentado atrás.

Pero en la moto estoy casi siempre solo, y estoy casi siempre solo cuando cruzo el Brooklyn Bridge y vuelvo a maravillarme de lo hermoso que es y de lo cinematográfica y dramática que es la llegada a Manhattan desde el este. Si un día estoy triste o atascado, o extraño a mis amigos y mi familia en Argentina, un viaje en la Vespa a través del puente de Brooklyn alcanza para reconciliarme con Nueva York y con la idea de vivir acá. En esos momentos de fascinación pienso que debería vagabundear más por la ciudad, agarrar la moto y, como Nanni Moretti en Roma, convertirme en un *moto-flâneur* de Nueva York, recorrerla sin rumbo y con menos apuro del que tengo normalmente.

Una de las cosas que siempre me gustó de tener una Vespa es que retrata bastante bien quién soy. Nunca me sentí representado por las motos grandes o de cross, que encandilaban a mis amigos de la adolescencia: nunca supe qué era una "chopera" —en algún momento lo supe, pero me lo olvidé— o por qué una Kawasaki debería ser mejor o peor (supongo que peor) que una Harley-Davidson. Cuando veo a cuarentones o cincuentones agazapados sobre motos gigantes, y una rubia de piernas largas enroscadas alrededor de sus muslos, no siento ningún tipo de conexión o admiración. Esa masculinidad de fierro y culo, confiada y extrovertida, de cuero y heavy metal, no me representa para nada ni me genera ninguna envidia. Es difícil

admitir esto sin sonar un poco patético, pero yo siempre me sentí mejor representado, aun antes de subirme a una de ellas, por la sexualidad indefinida e inofensiva de la Vespa, que tiene caderas de mujer y en la que uno viaja sentado derechito y alerta, como un niño o un insecto, sin la pose sensual y casi horizontal de las motos de ruta. La Vespa es, para usar un término que estuvo de moda hace unos años y luego desapareció, una moto para metrosexuales: pibes que se bañan todos los días, escuchan Belle & Sebastian y tienen novias con pelo corto y tetas chicas. Sin entrar en el espinoso tema de las tetas de mi mujer, quiero señalar un paralelismo basado en la observación pero probado científicamente: parece haber una correlación entre el tamaño de las ruedas de una moto y el de los pechos de las mujeres subidas a ellas. A neumáticos mayores, neumáticos pechos mayores.

Compramos la moto en abril de 2006, en el concesionario de Piaggio Vespa en el Soho. Fuimos un sábado al mediodía a averiguar cuánto costaban y el precio nos pareció alto para nuestro presupuesto, pero el vendedor, un gordito con pelo a lo mohicano y tatuajes en los brazos, nos dijo que también, excepcionalmente, vendían motos usadas. "Si quieren, anótense en la lista", dijo, irritándome un poco. Una de las incomodidades menores de vivir en Nueva York es que uno se pasa la mitad de su vida en listas de espera o haciendo colas o reservando mesas o comprando hoy entradas para recitales dentro de cuatro meses. Con el tiempo, bufando una protesta, uno aprende a resignarse.

El morochito de los tatuajes nos había advertido que la lista de espera era larguísima, pero dos horas más tarde, mientras paseábamos por el Soho —era uno de los primeros días benignos postinvierno, y la calle estaba llena de gente—, sonó el celular de mi mujer y nos dijeron que estábamos primeros en la lista para una Vespa de 150cc con un año de uso. Primeros en la lista: como si estuviéramos adoptando un hijo. "Tienen cuarenta minutos para pensarlo", dijo el pibe. Mientras caminábamos de vuelta hacia al concesionario, que estaba (y todavía está) en Crosby Street, una calle de adoquines pintorescamente postindustrial, me sentí algo incómodo, como si el plan de comprar una moto italiana en el Soho fuera un cliché cultural demasiado alevoso para mí. ¿Qué hacía yo en el Soho, si no tenía nada que ver con su mercadería, casi siempre demasiado cara y estrafalaria para mis gustos, más humildes y más conservadores? Tenía ganas de tener una Vespa, pero me habría gustado comprarla en algún lugar más barrial, quizás en Brooklyn, quizás en un bolichito atendido por un viejo bonachón envuelto en un delantal manchado de grasa.

El viaje hasta casa, aquel día, fue difícil. Si ya venía con algo de remordimiento, por la cantidad de plata gastada y la sensación de no haber investigado lo suficiente como para conseguir un precio mejor, el cruce del Manhattan Bridge casi me hizo dejar la moto ahí mismo, en la mitad del East River, y salir corriendo para mi casa o para Manhattan, lo que quedara más cerca. Arriba de aquel puente, que es más ventoso, más alto y en general más desagradable que el Brooklyn Bridge, me sentí sumamente inseguro: sentí que la moto bailoteaba sin control entre mis manos y mis muslos y que se deslizaba sobre el asfalto más como si tuviera patines que ruedas. Llegué al otro lado despacio, con camiones tocándome bocina y el corazón ahuecándome las costillas. Diez cuadras después, hundido y humillado en el sofá de casa, me convencí de que había tomado la peor decisión del mundo. "Bueno, la podés usar solamente en Brooklyn", me aconsejé. "Nada de cruzar los puentes." Cuando mi mujer, que había vuelto a casa en subte, me preguntó cómo me había ido, le mentí: fingí tranquilidad y euforia, pero no sé si me creyó.

La compra de la Vespa, a pesar de estas primeras dudas, fue un éxito sensacional. Desde un punto de vista pragmático, me permitió ir y venir entre Manhattan y Brooklyn mucho más rápido que en tren o en taxi y muchísimo más rápido que en auto, si hubiera tenido un auto. También fue un éxito social. Estaba orgulloso de tener una Vespa: durante mucho tiempo, mi foto de perfil en Facebook fue una foto que me saqué arriba de la moto, con el casco puesto, mirando directo a la cámara de mi teléfono. Cuando la gente nos veía a mí y a mi mujer arriba del vehículo, nos decía que parecíamos sacados de una postal parisina o romana. "Te falta nada más que la baguette", me acuerdo que me dijo un amigo en aquellos primeros meses. Y a nosotros, obviamente, nos gustaba que la gente nos dijera cosas lindas. Es difícil resistir el placer de los piropos sociales. En todos estos años, cada vez que tuve que mencionar a la Vespa en una conversación (o cuando la introduje forzada-

mente, solo porque tuve la necesidad infantil de decir algo llamativo sobre mi vida), me ha aliviado comprobar que la motito mantenía su atractivo. Los ojos de mis interlocutores se abrían y masculaban, casi siempre con la mejor intención: "Oh, a Vespa, that's so cool!". Muchas gracias, respondía yo, tratando de esconder la vergüenza de sentirme halagado por un comentario así.

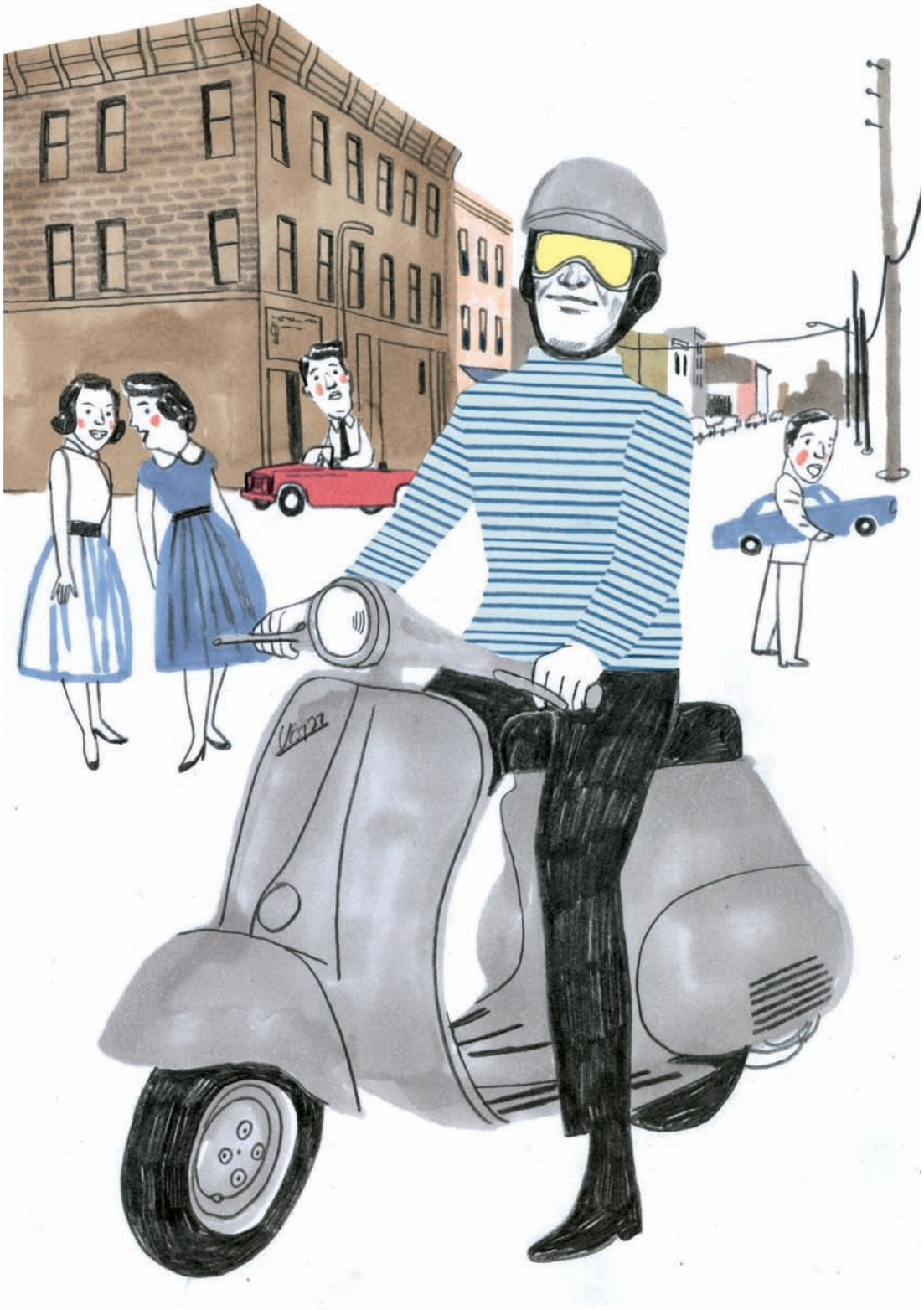
A veces, cuando estoy arriba de la moto, me descubro a mí mismo poniéndome de muy mal humor. Llega un momento, que no puedo explicar, en el que me pongo a insultar mentalmente a los peatones que cruzan mal la calle, a los taxis que no me ven y a los paquidérmicos camioncitos de 1800-ACCESS-A-RIDE, que se quedan quietos en el medio de la avenida o arrancan despacio (o no arrancan) cuando el semáforo se pone en verde. Mi cerebro empieza entonces a dictarme largas invectivas contra todo el mundo, en las cuales me declaro víctima y ser superior condenado a vivir en un planeta de seres inferiores. Todo esto es casi siempre inofensivo, porque no contamina mi vida preVespa y posVespa, pero hubo cuatro o cinco ocasiones en que mi mujer me ha preguntado qué me pasaba, por qué carajo estaba de tan mal humor si hacía cinco minutos estaba fenómeno, y yo no he encontrado una buena excusa o el coraje para admitir la indefendible banalidad de mi bronca.

¿Por qué me pongo así? Se me ocurren dos respuestas posibles. La primera es que al agua de mi cerebro en general le cuesta bastante poco entrar en ebullición. La segunda, más interesante para los propósitos de este ensayo, es que andar en moto es una tarea bastante más aburrida de lo que parece, y que uno a veces necesita inventarse todo tipo de dramas y emergencias para hacer que el viaje pase lo más rápido posible. En la Vespa uno no puede escuchar música ni la radio, porque es peligroso; y tampoco es fácil conversar con la persona que uno lleva atrás: con mi mujer a veces nos intercambiamos dos o tres alaridos pero después, aturdidos por el viento y ahogados por los cascos, nos rendimos, porque no nos entendemos nada. Los únicos mensajes que llegan a destino son los de una o dos palabras: "¡Acordate supermercado!", "¡Qué frío!", "¡Cuidado, bache!".

Entonces no me queda más distracción que divertirme con mi propio cerebro, que a veces, porque tiene voluntad propia, elige ofenderse y enojarse con el prójimo. Hubo una época en la que, indignado por el mal funcionamiento de los semáforos o el celo multador de los policías, me imaginaba encontrándome en alguna fiesta con el alcalde de la ciudad, Michael Bloomberg, y soltándole largas parrafadas sobre lo mal que trata Nueva York a las motos (lo que es cierto) y sobre cómo los beneficios recientes para las bicicletas han definido derechos para ciclistas y automovilistas pero nos ha dejado sin oxígeno a nosotros, los mamíferos intermedios. En estas conversaciones imaginarias, Bloomberg asentía seriamente y se daba vuelta hacia su secretario. "Organizáme sin falta una reunión con este tipo", le decía. "Tiene ideas muy interesantes."

En días mejores, he usado los viajes para tareas más útiles. Cuando estuve muy metido en la escritura de libros, la soledad y la cadencia de los viajes en moto me llevaban a las páginas recién escritas y las transformaban en nuevos párrafos, que se formaban en mi cabeza como nubes o rompecabezas, párrafos casi siempre excelentes, líricos y musculosos al mismo tiempo, párrafos que reflejaban tan bien el espíritu de un capítulo o un fragmento que sentía que ya había descifrado el código del libro, de que el libro y yo nos habíamos convertido en el mismo ser y que a partir de entonces las páginas fluirían sin obstáculo hasta el final. Cuando me bajaba de la moto, sin embargo, aquellos párrafos de espuma se desvanecían en el aire, como si nunca hubieran existido o como si los hubiera soñado. Lo peor no era eso: las dos o tres veces que paré al costado de un semáforo para anotar mis brillantes pensamientos o para dictarle a mi grabador el producto de mis largos soliloquios motorizados, el contenido de esas notas y esas grabaciones era inevitablemente pedestre e inservible, apenas un pálido desteñido de las vigorosas imágenes de cinco minutos antes. Con los años, sin embargo, me he acostumbrado a convivir con la resignación de que aquel escritor seguro y encantador que soy arriba de la Vespa, desaparece o se intimida cuando le toca exponerse en la página o la pantalla. Este mismo artículo, cuyos primeros borradores imaginé zumbando de acá para allá, serpenteando entre taxis o invadiendo bicisendas, era mucho mejor en mi monólogo interior motociclista que en esta versión tartamudeada y autoconsciente que mandé a los editores de Orsai.

Otra de las cosas que más me ha sorprendido de mi comportamiento arriba de la Vespa es lo rápido que manejo. En la vida real, no soy un



tipo excesivamente nervioso ni ansioso ni me enorgullezco de tomar riesgos innecesarios. No soy tampoco de esos que van por la vida sugiriendo que están a punto de matarse, o reclamando de los demás algún tipo de admiración o seducción. Y sin embargo zigzagueo por las calles de Brooklyn y Manhattan como si me estuvieran cronometrando, o como si me hubieran dado cinco minutos para desactivar una bomba al otro lado de la ciudad. Esta desesperación al volante no viene del placer de la velocidad: mi Vespa no pasa de los ochenta o noventa kilómetros por hora y llega ahí solo en los puentes o en los pocos segmentos de autopista que me animo a tomar. (Me gusta especialmente tomar la FDR hacia el norte, desde Brooklyn, y oler el mar en la curva anterior al edificio de Naciones Unidas. Es uno de los pocos lugares en toda la ciudad donde hay olor a mar.) Tampoco lo hago por una pulsión de macho o de exhibición de masculinidad, porque a esta altura todo el mundo sabe que no hay moto menos varonil que la Vespa. Lo hago, creo, por una razón bastante más idiota: porque es otra manera de combatir el aburrimiento de viajar solo en moto y de escaparme de mi cerebro, que se resiste a convivir en paz consigo mismo.

Cuando compré la moto, había pocas Vespas en las calles de Nueva York. La importación había estado prohibida durante casi veinte años, porque los modelos de la empresa no cumplían con las regulaciones ambientales de Estados Unidos, y se había reanudado dos o tres años antes de que nosotros compráramos la nuestra. En esa primera época, los conductores de Vespas nos saludábamos discretamente en los semáforos, con una leve inclinación de cabeza, como si fuéramos miembros de un club secreto. No lo éramos, más bien, pero tenía gracia encontrarse con un desconocido en la calle y fingir, detrás de aquella mueca incómoda, la existencia de un código compartido y una contraseña.

A veces, cuando estoy estacionando en la esquina de casa, se me acerca un peatón y me pregunta cómo es la vida arriba de una Vespa. Yo siempre digo que es fantástica, porque lo pienso de verdad pero también porque sé que estos señores (y algunas señoras) están pensando en comprarse una Vespa y quieren de mí que les dé un último empujón para terminar de reunir el coraje. Me gusta asumir este papel: me gusta ver el brillo en sus ojos mientras sueñan con comprarse una y, al mismo tiempo, me ven a mí como el tipo que se atrevió a cumplir sus sueños. No son muchas las ocasiones en las que otras personas me ven a mí como alguien más valiente o arriesgado que ellas. Esa es otra cosa que le tengo que agradecer a la Vespa: me ha permitido desempeñar roles sociales que en el resto de mi vida, más rutinaria y apacible —menos protagonista, más observadora—, casi nunca tengo oportunidad de sacar a relucir.

Una de las preguntas más frecuentes que hacen estos extraños es dónde estaciono la Vespa. En estas situaciones, de acuerdo con el papel que ya estoy desempeñando, suelto una sonrisa despreocupada y digo que la facilidad de estacionamiento es una de las ventajas principales de tener moto en Nueva York. "Yo nunca tendría auto en esta ciudad", digo. "Mucho menos en este barrio, donde estacionar es imposible." Mis interlocutores asienten con la cabeza, aprobando lo que digo, pero tengo la sensación de que a esta altura aprobarían cualquier cosa. "Yo dejo la moto en esta esquina, todas las noches, hace más de cinco años", insisto. "Nunca la até ni le puse ningún candado." Ajá, ajá. "El único problema es en Midtown, donde no se puede estacionar en la calle y los grandes estacionamientos no aceptan motos", digo entonces, y sentencio: "Es una vergüenza". Si veo que el interés se mantiene, tengo otros dos minutitos de discurso preparados: "Otras ciudades, como Londres o París o incluso Miami, ¡Miami!, tienen lugares de estacionamiento medido para Vespas y motos en general. En Nueva York no hay ninguno. Ni uno. Es una vergüenza".

A esa altura de la conversación el interés de mis interlocutores ha desaparecido. Podría dedicar párrafos y párrafos al alambicado asunto del estacionamiento para motos en Nueva York, pero no lo voy a hacer, porque no me gusta quejarme en público y, especialmente, porque me he dado cuenta de que la mayoría de la gente no comparte mi entusiasmo. Lo único que quiero agregar, porque es un dato de color interesante, es que muchos dueños de motos en Nueva York llevan las patentes (o "placas", o "chapas") de sus motos adheridas con Velcro, no atornilladas sino pegadas. Así, cuando estacionan, arrancan la patente y se la ponen en el bolsillo, dejando a su moto imposible de identificar. Si un policía cree que esa Vespa merece una multa (y entre la psicología policial y los agujeros legales a veces es imposible saber si uno está bien estacionado o no), no pue-

de hacer nada, porque esa moto, así como está, no existe. Cuando voy caminando con amigos de visita, me divierte mostrarles las motos sin patente estacionadas sobre la vereda (prohibido) o de trompa contra un parquímetro (legalidad dudosa) y lanzarme a larguísimas disquisiciones sobre la gestión de Janette Sadik-Khan, la hiperactiva secretaria de Transporte de Bloomberg. Como prometí no hacerlo acá, me callo en este momento y cambio de tema.

En estos años viajé en la Vespa casi todos los días, nueve o diez meses por año. En uno de los diálogos que tengo aprendidos para este tipo de conversaciones, digo lo siguiente: "El problema son la nieve y los días posteriores a la nieve, porque las calles quedan patinosas y peligrosas". Y después agrego: "Pero el frío no es un problema. Si uno se abriga bien y el piso está seco, puede andar perfectamente bien con diez o doce grados bajo cero". Esto es algo que me gusta decir, pero no es del todo cierto. Cuando hace mucho frío es difícil respirar arriba de la moto, sobre todo en puentes y ondas verdes: me quedo sin oxígeno y los pómulos y la mandíbula, mal protegidos por el casco abierto, se me endurecen hasta casi agrietarse. En días así, lo más probable es que traicione a la Vespa por el tren subterráneo, donde estoy caliente y, a diferencia de la moto, puedo leer: no tengo que hacerme cargo de las divagaciones de mi cerebro.

Desde hace unos meses, sin embargo, he estado traicionando a la Vespa con un enemigo quizás más poderoso: la bicicleta. Encontré una bicicleta vieja en el sótano de mi casa, la arreglé un poco y empecé a usarla para ir y volver de la oficina, que queda a unos cuatro kilómetros de distancia. A veces, cuando saco la bicicleta y veo a la Vespa estacionada en la esquina, me da un poco de pena, porque ahora hay semanas en las que solo la uso para cruzarla de un lado a otro de la calle los días en los que cambian las limitaciones para estacionar. En todo este tiempo la vi resistir el frío (pasó los últimos inviernos a la intemperie, porque me robaron las dos cubiertas de lona que compré para protegerla) y la vi deteriorarse, como un perro viejo, por el paso del tiempo y los tumbos que le dan algunos autos cuando está estacionada. Sigue andando perfecto: cuando vuelvo de un viaje o después de una semana de nevadas y lluvia, le doy arranque y siempre se enciende en el primer intento, como si estuviera esperándome o tuviera miedo de decepcionarme. Pero no puedo evitar sentir que estamos en el final de nuestra relación. Ya no vale mucho (no creo que pueda venderla por más de mil dólares) y es posible que, entre la bicicleta y el auto que finalmente estamos pensando en comprar, ya no la necesite como antes.

Hay una escena de *Caro Diario* que me hace reír mucho, en la que Moretti frena en un semáforo al lado de un Mercedes-Benz convertible y decide bajarse de la Vespa y encarar al conductor, un tipo con anteojos negros y pinta de ejecutivo. Le dice: "¿Sabés en qué estaba pensando? Estaba pensando en algo muy triste. Quiero decir que, incluso en una sociedad más decente que esta, yo siempre me voy a sentir en la minoría". Todavía con el casco puesto y, mirando a cámara desde atrás de sus propios anteojos negros, el artista de izquierda Moretti insiste, ante el desdén divertido del empresario: "Pero no porque no crea en la gente. Yo creo en la gente. El problema es que no creo en la mayoría de la gente. Sé que siempre voy a estar de acuerdo y confortable solo con una minoría...". A esta altura, el tipo del Mercedes ha arrancado sin escuchar el final de la diatriba de Moretti, que de todas maneras tampoco se tomaba tan en serio a sí mismo: el próximo tema de su monólogo es *Flashdance,* "un film que me ha cambiado definitivamente la vida".

Yo igual me quedé pensando, cuando volví a ver la película hace unos días, que la Vespa me había dado en estos años la oportunidad de pertenecer, como a Nanni Moretti, a una minoría. De sentir que, aun si llevo una vida burguesa y apenas distinguible de la de mis vecinos y colegas y compatriotas, mi condición de dueño y timonel de una Vespa me había dado, como un certificado o un bautismo, la oportunidad de recortarme contra el fondo y presumir de minoría petulante y arbitraria. Yo manejo una Vespa, señor, ¿usted qué ha hecho con su vida?

Hernán Iglesias Illa (Buenos Aires, 1973).Vive en New York. Ha sido editor en *The Wall Street Journal Americas* y ahora escribe para medios locales y latinoamericanos, como *Rolling Stone* o *Etiqueta Negra*. Ya colaboró en el primer número de Orsai con una crónica futbolística. @hernaniiny

Ilustraciones:
Sonia Pulido
soniapulido.blogspot.com

Voy en moto y reboto como un peloto

—Lo que más me gusta de esta crónica de Iglesias Illa es que el tipo tiene una idea muy poco masculina de las cosas con motor —le digo a Chiri.

—Nosotros estamos peor, un paso por debajo de la línea evolutiva —me dice—. No sabemos manejar, no tenemos ni carné de moto. Somos la clase de tipos con esposa al volante.

—¿Cuánto hay de puto y cuánto de pereza en esa ideología? —le pregunto.

—Te voy a leer algo, a ver si te acordás qué es.

—Dale.

—"Un hombre llega en moto Vespa al Parlamento —me lee Chiri—. Tiene el pelo alborotado por el viento, un pantalón de jean, campera negra, bigote. Deja la moto estacionada en la entrada. '¿Cuánto piensa quedarse?', le dice el guardia. 'Si no me rajan antes, cinco años', contesta el hombre."

—Fácil —le digo—. Lo cuenta Josefina Licitra en la Orsai 2. ¿Pero pasó eso en serio o es leyenda?

—Sucedió. Fue el día que el presidente Pepe Mujica llegó al Parlamento por primera vez. No fue en auto con chofer. Fue en su motito Vespa.

—Qué hombre hermoso —suspiro—. El día que Rajoy vaya en moto este será un país habitable.

—Me interesé mucho en las Vespas después de leer a Iglesias Illa —me dice Chiri—. Parece que ese modelo de moto es un invento de Enrico Piaggio, que pensó una línea de scooter y le salió la Vespa.

—Típicos inventos que nacen de un error —le digo—. Como el dulce de leche o la democracia cristiana. Seguro que Piaggio nunca imaginó que su invento iba a terminar siendo cool.

—Mi viejo tenía una Vespa y no era cool —me dice Chiri—. El cine la convirtió en algo cool. Antes de Nanni Moretti hubo otros ejemplos. En *Vacaciones en Roma*, Gregory Peck y Audrey Hepburn andan en Vespa todo el tiempo. En *La dolce vita* también aparecen Vespas. Jude Law en *The Talented Mr. Ripley* iba siempre en una Vespa...

—¡Qué churro Jude Law! Ir a Italia y no subirse a una Vespa es como ir a Tailandia y no hacer nada chancho.

—Hernán Iglesias Illa compró su moto en el Soho, que también es un barrio cool —me dice Chiri—. De Niro vive ahí, por ejemplo, y tiene un café que se llama *Tribeca Grill*. Cuando pienso en el Soho me acuerdo de *After hours*, la película de Scorsesse. ¿Te acordás? Nueva York, mediados de los ochenta. Griffin Dune se mete en un quilombo terrible, un laberinto lleno de personajes raros y peligrosos por ir al Soho, de noche, detrás de Rosanna Arquette. Gran película.

—Acá en España la tradujeron como *¡Jó, qué noche!* No tienen perdón de Dios.

—Pero el Soho que muestra *After hours* no debe tener nada que ver con el actual —dice Chiri—. Ahora es un lugar con "mercadería casi siempre demasiado cara y estrafalaria para mis gustos, más humildes y más conservadores", como dice Hernanii.

—No le digas Hernanii a Iglesias Illa —me quejo.

—Él mismo lo escribe así.

—Ya sé, pero una cosa es escribirlo y otra decirlo —le explico—. Cuando decís Hernanii parece que Iglesias Illa se hubiera quedado sin frenos al final del nombre.

—Debe ser jodido chocar en una Vespa.

—Peor era chocar en las Zanellitas que usábamos nosotros en Mercedes. En la industria automotriz argentina la carrocería es tu cabeza. ¿Era así la frase?

—No sé. ¿Las motos Zanella son industria argentina? ¿O brasileña?

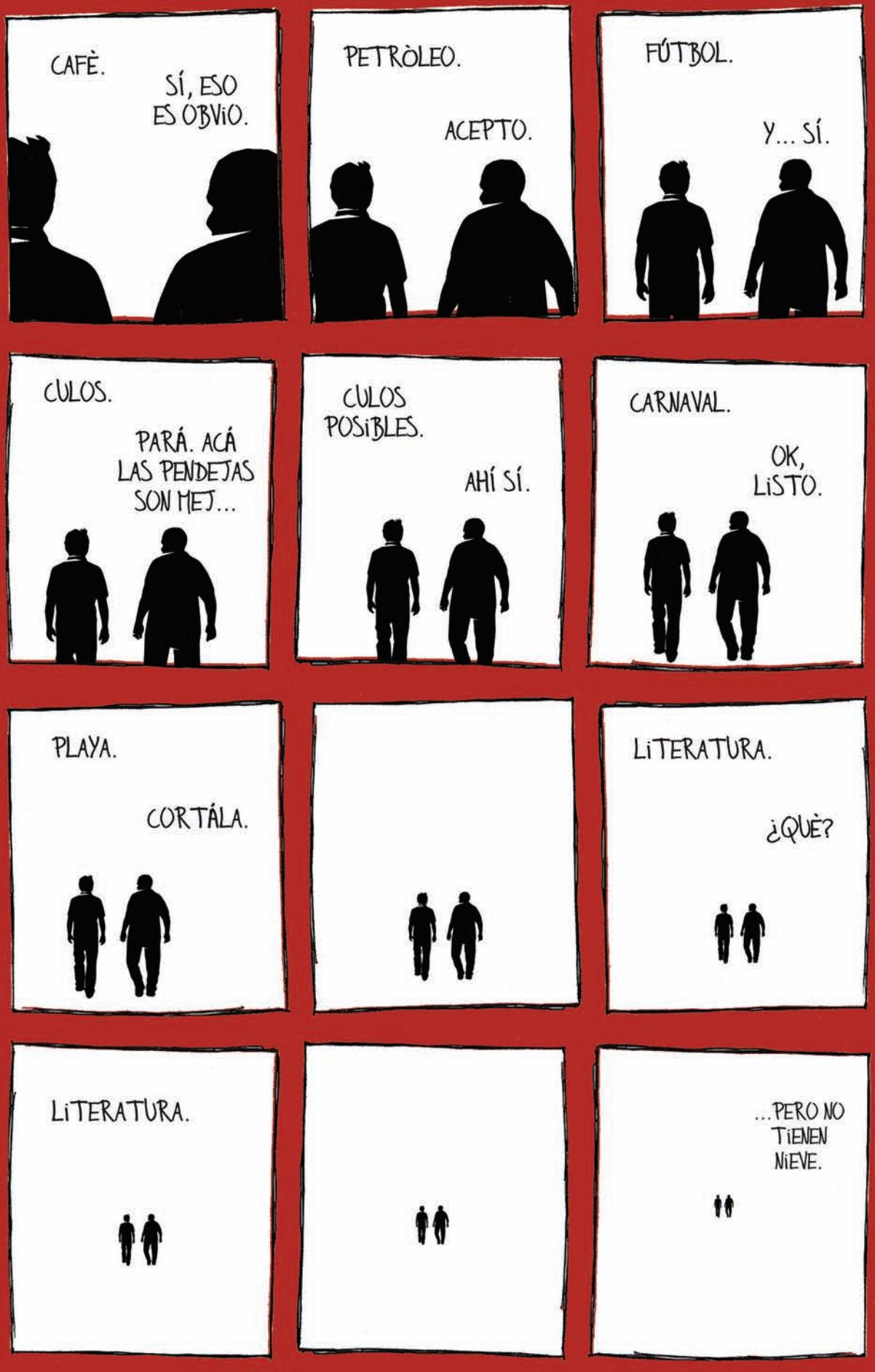
—En esa época no sé, pero ahora todo es brasileño: la cerveza, los alfajores, las motitos...

—Qué putos que son. Nos están ganando en todo.

—¿En todo, te parece? —le digo, con dolor.

—Café.

—Sí, eso es obvio... ◣


CAFÈ.
SÍ, ESO ES OBVIO.
PETRÒLEO.
ACEPTO.
FÚTBOL.
Y... SÍ.
CULOS.
PARÁ. ACÁ LAS PENDEJAS SON MEJ...
CULOS POSIBLES.
AHÍ SÍ.
CARNAVAL.
OK, LISTO.
PLAYA.
CORTÁLA.
LITERATURA.
¿QUÈ?
LITERATURA.
...PERO NO TIENEN NIEVE.

Quatro histórias brasileiras

Nas próximas dezesseis páginas apresentamos quatro escritores que se destacam na nova narrativa do Brasil. Duas garotas e dois rapazes. Os quatro estão no auge da vida e tem prosa intensa e poderosa. Todos surgiram na Internet e são muito atuantes no universo virtual. Acima de tudo e além deles próprios, apresentamos quatro contos surpreendentes que, até o dia de hoje, estavam inéditos na língua espanhola.

Compilação de **Karina Salguero-Moya**

Tradução de **Jorge Trimboli**

Ilustrações de **Matías Tolsà**

Sos mi Cristo Redentor

Por **Santiago Nazarian**

Siempre estoy viajando. Nunca conozco un lugar a fondo. Te miro mientras te ponés las medias y siento la decepción en tu mirada. Vos no podés gozar. Por eso viniste. Por eso te entregaste a mí la primera noche. Sabés que soy un turista, que nuestro amor es pasajero y por eso te acostaste conmigo. Ahora, que tus hormonas se saciaron, que el cuello de tu útero está lleno, te queda la decepción de no poder y no querer nada más. Una mujer como vos no está hecha para esto. Te ponés las medias y sentís la decepción de este vacío. Nunca podré satisfacerte.

Pero yo tampoco quedo satisfecho. Soy apenas un turista. Visito las ciudades y te busco. Sos mi punto turístico. No te conozco demasiado, ni siquiera después de que abras las piernas, ni siquiera después de que tus deseos y tus hormonas estén saciadas. Cualquiera puede visitar una ciudad y hospedarse en un hotel. Cualquiera puede visitar museos y comprar souvenirs. Cualquiera puede incluso seducir a una chica del lugar. Pero solamente nos sentimos en casa cuando experimentamos la vida entera, o la muerte, en una ciudad.

Debe ser por eso que mato.

Sos mi Torre de Pisa.

Te traje aquí hace pocas horas. Duré poco. Vos no lo sabías, pero yo lo sé bien. Sé bien que el sexo es apenas un puente entre los dos. Una forma de conquistarte. Una excusa para encerrarnos entre cuatro paredes, solos, lejos de los demás visitantes, de los flashes japoneses, de las colas de turistas que no llevan a ninguna parte. Vinimos rápido. Este es mi hogar tanto como puede ser el tuyo. La habitación de un hotel. Nada personal. Mirás a tu alrededor y no podés descubrir nada mío. Yo no vivo aquí.

Vos nunca me llevás a tu casa. Nunca me mostrás el lugar donde vivís. Sería interesante aprender dónde vive, cómo vive, la mujer que voy a matar. Pero no es seguro ni para vos ni para mí. Hemos decidido que lo mejor es ir a un hotel, a la habitación de un hotel. Yo tampoco vivo aquí, pero este cuarto es un poco mío.

Tengo que perder esta pésima costumbre de tomarme el agua de las botellas del frigobar, llenarlas con agua corriente y ponerlas otra vez en su sitio. ¿Porque hago esto, si no voy a pagar el hotel? Siempre dejo los hoteles antes de que la chica de la limpieza entre a la habitación. Me da pena la chica de la limpieza. Le dejo todo sucio. Me gustaría ser más limpio. Querría tener la higiene pulcra de los habitantes de esta ciudad. Querría un estrangulamiento rápido y seco. Pero yo ensucio mucho: con la sangre, las puñaladas, golpeándoles la cabeza contra la pared, contra el lavatorio, el espejo, la bañera. A veces la mujer vomita. Es un asco. Y es siempre así. Nunca logro ser cuidadoso. Siempre me entusiasmo. Lo que hago en esta habitación, entre estas sábanas, debiera ser más parecido al sexo estético e inodoro de las malas películas porno. Pero por más que me bañe, por más que prenda el aire acondicionado, hay siempre este olor fétido, orgánico, persistente. Olor a ser humano.

Qué asco.

Sí, debería ser como el sexo. Debería ser como el sexo después de quedar vacío. Cuando llega esa especie de arrepentimiento. Y uno ya no quiere ni siquiera mirar, ni dormir con la Mona Lisa del Louvre. Ni con las Niñas del Prado. Uno siente asco de sus pelos, los de ella. Asco de sus pelos. Debe ser así: el sexo igual que la muerte. Será por eso que, una vez que lo hago, siempre después me arrepiento. Siempre me da la impresión de que no voy a necesitar hacerlo más. Un llavero del Corcovado, un

souvenir. Pero después, con las hormonas cargadas, allá voy otra vez, a hacer turismo y buscarte.

Sos mi *Puerto Deseado*.

Espero que te des vuelta y digas: *¿Ya te tenés que ir?* Espero que te importe si me voy o me quedo. Que insistas un poco, y aunque sepas que me estoy yendo, preguntes si lo haré ya mismo o más tarde, o si habrá un nuevo encuentro. Si cenaremos de nuevo aquel pescado de agua dulce. Si daremos otra vuelta en la montaña rusa. Una última zambullida en la playa, antes de que me vaya para siempre. Pero vos no preguntás nada. ¿Por qué no preguntás? Si me lo preguntaras una vez, quizá te dejaría escapar. Si quisieras saber un poco más de mí, si intentaras meterte en mi boca de lobo, yo podría dejarte salir de esta habitación. Pero vos, como siempre, no preguntás nada.

No fue tan bueno este encuentro, yo lo sé. Fuiste mi estación de esquí restringida. Ahora podríamos abrigarnos en la habitación, aprovechar la fondue y el fuego del hogar a leña, pero no estamos haciendo lo que realmente vinimos a hacer, no hacemos lo que realmente queremos. Mi tormenta de nieve. No puedo disimular con sexo lo que realmente quería de vos. Quería entrar más adentro tuyo, más profundo. Uno nunca conoce realmente a una persona a menos que pase toda la vida con ella.

Te preparás para irte. Te ponés las medias, la pollera, la blusa. Me das la espalda. Te ponés los aros. ¿No vas a preguntarme nada? Yo sigo desnudo, acostado en la cama, yo no te pedí que te fueras. Soy apenas un turista, un tipo que está de viaje, no tengo nada que hacer. Los paisajes de esta ciudad no me interesan. Los museos no me van ni me vienen. ¿Me aconsejarás un buen restaurante? ¿Me invitarás a comer con vos mañana? Cuando salgas de esta habitación, si salís, voy a quedarme solo con la televisión del hotel. Me quedaré escuchando los ruidos de las otras habitaciones, parejas que se preparan para ir al teatro, y me preguntaré para qué vine, a fin de cuentas. ¿Qué vine a hacer aquí? Si yo te dejara salir...

Quiero oír la última frase que tenés para decirme. Quiero saber. Quiero oír, con tu acento, cuál será la última frase que vas a decirme, creyendo que te dejaré salir. Pero tengo miedo. Siempre espero hasta el último momento para oír cómo es tu despedida; quizá te estoy dando la última oportunidad, una chance única, quizá te estoy dando la chance de que quieras volver a verme, pero no lo decís, no decís lo que quiero oír, y a veces me arrepiento de haber esperado tanto tiempo solamente por frases vacías: "Buen viaje", "Que te vaya bien", "Me tengo que ir". Esas frases que oí tantas veces, la misma inflexión, el mismo dialecto. A veces tengo miedo de que te escapes. Espero demasiado y a veces, una o dos veces me pasó, vos abrís la puerta y te vas sin despedirte. No me das tiempo. Yo tengo miedo de esperar esta última frase y que no llegue nunca, miedo de que salgas de repente, cerrándome la puerta en la cara. Tengo que ser más cuidadoso. Tengo que esperar el momento correcto. Tengo que saltar de la cama antes de que tengas la mínima ocasión de huir.

Tu espalda son las dunas donde mi cuatriciclo puede zozobrar.

Ellas tienen el mismo gusto, el mismo dorso, el mismo olor de una mujer escandinava, con un perfume de Italia, salada por el Atlántico. Todos los puntos turísticos son iguales, si vos sos el mismo turista.

Esto ya me empieza a cansar. Me pregunto, ¿cuál es, finalmente, el objetivo de este viaje? Una excursión de quince días Barcelona-Madrid, Bruselas-Brujas, París-Amberes, Ámsterdam-Euro Disney. ¿Cómo puedo conocer tu mundo profundamente si te estás yendo? Tu tez puede ser más pálida. Tu piel puede ser más fina. Tus curvas pueden ser más sinuosas, o más insinuantes, o más rectas, pero al final tienen el mismo sabor, el mismo dorso, la misma imagen impresa en mi retina.

Cómo quisiera escribir una guía para viajeros con la verdad implícita. Reviso mi Guía de Viajero buscando la verdad implícita. Entre sus páginas, por detrás de algún servicio, quizás algún autor itinerante la haya encontrado. Examino las páginas y pienso que tal vez una mancha de sangre cubrió lo que estoy buscando. Pero no puedo hacer mi consulta mientras todavía estoy con vos, mientras estamos los dos en estado de poscoito, con el semen todavía flotando por el cuarto. Si busco en las páginas de la Guía pensarás que soy un turista inseguro o inepto.

Ah... Sos mi policía de migraciones.

Todas las fronteras están abiertas para mí. Ya sabés, ellos les temen solamente a los que quieren quedarse. Los sellos de entradas y salidas, extrañamente, me favorecen. Mirá bien, ellos no

quieren que me quede con vos. Echar raíces sería como esposarme, y hay una política interna para que yo siempre quede libre. Cuanto más huyo, más lejos me empujan. Soy suciedad que barren abajo de la alfombra. Como si nuestro semen, o nuestra sangre, no fuese problema de ellos.

Sos mi calentamiento global.

Te levantás de la cama y te sentás en una silla. Juntás la ropa, tirada por la habitación, como una molestia. Los zapatos de taco alto, el corpiño, el chaleco. Yo solamente soy un espectador.

Los canales de cable nunca ofrecen lo que necesito ver. Las mismas películas en todas partes; series en curso de las que nunca voy a recuperar la trama. No importa dónde huya ni en qué ciudad me refugie: todas las telenovelas serán mexicanas y todas las películas de Hollywood.

Botón del control remoto. La tele no se prende. Botón del control remoto. Mierda, no funciona. Siempre es bueno prender la televisión en esos anuncios de máquinas que pican y cortan verduras en un minuto. Siempre es bueno tener el ruido de los Compre Ya para camuflar los gritos eventuales. Tengo que contener sus suspiros. En sus lloriqueos me siento seguro. Silencio. Mierda. El control remoto no tiene pilas.

Te das vuelta. *Si necesitás algo tenés mi teléfono ¿no?*

Sí que lo tengo. Vos misma me lo anotaste. Entonces, ¿eso es todo? ¿Es esta tu frase de despedida? ¿Es realmente una despedida? ¿Te vas en serio? ¿Es de verdad la última frase? ¿Me decís eso y después la puerta? Tengo su teléfono, ella lo anotó antes de acostarse conmigo, ahora es probable que esté decepcionada. Quizá ni siquiera quiere que la llame. Quizá nunca quiso y era solamente una cortesía. O tal vez sí quieras, me estés dando una señal para que yo te entienda. ¿Cómo puedo saberlo? ¿Cuáles son las costumbres locales? ¿Qué dice la Guía del Viajero sobre vos? Decime, a ver, ¿cómo puedo saber eso? ¿Cómo puedo leer en tus ojos achinados, estrábicos, claros, orientales, indios de la India, indígenas y moribundos? ¿Cómo puedo dejarla salir, ahora, con tantas dudas, si no se lo puedo preguntar?

Te das vuelta otra vez. Mirás la puerta, me das la espalda. Salto de la cama. Rápido. Yo. Rápido. Avanzo hasta vos con el cinturón que se retuerce en mis manos y —una, dos vueltas— rápido, alrededor de tu cuello. Aprieto.

Ahora sí que te das cuenta de todo, mi Gran Esfinge de Guiza.

Vos abrís la boca para decir algo, lo que sea. Lo que sea, porque estás perdiendo el aire. Yo aprieto el cinturón todavía más fuerte, y más fuerte, y siento cómo la vida se va desprendiendo de vos. Las Cataratas del Niágara. Sacudís las manos tratando de sujetar la vida, de aferrarte a ella.

Sos mi aurora boreal.

Es rápido y fácil. Fácil y limpio. Más rápido hacerlo que decirlo. En pocos segundos tu resistencia cede y tu cuerpo queda sobre la cama. Yo me relajo y suelto el cinturón. Me duelen los músculos por el esfuerzo. Te veo —ahora mismo— tumbada en la cama.

Ahora estoy solo...

Por lo menos fue un trabajo limpio.

¿Podré pedir servicio en la habitación? Creo que me quedaré un rato más. Puedo llamar a la recepción —¿a ver el menú?—, puedo pedir un plato típico, la especialidad de la casa. Aunque los platos de hotel son todos iguales...

El camarero no se daría cuenta del cadáver en la cama. Los camareros de los hoteles no espían a una señora que duerme. Acaba de suceder y su cuerpo está caliente, tibio. Los pómulos todavía son rosados. Podría pedir una cena para dos. Una botella de champán o una bebida típica. Aunque las bebidas son todas iguales hoy en día, en todos los países se sirve caipiriña. Estoy tan cansado...

Algo gotea en el baño. En las habitaciones vecinas abren las puertas, golpean. La gente entra y sale, irán a los espectáculos nocturnos. Creo que esta noche me quedaré aquí. Ya deambulé mucho por la ciudad. Si quiero cenar en la habitación, mejor que pida ahora mismo.

Santiago Nazarian (San Pablo, 1977). Es uno de los más prolíficos narradores brasileños de su generación. Su primera novela, *Olívio* (Talento, 2003) fue premiada en un concurso de la Fundação Conrado Wessel. *Pornofantasma* (Record, 2011) es su último libro publicado.

Francisco no se da cuenta

Por **Andréa del Fuego**

Existe un síndrome en el que la persona solamente ve su mitad, mientras que la otra mitad sale a la calle sin la prolijidad que brindan los espejos. De un lado, el cabello atrás de la oreja; del otro lado, una maraña del pelos sin peinar. Francisco es así. Yo no entiendo cómo hará para abrocharse la camisa, ya que los botones quedan justo en el medio. Aunque, mejor pensado, ya no hay simetría en las máquinas de coser. Él puede abrocharse la camisa porque los botones invaden su lado visible. No es un derrame; ya me preguntaron si era un derrame. Dicen que es un síndrome. A veces el derrame deviene en síndrome, a veces el síndrome provoca derrames, no sé. Mientras la sangre le circule por las dos mitades todo funcionará normal y Francisco hará movimientos contrarios y sincronizados con los brazos.

Cuando me encuentro con Francisco me da miedo que se parta al medio, que un cierre relámpago lo abra de la cabeza a los pies y el costado que él ve en el espejo salga caminando, mientras que el costado que no ve se quede quieto, mirándome. Como un Golem esperando a que le escriba, en la frente, el verbo infinitivo. A Francisco le debe andar faltando una contraseña que le despierte el lado que no ve, o que le arruine el lado que ve y lo convierta en tonto completo. Conocí a Francisco en el banco. Yo era cajero y él estaba en la fila de los jubilados, con una carpeta llena de facturas por pagar. La mano que aferraba la carpeta se alineaba con el pie, y daba golpecitos en el suelo. Tenía una mancha de orín en el pantalón, del lado que él no se da cuenta.

El lado que no se da cuenta pestañea, oye, entiende; es una Mitad Madre que observa cómo la Mitad Hijo lanza gritos primitivos. La Mitad Madre observa pero no grita, aunque tampoco es muda. Una vez Francisco tuvo una piedra en el riñón del lado que él no se entera, y la Mitad Madre se manifestó. Francisco sintió un fuerte dolor en la nada de su cuerpo, más allá de lo que él entiende como el todo.

Antes de ser bancario yo fui seminarista. Aprendí a quedarme en silencio durante días y a comer lo que me dieran por el postigo a la hora estipulada. No es muy diferente en el banco: a cada rato me parece que los clientes se acercan a mi ventanilla para confesarse. Me dicen lo que hicieron mal, me cuentan de qué inversión se arrepienten, tragan saliva, crispan las manos, me preguntan qué pueden hacer, y yo les doy el saldo de su cuenta corriente: doce padrenuestros.

Francisco parecía confesarse conmigo. Cuando le llegaba el turno me decía que debía seis meses de teléfono, que se distraía mucho, al punto de no ver las facturas telefónicas debajo de la puerta. De hecho, había marcas de suela de zapato en los sobres de las facturas. Francisco las pisaba sin verlas, en tantos ángulos, que la suela había dibujado círculos macizos. Le pregunté si él mismo era el titular de la cuenta y me hizo que sí con la cabeza. Efectuó el pago, sacó un chicle del bolsillo del pantalón y, desenvolviéndolo con ansiedad, tiró la tableta rosada dentro de la boca. Mientras masticó el chicle con su lado bueno, todo anduvo bien. Pero cuando el maxilar empujó el chicle para el costado de la boca que no se entera de nada, el relleno líquido escapó por la comisura entreabierta y manchó la camisa con una sustancia pegajosa de color azul piscina. Un hombre de su edad, mascando chicle como un adolescente.

Él no se dio cuenta de nada. En un acto de compasión le avisé que se había manchado la camisa. Francisco observó el lado de su cuerpo que puede ver y dijo que estaba todo en orden, que no había ninguna mancha. Saqué del cajón un pañuelo de papel y extendí la mano hacia el lamparón azul pegajoso, que ahora era más grande porque había sido absorbido por el algodón. Me dio las gracias pero

me dijo que no era necesario. Yo insistí. Francisco se puso nervioso, señaló con las dos manos un costado de la camisa y dijo: señor, le doy las gracias de nuevo, pero estoy mucho más limpio que usted.

Al día siguiente Francisco hizo la fila de los jubilados, se inclinó sobre el mostrador y me dio una caja de pañuelos: supo que yo tenía razón cuando se quitó la camisa y la puso en el lavarropas. Faltaban cinco minutos para el almuerzo. Francisco se fue, atendí a dos mujeres más y cerré la ventanilla. Tomé el abrigo del armario, dejé la tarjeta de identificación y, cuando la puerta giratoria me escupió a la calle, me encontré de nuevo con él; estaba encendiendo un cigarrillo, miraba para adentro del banco.

Pensé: Francisco es una partida de ajedrez de un solo jugador. Después de mover una pieza hace un enorme intervalo, a fin de olvidar la movida anterior, y de ese modo se ubica ante una jugada inédita para él mismo. Pero quien lo ve piensa que es un tipo corriente, porque está camuflado con el paisaje. Lo invité a almorzar. Cuando cruzamos la calle hacia el restaurante me di cuenta de lo que acababa de hacer (yo no invito ni a mis parientes), pero más extraña fue la rápida aceptación del viejo.

Se sentó al lado de la ventana, lo dejé esperando y fui al baño a lavarme la cara, estaba sudando más de lo habitual. Cuando salí del baño, un camarero pasó delante con una botella de vino y dos copas, llegó a la mesa antes que yo y nos sirvió. Francisco quiso brindar. Le pregunté el motivo de la celebración y dijo que iniciar una amistad era más emocionante que mantenerla.

Yo debería haber dejado un billete de veinte arriba de la mesa y salido corriendo pero, en cambio, tomé un trago y supe que tendría que haber dejado más dinero: el vino era buenísimo. Pedimos una lasaña de chorizo que llegó humeante. Me quemé la lengua. Francisco cortó la pasta con el tenedor; en la otra mano sostenía un cuchillo que era tan útil como lo hubiera sido un ropero. Por suerte sostenía el cuchillo lejos de mí. Pidió permiso para ir al baño y se levantó con el cuchillo en la mano de la mitad que no se da cuenta. En el salón nadie lo vio. Pedí un café y consideré nuevamente salir corriendo de allí. Él volvió sin el cubierto, me dijo, extrañado, que se le había aparecido un cuchillo de la nada dentro del inodoro. Quería avisarle al gerente del restaurante. Le informé que el cuchillo viajó con él y que probablemente se había caído cuando necesitó usar las dos manos. ¿Cuántas manos tiene usted, Francisco? Dos, dijo. ¿Cuánto hace que finge vivir sin una mitad? Francisco pidió la cuenta, se encaprichó y no me dejó pagar. En la puerta, me dijo que ya habíamos avanzado a la etapa de mantener la amistad, una fase de menor importancia. Estuve de acuerdo.

En casa dejé la televisión encendida y fui a bañarme. Desde la ducha, escuché un spot de cerveza y el principio de la telenovela. Cené una lata de sardinas y me fui a la cama, apagué la televisión a la mañana siguiente, antes de salir de casa. Ese día, el gerente quiso hablar con los cajeros para explicar un nuevo sistema que instalarían en los próximos tres meses. Los clientes de las cuentas recibirían una nueva contraseña de ingreso, y debíamos prepararnos para atender a los jubilados, que tendrían una buena razón para salir de casa. Como era de esperarse, Francisco apareció dos días después de que las cartas de advertencia le fueran enviadas. Me hizo un gesto desde la fila de los jubilados, pero el orden aleatorio quiso que fuese atendido por la ventanilla número dos; yo estaba en la siete. Tuve ganas de hablarle, de oírlo, pero Francisco se fue haciéndome otro ademán.

Supe que Francisco era un hombre con mucho tiempo libre cuando descubrió la dirección de mi casa y me tocó timbre. Le dije que subiese por la escalera: mi edificio no tiene ascensor, pero dos pisos no pueden ser demasiado para un sexagenario. Si él hubiera sufrido una caída, yo habría llamado a una ambulancia.

Pedí papas fritas y dos hamburguesas en un bar que hace entregas a domicilio. Puse una toalla limpia sobre la mesa de la cocina, él se sentó con dificultad en un taburete, y yo me apreté en el otro. Yo no soy tan viejo, pero tengo cintura grande. Él me confesó que tiene miedo de quedarse solo cuando terminan las telenovelas. Así supe que él miraba la novela de las siete y nos fuimos directamente al comedor, cuyo sofá es también mi cama. Nos sentamos y cada cual puso su plato en la falda. La escena era la continuación del episodio anterior, con la típica música para los momentos divertidos en donde alguien supera una desgracia. Francisco dejó el plato en el suelo y tomó mi mano con la mitad que se da cuenta. Bajé el volumen del televisor con el control remoto y me quedé masticando una papa frita.

Pasamos la noche juntos. La intimidad es buena

porque levanta de una sola vez el balde del pozo: solo hay que tener coraje y darle un trago al agua sucia de la otra persona. Nos despertamos un martes. Él babeaba por la comisura de la mitad que no se da cuenta. Pensé que lo suyo ya se parecía a una parálisis, pero no quise asustarlo. Me dejó que lo limpiara, y lo hice como si lo hubiera hecho los últimos veinte años. Herví agua, pusimos café instantáneo en dos tazas. Él quiso ver mis facturas y mis expensas. No es asunto suyo, Francisco. Fue una frase de efecto sin importancia, porque encontró todas las boletas en mi cajón de la mesa de luz. Vio que uso poca agua, moderada luz eléctrica y que casi no hablo por teléfono. ¿No le gustaría vivir conmigo? No le respondí enseguida, pero fue lo que hice.

Clausuré mi pequeño departamento, cuya hipoteca había terminado de pagar hacía menos de un año. Dejé los muebles, me llevé solamente la ropa. Francisco tenía realmente un juego de ajedrez en el que jugaba consigo mismo. Nunca me dejó tocar las piezas, nunca quise. Tampoco tuve la voluntad de tocarlo a él. El deseo de estar allí, en su casa, y de hacer lo que él dijera, era más misterioso que una célula dividiéndose.

Francisco vivía en una casa de una planta, grande, con un amplio jardín recortado, una biblioteca y una despensa llena de alimentos enlatados, harina y jabón de manos. No dormiríamos en la misma habitación: la convivencia se llevaría a cabo en el comedor, en el jardín, en la cocina. Me dijo que podía dejar mi trabajo y permanecer con él durante el día, le expliqué que yo no era un enfermero, ni responsable de cambiarle los pañales a un adulto, si eso era lo que estaba planeando. Él estaba muy consciente de su enfermedad: tenía la piel tan fina que podía rasgarse en cualquier momento. Así como la lava confirma el volcán, del mismo modo la piel expone la carne podrida que contiene a los huesos.

La mitad de Francisco que no se da cuenta estaba a punto de despertar, pero no por una corrección de las células. Su ansiedad era idéntica a la del estudiante de laboratorio que inyecta adrenalina en un cadáver para ver cómo se mueve. La mitad que se da cuenta supo de la existencia de la otra el día en que meamos juntos en la bañera. La sangre anaranjada era la mitad que se da cuenta percibiendo a la otra, y resolviendo hacer lo peor: defenderse. Le pregunté a quién podría pedir ayuda. Francisco dijo que tenía una hija abogada. Ella atendió el teléfono y me preguntó si lo que le pasaba a su padre era grave, porque si era grave saldría rápidamente para allí y me dijo también que su vida en ese momento era un lío. Le dije que su padre había orinado sangre. Ella me dijo que si volvía a ocurrir yo tendría que llevarlo al médico, y que si el médico decía que el asunto era bastante grave, ella entraría en el juego, que ya se estaba preparando para ello.

No tuve coraje para abandonar a Francisco. Le dije a su hija que no se preocupara, que a su padre no le hacía falta una hija porque ya estaba bien acompañado. Antes de que ella preguntase qué relación tenía yo con él, colgué el teléfono.

La hija no llamó más. Y Francisco no hizo más pis. Ni naranja, ni rojo, ni acuoso, ni nada. En el camino a la sala de emergencias le sugerí que tomásemos una cerveza, porque es diurética y quizá así resolveríamos el problema. Nos sentamos en una mesa en la vereda y pedimos también unas aceitunas. Al segundo vaso, Francisco fue al baño y salió molesto. Me dijo que había logrado vaciar la vejiga, pero el precio era una herida que no sabía indicar, pero que sentía cada gota abrirle la piel en canal hasta la punta del pene.

Del bar volvimos para nuestra casa. Él me hizo un guiño, pero no le devolví el piropo porque no puedo pestañear. Sonreí. Lo ayudé a ponerse el piyama de verano, corto, me saqué la ropa y nos metimos los dos bajo la manta. Francisco se durmió. A los dos días había perdido tanto peso que necesitó usar cinturón incluso en los pantalones con elásticos.

Le pregunté si le dejaría la casa a su hija, me dijo que no. Le dejé claro que me interesaba quedarme para siempre en esas habitaciones de azulejos buenos, de piso de madera sin termitas, con tejado doble. Él fingió no escuchar.

Fuimos pareja poco tiempo. Dejamos de serlo en el hospital, antes de que Francisco muriese. Se fue debilitando cuando se enteró del diagnóstico terminal. No tuvo nada que ver con el síndrome de un lado solo, dijeron los médicos. En el funeral me presenté como un amigo del banco, la hija abogada vino de Florianópolis cuando le avisé. Qué fea que era la pobre, no solo para mi gusto, sino para el gusto común de cualquier sexo opuesto de los neandertales. Ella se afeitaba la barba: tenía un problema con las hormonas que, además de los pelos, le opacaba la voz y le causaba diabetes antes de los

cuarenta. Pensé: los hijos son tan misteriosos y tan obvios, y ella además tiene las secuelas de los dos cuerpos, el suyo y el del padre.

Me quedé con la casa, sigo trabajando en el banco. La jubilación me llegará dentro de trece años de estar en esta ventanilla o de gerente en una sala contigua. Tiré la ropa de Francisco a la basura, un armario lleno de camisas de color único, de la misma tienda, blancas, todas con manchas de chicle. Cuando me fui a vivir con él, dejé en mi pequeño departamento las cartas de amor que recibía en la ventanilla, escritas por seis mujeres diferentes. Todas eran clientas del banco con cuentas corrientes al día, todas de mediana edad, zapatos recatados, polleras lisas y pelo recogido. Yo siempre atraigo al mismo tipo de mujer.

Al final, la sangre sabe para donde corre, los huesos también saben, porque se curvan en el tórax, pero hay gente, como Francisco, que no se da cuenta de que una pierna extendida en el sofá es la suya. Con el tiempo, yo solo veía la misma mitad que veía Francisco. La hija tenía una cicatriz en el brazo: la vi una tarde que ella llevaba manga corta. De tanto mirarla, ella me explicó que se trataba de una tontería. Me dijo que Francisco tampoco veía la mitad de las otras personas, y que un día, siendo niña, mientras cargaba un tronco de leña a la casa, el padre no la vio y se la llevó por delante, casi la deja lisiada, por suerte ella dejó caer la leña a tiempo pero se hirió al caer sobre el piso de cemento del patio.

¿Qué mitad de mí Francisco no veía? Dicen que los que sufren una amputación sienten el miembro fantasma. La pierna no está allí, pero el cerebro insiste en que sí. Extraño a Francisco, no siempre la rutina puede ser atravesada por un malabarista manco, por un peluquero ciego, por una camarera con tortícolis o por un niño descaderado que gatea con rueditas de bici. Si Francisco fue posible, ellos también lo son.

En la casa no tengo que subir ni bajar escaleras. Riego el jardín una vez al mes, sin cortar nada. No sé el nombre de estas flores con pelusa pequeña en la punta, solo sé que son hermosas. La semana pasada dejé que una señora viniese a limpiar, porque encontré rastros de rata en la habitación; pensé que sería mejor resolverlo. Dejé a la mujer en la casa y me fui al banco. Cuando volví, ella estaba sentada en el sofá mirando televisión y comiendo galletitas. La escoba y el balde estaban en la puerta de la cocina. El balde, con agua perfumada con pino verde, no tenía rastros de suciedad diluida. La escoba no tenía ni un pelo entre las cerdas. Le quise dar dinero por el trabajo que no hizo, pero ella me pidió que me apartara del televisor porque la película no había terminado. Le di una bofetada por irrespetuosa, ella gritó. La arrastré hasta la salida, la empujé y cerré la puerta. En la cocina vi tres ratas muertas en una bolsa de residuos. Ella había hecho solamente esa parte del trabajo y después se dio el lujo de sentarse en el sofá.

Abrí la ducha porque necesitaba un baño. Agarré un peine para hacer cuentas en el vapor de la mampara. De la nada, alguien gesticuló a mi lado. Salí desnudo y corrí a la habitación donde estaba el teléfono; llamé a la policía. El tipo me seguía y yo no podía ver el resto de su cuerpo, solamente podía verle el brazo. Le dije a la operadora que había un intruso en la casa y que sospechaba que podía ser un secuestro. Me resultó extraño no recibir enseguida un golpe en la cabeza.

La patrulla no llegaba. Le pregunté al hombre qué quería, le dije que no había dinero en la casa, le expliqué que yo era viudo de un hombre sin joyas. La policía llamó a la puerta y el brazo del hombre quiso adelantarse. Tuve tiempo de agarrarlo justo cuando la policía derribó la puerta. Mientras un agente me hablaba, llegó el otro. Le pedí al primero que apresara al hombre antes de que pudiera escapar. El policía le hizo un gesto al otro, el otro dijo que no había nadie en la casa. Una vez más le mostré el brazo al agente. Me preguntó si vivía solo, si tenía un pariente al que pudieran llamar y, por último, me preguntó dónde trabajaba. Le respondí que estaba solo, que era bancario y que tenía una prima que vivía en el litoral. El policía, que ni debe tener saldo en su caja de ahorros, fue claro. Señor, suelte ese brazo, es suyo.

Andréa del Fuego (San Pablo, 1975). Es autora de la trilogía de cuentos *Minto enquanto posso* (2004), *Nego tudo* (2005) y *Engano seu* (2007). Su primera novela, *Os Malaquias*, obtuvo el Premio José Saramago en 2011. Participó en diversas antologías y es columnista en *Entrelinhas*, de TV Cultura.

Carbón animal

Por **Ana Paula Maia**

Al final, lo que queda son los dientes. Porque van a servir para identificarte. El mejor consejo es que cada quien cuide sus dientes más que su dignidad, porque la dignidad no dirá quién sos, o mejor dicho, quién fuiste. La profesión, el dinero, los documentos, la memoria y los amores no sirven tampoco de mucho. Si tu cuerpo está carbonizado, solamente los dientes van a contar tu historia. Los que no tienen dientes no llegan ni a miserables. Se convierten en cenizas y en carbón. Nada más.

Ernesto Wesley arriesga su vida a cada rato. Se lanza contra el fuego, a través del humo negro y denso, traga saliva con gusto a tizne y conoce, por el modo en que crepitan las llamas, de qué material están hechos los muebles de cada habitación.

Se acostumbró a los gritos desesperados, a la sangre y a la muerte. Cuando empezó a trabajar descubrió que en la profesión hay una especie de locura: salvar a los otros sin que importe nada. Sus actos de valentía no hacen que se juzgue a sí mismo como un héroe. Cuando cae la noche todavía siente los magullones. Y si al día siguiente se levanta y va otra vez al trabajo, es porque intenta preservar esperanzas de vida en alguna parte.

Sus fracasos son más numerosos que sus éxitos, claro. Comprendió que el fuego es traicionero, que aparece en silencio, que se arrastra por toda la superficie, que borra sus huellas y deja cenizas. Todo lo que construye una persona en su vida, todo lo que ostenta, puede ser devorado por una llama voraz. *Todos* estamos al alcance del fuego.

A Ernesto Wesley no le gusta socorrer accidentes automovilísticos. No le gustan los hierros retorcidos, y mucho menos tener que serrar metales. La motosierra lo atormenta. Mientras separa los fierros, el temblor del cuerpo le hace perder la sensibilidad de los movimientos. Se siente rígido y automático. Un error puede ser fatal. Si alguien se equivoca en esta profesión se convierte en maldito. Pero hay que arriesgar, le pagan para eso. Y sirve solamente para eso. Fue entrenado para salvar, y cuando falla, la culpa hace que su prestigio se arrastre.

Lo único que le gusta es hacerle frente al fuego. Desviarse de las llamas y esquivar los focos más violentos cuando se encuentra con abundante oxígeno. Arrastrarse por el suelo que cruje bajo su vientre, sentir el calor a través del uniforme, la caída de un cielorraso, el colapso de un piso encima de otro, el cableado colgando de las paredes agrietadas. El crepitar de las llamas que cronometran su tiempo de resistencia, el momento de la muerte próxima y, por último, cargar en su espalda un peso mayor que el suyo y rescatar a alguien que nunca olvidará su rostro oscurecido por el humo.

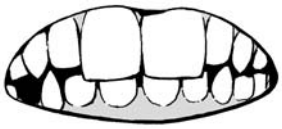
Ernesto Wesley es el mejor en su oficio, pero poca gente lo sabe.

Sonríe en el espejo del baño y luego se pasa el hilo. Limpia cuidadosamente todos los espacios dentales y finaliza la limpieza con un enjuague bucal con sabor a menta. Sus dientes están limpios. Pocas obturaciones. Tiene una muela enchapada en oro. Mandó fundir el anillo de bodas de su madre muerta y lo usó para cubrir el diente. Lo hizo para ser identificado si muere trabajando o en otras circunstancias. Tener un diente de oro es su característica, y esto hará que sea más fácil el reconocimiento.

—¿Cómo está Oliveira? —pregunta el hombre contra el mingitorio.

—Dijeron que bien —responde Ernesto Wesley— pero tuvieron que amputarle la mano.

—Mierda...



El hombre termina de orinar y se acerca al lavatorio para enjabonarse. Mira sus manos y suspira. El agua sale en un chorro de color beige.

—Esta tubería no anda nunca —dice el hombre.

—No es la tubería. Hay poca agua.

—El agua de acá es inmunda.

—Los caños son viejos. Todo es viejo.

—Me hace sentir viejo a mí. ¿Alguien encontró la dentadura de Guimarães?

—La busqué entre los escombros, pero nada.

—¿Y cómo identificaron el cuerpo, entonces?

—Una marca de nacimiento en el pie. El pie quedó intacto, justo para que lo podamos identificar.

—Si no es por los dientes, solamente queda el azar.

—Tuvo suerte, Guimarães. Todavía hay seis cuerpos destruidos, sin identificar. Y hay otro desaparecido.

—Sí, lo sé. Pereira.

—A ver si lo encontramos, cuando la pericia los libere.

—Pereira tenía dientes chiquitos y puntiagudos.

—Eran horribles, estaban cariados.

Los dos hombres se miran en el espejo y oyen, durante unos segundos, el zumbido inquietante del fluorescente, a punto de fundirse.

—Esos dientes feos ahora van a salvarlo —comenta Ernesto Wesley.

—Ajá. Yo mismo encontraría a Pereira si viera esos dientecitos.

—Dientes de tiburón.

La puerta del baño se abre y entra un hombre bajo, de mirada inquisidora. Lleva un portapapeles en las manos.

—Hay un llamado que atender.

Ernesto Wesley termina de usar el mingitorio y se cierra la bragueta.

—Dos autos empotrados en un camión. Hay gente entre en los fierros.

—Federico es bueno con la motosierra.

—Está de franco. Quedan ustedes dos.

—¿Víctimas?

—Seis.

—¿Borrachos?

—Dos.

—Me siento como un recolector de basura —murmura Ernesto Wesley, que se había quedado en silencio hasta entonces.

—Somos un poco eso —dice el hombre.

Los dos siguen al tercero y van al camión. El incidente ha ocurrido a cinco kilómetros, en una autopista.

—Qué ganas de fumar —dice Ernesto Wesley.

—Yo también. No sé cómo podés tener los dientes tan blancos.

—Uso bicarbonato de sodio para blanquearlos.

—Tenés los mejores dientes de todo el cuerpo de bomberos, Ernesto.

— Y vos tenés los mejores incisivos que vi en toda mi vida. Un rectángulo perfecto. Dejás una mordida inconfundible en el pan.

—¿Te diste cuenta?

—Claro. Yo sé cuando un resto de comida es tuyo. Por el tarascón.

El hombre, halagado, se ajusta el cinturón de seguridad.

—No me gusta usar la sierra. Me angustia —murmura Ernesto.

—Ojalá no haya que usarla.

Ernesto Wesley mira al cielo. Está estrellado y la luna no apareció. Estira la mirada y la extiende por encima de la cabeza, pero tampoco encuentra la luna.

—Algo me decía que hoy habría que usar la motosierra —dice Ernesto Wesley.

—Odio a los borrachos —murmura el hombre.

—Yo también —concuerda Ernesto Wesley.

—Parece que fue ayer el accidente que mató a mi hermana.

—Me acuerdo. Tuve que sacar al tipo de entre los fierros. Pelado hijo de puta.

—La partió por la mitad.

—Me acuerdo de eso también.

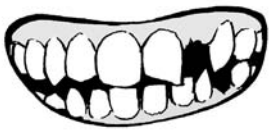
—Yo lo quería matar, al tipo. Faltó esto para que lo matara.

—Nos pagan para salvar incluso a los miserables pelados borrachos hijos de puta.

—Estoy tan cansado de tanta gente de mierda, irresponsables.

—Vamos a tener que vivir con el olor de esa mierda. Nos pagan para eso —concluye Ernesto.

Ernesto Wesley baja la cabeza con resignación. Los ojos le arden y lo hacen lagrimear, pero él no llora desde hace tres años. No puede. Sus lágrimas se evaporan con el calor del fuego. El silencio cae sobre los hombres. Están cansados pero aprendieron a actuar por impulso. Ya conocen sus límites y esos límites son elásticos. La carretera bordea un río y Ernesto Wesley mira la extensión haciendo que sus ojos se esfuercen



para alcanzar la frontera de las dulces e inmundas aguas turbias, como si buscara, en los espacios vacíos que se estrechan, algo que le dé sentido. Pero no siempre es posible ir más allá de lo que los ojos pueden ver. Ernesto Wesley es un hombre musculoso, con los hombros anchos, la voz gruesa y la mandíbula cuadrada, pero todo en él se hace diminuto cuando se enfocan sus ojos. Son ojos profundos, de color negro y un brillo intenso. Hay un rayo de alegría en esos ojos, como un fuego, como el mismo fuego que él admira y enfrenta. Cuando se cruza la barrera del fuego que ilumina su mirada, no hay nada más. Su alma quema y su aliento huele a humo.

Cuando cumplió dieciséis años, Ernesto Wesley ya había enfrentado cuatro incendios en las diversas casas donde vivió. La paz familiar era constantemente amenazada por el fuego, que comenzaba silenciosamente en alguna habitación de la casa. Nunca hubo heridos graves. La última vez salvó la vida de su hermano mayor, Vladimilson, que había quedado atrapado en la habitación con la puerta atascada. Ernesto Wesley le tenía pánico al fuego y se amedrentaba frente a cualquier fuente de calor, o incluso una ráfaga de aire caliente. Pero cuando se metió a la casa para rescatar a su hermano, el fuego lo quemó por primera vez. Extrañamente, descubrió que las llamas no le hacían daño. No sentía ni dolor ni ardor. Llevaba a Vladimilson desmayado, cargado en los hombros, y supo que su destino sería el de enfrentar las llamas.

Ernesto Wesley no siente el fuego en la piel. Tiene un tipo raro de enfermedad que se llama *analgesia congénita*: una deficiencia en la estructura del sistema nervioso central. Esto hace que sea inmune al calor intenso, a las puñaladas y a los pinchazos. Desde que lo supo, comenzó a desafiar al fuego constantemente.

Para ingresar al Cuerpo de Bomberos ocultó la enfermedad. Si sus superiores hubieran sabido los riesgos que corría, nunca lo habrían aprobado. Ernesto puede caminar sobre las brasas, atravesar columnas ardientes y ser atacado por llamaradas. Se quema, pero no lo siente. Son pocos los que llegan a la edad adulta con esa enfermedad. Tiene moretones rosados por todo el cuerpo.

Aprendió a palparse para sentir algún hueso fuera de lugar. Ya se quebró las piernas, las costillas y los dedos. Ernesto Wesley presta mucha atención a su cuerpo y cree que esta enfermedad es más trascendente que una patología clínica: él cree que es un don. Al no sentir dolor alguno, su coraje se multiplica y lo lleva a cruzar límites que ningún otro hombre cruzaría; o quizás unos pocos.

Se hace chequeos periódicos para saber si su cuerpo, y su salud en general, están en orden. Está convencido de que puede soportar mayor calvario físico que cualquiera. Sin embargo existe un tipo de dolor que lo sensibiliza. Su corazón, en contraste con la enfermedad, sufre un daño irreparable: el dolor de la pérdida. Esto lo mortifica mucho.

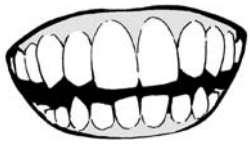
En el medio de la ruta parpadean luces rojas y amarillas. Dos policías orientan a los vehículos para que circulen por un solo carril. El autobomba se detiene y ellos bajan. El asfalto todavía está caliente, reflejo del intenso calor del día.

De lejos, Ernesto Wesley observa los fierros enmarañados. Dos autos y un camión hicieron más que chocar: se amalgamaron. Habrá que trabajar más de lo previsto. Viste un overol especial, guantes de acero, una máscara de soldar y la motosierra para soltar a las víctimas de los fierros abollados. Espera para entrar en acción. Otro equipo de socorro ya había llegado antes. Ernesto Wesley solo piensa en derribar árboles. Es lo que acostumbra a decirse a sí mismo cuando separa fierros retorcidos.

—Son cinco víctimas, o mejor, seis. Tres están atrapadas entre los fierros, incluyendo un perro. Las otras dos ya están siendo llevadas al hospital —dice uno de los bomberos del otro equipo.

Ernesto Wesley inspecciona el estado de los autos y del camión. El chofer del camión fue el único que no sufrió daños. Está parado cerca de los bomberos, tratando de ayudar. Este es su quinto accidente, dice, y salvó la vida en todos. Un letrero en el camión preocupa a los bomberos. Es líquido inflamable. La explosión química seguida de incendio es una de las combustiones más difíciles de controlar. Uno de los bomberos hizo la inspección y constató que no hay riesgo de fuga. Ernesto Wesley enciende la motosierra y no escucha más gemidos, sirenas ni cualquier otra cosa. Se sumerge en el impacto anestésico de la motosierra, en la estridencia que provoca la fricción de la lámina contra los nudos del hierro caliente.

Lo único que le gusta a Ernesto Wesley, en este trabajo arduo de aserrar fierros, son las chis-



pas que saltan por todas partes, desordenadas. Algunas bailotean y no se disuelven del todo en el aire sino que caen despacio hasta tocar el suelo.

Una nena de cinco años quedó atrapada entre los fierros y está consciente. Su perro labrador murió aplastado sobre su falda. La sangre del animal cubre el rostro de la chica y ella llama al perro por su nombre, sin parar. Va a ser necesario descuartizar al perro junto con las partes metálicas del auto. El problema va a ser el trauma de la nena. Primero habrá que quitar la cabeza del animal y después las patas delanteras. Si no fuese por el perro, la nena estaría muerta. Ernesto Wesley no puede conmoverse. Él solamemte derriba árboles. Aunque sienta que su corazón arde cada vez que rescata a un chico, no importan los accidentes personales. En esta profesión no es bueno subrayar tragedias propias. No se permiten las emociones. Es un oficio que endurece mucho el carácter y te coloca frente a los peores escenarios. Todo se empequeñece cuando se compara con la muerte. No una muerte calma, somnolienta, sino la muerte que despedaza, que desfigura y transforma a los seres humanos en fragmentos de carne descoyuntada. Cráneos rajados, miembros aplastados o arrancados. Cuando alguien, en estado de shock, nota que su pierna está tirada a dos metros de distancia, o que su brazo cayó en una zanja más allá de la banquina, nunca más lo olvidará. La gente puede perder el dinero, el respeto, el amor, la dignidad, la familia, los títulos, la posición social... Todo puede ser reconquistado. Pero nada pondrá de nuevo en su lugar un miembro arrancado.

Serrucha la cabeza del perro y parte del panel del auto. Se mezclan la sangre y las esquirlas de metal. La nena entra en estado de shock. Después de resistir más de dos horas ella sale de entre los fierros, aferrada a una pata de su mascota. El rescate de la nena resulta conmovedor. El rescate de los padres será mucho más complicado.

El padre podría perder algún miembro si Ernesto no se concentra. Lo que más dificulta todo es la lluvia, que ya dura cerca de cuarenta minutos y le ha empapado el overol. Todos los hombres parecen fatigados. Ya casi no quedan morbosos en la ruta.

El más cansado de todos es Ernesto Wesley. Esto se hace muy evidente cuando la motosierra tiembla entre los engranajes del vehículo, zarandea en su mano y alcanza la pantorrilla del hombre. Ernesto se detiene, respira hondo. Mira para los costados. Hace cinco horas que no para de serrar.

—Este hombre necesita reemplazo —ordena el oficial responsable de la operación.

El otro bombero, que fue designado junto con Ernesto Wesley, asume el control de la motosierra. Después de ponerse el uniforme de protección, golpea suavemente la espalda de Ernesto Wesley.

—Yo me encargo, Ernesto. Andá a descansar un poco, estás horrible de cara.

—Ya te dije, odio la motosierra. Se me parte la cabeza.

Cuando el bombero intenta retirar a la madre, ella ya está muerta. Es posible ver sus palpitaciones, porque la cabeza está recostada sobre el asiento trasero, del lado de la ventana. El nuevo bombero sigue serrando una hora entera. Las chispas saltan una y otra vez. Cuando hay una fuga de líquido inflamable, y nadie lo descubre a tiempo, puede ser fatal. Lo peor de esta profesión es que el error de una persona alcanza a los demás. No puede haber errores. Cuando los hay, generalmente es mortal. El bombero que aserraba fue lanzado al otro lado de la ruta mientras Ernesto Wesley tragaba un analgésico apoyado en el capó de la ambulancia. El cuerpo del hombre en llamas voló altísimo en el cielo de la madrugada. Ernesto sintió la piel de su compañero arrugarse, los cabellos achicharrarse y, al caer sobre el asfalto, todavía vivo, escuchó sus huesos crepitar por las llamas, que se inflamaron rápidamente hasta alcanzarle las entrañas. Se convirtió en carbón animal. Se podía sentir el olor fuerte de su piel, los músculos, los nervios y los huesos quemados.

Sus dientes estaban intactos e incluso los forenses estuvieron de acuerdo: eran los mejores incisivos que vieron en un muerto.

Ana Paula Maia (Nova Iguaçú, 1977). Es autora de la trilogía *A saga dos brutos*, compuesta por las novelas *Entre rinhas de cachorros e porcos abatidos*, *O trabalho sujo dos outros* y *Carvão animal*. Participó en diversas antologías, entre ellas *Geração Zero Zero* (Editora Record).

Cada instante es un universo entero

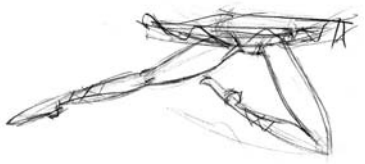
Por **Daniel Galera**

"Si el tiempo no existe, el movimiento tampoco puede existir. Todo movimiento es una ilusión." Si este concepto ya le resulta absurdo o idiota a la mayoría de la gente, intenten explicárselo a una bailarina. Ella sopesará la idea durante un milisegundo, y en esa fracción indetectable quizá tome en serio la frase, pero después decidirá que se trata de, en este orden: una burla, una provocación, un insulto y, por último, un parloteo inconexo sin ningún mensaje que valga la pena. Él vio esta rápida secuencia de etapas en el rostro de ella, que era un rostro con rasgos ligeramente neoténicos, ancho, redondo, pero con un mentón pequeño y delicado, un conjunto de rasgos delicado y al mismo tiempo amenazador: el rostro de una hermosa niña maliciosa. Hubiera sido mejor no decir nada. Sin embargo, la ausencia de movimiento fue una de las conclusiones necesarias de la tesis que él había investigado durante los últimos diez años de su carrera como físico teórico, una hipótesis que excluía al tiempo de los fundamentos de la física y proponía un universo estático y eterno, en el que no existían ni el pasado ni el futuro.

Esta escena ocurrió en algún momento de la primera cita fuera de la clínica de fisioterapia donde se habían conocido durante los intervalos de las sesiones de tratamiento de una lesión de rodilla (en el caso de ella), y un dolor de espalda que lo atormentaba (en el caso de él). A él le hubiera encantado explicarle mejor cómo funciona un universo intemporal, explicarle su versión de Ernst Mach para inexpertos, y ver si era posible impresionarla con la hipótesis poética de que, a cada momento, experimentamos una nueva creación, un universo independiente que existe al mismo tiempo que todos los demás, sin antes ni después... A algunas mujeres les gustaba eso.

Pero ella era una bailarina. Su relación con el mundo, más que en otras personas, tenía que ver con sincronizar movimientos hasta la perfección, por lo tanto cuestionar la existencia del tiempo era como tratar de reprimir el instinto poderoso de un animal salvaje. Tal vez por eso es que, ya en la primera cita que vino antes de una segunda cita, que vino antes de una fiesta en la casa de una amiga de ella, que vino antes de un fin de semana de sexo desesperado en el departamento de él, y que derivó en una relación que ya duraba ocho meses, ya entonces, él decidió más o menos inconscientemente, como si fuese una versión privada del principio diplomático de la reciprocidad, no interesarse tampoco por el trabajo y la pasión de ella. Para él, un físico de cuarenta y dos años, los aspectos geométricos de un ballet de Balanchine eran tan inaccesibles como lo eran, para la joven bailarina, las consecuencias de una ecuación de Wheeler-DeWitt en la formulación de un universo estacionario. Él no ignoraba que en esa contradicción germinaba la semilla de la ruina como pareja. Las mujeres de hoy pretenden ser amadas por lo que hacen, mientras que los hombres siguen siendo relativamente indiferentes. Pero eso no fue lo que pasó.

La lesión la había dejado en reposo por un par de semanas y los ensayos para la temporada del año siguiente empezarían dos meses más tarde, así que no había estrenos a la vista por un buen tiempo. Cuando comenzaron los ensayos ella lo invitó a asistir, pero no presionó demasiado. Era una de esas chicas hermosas que prefieren siempre hombres más grandes y lo que ella esperaba de él no parecía ser la constante atención que anima a las



posesivas, ni la sumisión que las ambiciosas le imponen a sus parejas. Ella era ambiciosa, sí —quería ser la mejor bailarina entre sus amigas, quería destacar en la compañía, quería impresionar, ser alabada y respetada—, pero mantenía su ambición bajo control. Establecía metas realistas y las alcanzaba ("Esta temporada solamente quiero volver al escenario y no hacer un papelón", le dijo durante el primer café que tomaron juntos, después de la fisioterapia). Lo que ella quería, pensaba él, era la compañía de un hombre maduro y estable que no le diera sorpresas, que la sacara a pasear como quien exhibe un trofeo y que, al mismo tiempo, la tratase como una mujer real en la intimidad, alguien que ya conociera bien a las mujeres y que tuviese un hijo (o hija, como era el caso de él, una nena de ocho años que vivía con la madre) y que se quedase a su lado sin mayores sobresaltos hasta que ella tuviera deseos de ser madre.

Y eso era él: un tipo maduro, estable, y lo suficientemente familiarizado con las mujeres como para darles su espacio e ignorar sus ciclotimias en la medida exacta. Ella sentía que no necesitaba controlarse frente a él. Fumaba sus cigarrillos, bebía hasta quedar estúpida cuando traspasaba los límites del vale todo, y seguía hablando obscenidades con las amigas al ver que él había aparecido de sorpresa para buscarla después del ensayo (esto sucedió una vez, y él solo lo hizo porque había actuado como un idiota el día anterior y quería redimirse), gritando que quería tener sexo, echándose en sus brazos, maquillada y sudorosa, estirándole el cinturón y luego, con la boca pegada a su pelo ya entrecano, confesarle "dios mío, estoy cansada... lleváme a casa", para después llegar a la casa de él, sacarse rápido el maquillaje, desmoronarse sobre la cama y roncar.

Cerca del gran estreno de los nuevos espectáculos, sin embargo, empezaron las tensiones. Los dos fueron absorbidos cada vez más por sus actividades profesionales y, en las pocas ocasiones en que se encontraron, no pudieron explicarle al otro lo que habían hecho durante el día o lo que se proponían lograr con sus muchas horas de reflexión, estudio, cálculos, ejercicio físico, repetición, dolor, dedicación... No porque no lo supieran —lo sabían perfectamente— sino porque no esperaban que el otro pudiera entender el esfuerzo ajeno. Ella intentaba explicar los obstáculos que debía superar en la nueva coreografía que ensayaba, un ballet neoclásico de Balanchine, la esperanza de ser elegida como *demi soloist*, una esperanza que estaba casi a punto de hacerse realidad, y él la escuchaba con paciencia, pero sin entender. ¿Cómo describirle a un físico al que no le gusta la danza, que apenas va al teatro, que pasa semanas de su vida resolviendo ecuaciones, que nunca ha oído hablar de Vaslav Nijinsky, que ni siquiera puede ejecutar dos tristes pasos de cumbia, el virtuosismo técnico del ballet clásico, el complejo organismo de la armonía, la fuerza y el equilibrio que ella ensayaba para incorporarse, un día tras otro, al resto de la compañía? El CD de la banda sonora de Tchaikovsky que usaba en el espectáculo, el último movimiento de la Suite número 3 para Orquesta en Sol Mayor, opus 55, quedó lacrado en su escritorio, debajo de montones de apuntes y libros usados en la investigación para el ensayo que escribía desde hacía ya dos años.

En algún momento también él empezó a resentirse por su incapacidad de compartir con ella la tesis que había estado investigando, los nudos científicos que intentaba desanudar (y que solamente a veces conseguía resolver), la tardes enteras perdidas en la sala del Instituto de Física de la Universidad de San Pablo, o en la oficina de su departamento, tratando de explicarle a un lector no especializado, con rigor y precisión, cómo era posible concebir un mundo sin el flujo del tiempo, sin pasado ni futuro, sin movimiento. Había un abismo entre estos dos mundos, la danza virtuosa y el universo estático, y el agujero empezaba a hacerse notar.

Un día, una semana antes del estreno, ella no aguantó y se desahogó: "Esto es ridículo. Obviamente el tiempo existe. No importa lo que dicen estas ecuaciones que solamente vos entendés. ¿Como podés ver a tu hija crecer y seguir empecinado en que el tiempo no existe? ¿Montar a caballo es también una ilusión?". Ella señaló una de las fotos colgadas en el pasillo de entrada del departamento: él tenía dieciocho años, era delgadito, montaba a caballo en la granja de sus abuelos a la luz de un atardecer borravino; la imagen la había tomado su difunto padre. Ella no eligió la foto al azar. Él era un apasionado de la equitación y lamentaba no tener más tiempo, ni salud vertebral, para pasear a caballo. "¿Cómo podés verme bailar y después decir que el movimiento es nada más que una ilusión?", dijo ella al fin, y recién después de la ex-

plosión recordó que él nunca la había visto bailar; fue un lapsus de significado profundo que a él no se le escapó. “El movimiento es un cambio en el transcurrir del tiempo”, dijo, “si no hay tiempo en la realidad física más elemental, entonces no podemos…” “¡Ah, terminála con eso!”, dijo ella irritada. “Si no hubiese movimiento, no podrías estar escribiendo tu ensayo. ¡Yo no podría bailar! En serio, deberías ver un espectáculo de danza un día. No te va a matar.” Sintiendo que estaba a punto de ofenderlo seriamente, ella cambió el tono. “Yo sé que este es el trabajo de muchos años, sé lo importante que es para vos, pero a veces me siento como si solamente dijeras cosas para provocarme. Como si mi danza fuera la principal enemiga de tus ideas.”

Él entendía perfectamente lo que ella le recriminaba. Sentía en la piel, además, la improbabilidad de las teorías que defendía. El mundo nunca deja de darnos evidencia de que las cosas se mueven y persisten en el tiempo. Incluso desde los recuerdos del momento anterior a la historia geológica registrada en las capas de las rocas. Y ese cariño insano que él sentía por ella, o ese amor, que en esos ocho meses no dejaba de aumentar, era también una fuerza acumulada que sentía en todo el cuerpo y que parecía moverse hacia un clímax tan estático como desastroso, un tren bala en dirección al fracaso, era él mismo un grito desesperado en defensa de la continuidad de las cosas, la existencia de una flecha de tiempo apuntando hacia cualquier dirección. Sin embargo hubiera deseado decirle: “la bailarina que pega el salto y la bailarina que pisa el suelo no son la misma bailarina. A nivel atómico, a nivel cuántico, no son la misma. No hay una sustancia que unifique las dos estructuras de una bailarina. Ambas existen, pero no son la misma. El sentido de dirección y de continuidad está únicamente en la conciencia”. Sin embargo estas palabras le sonaban ridículas en voz alta. No había manera de ofrecer una explicación convincente sin entrar en las complejidades y los detalles contraintuitivos de las teorías matemáticas abstractas de la física moderna, por lo que se quedó callado. Él estaba acostumbrado a vivir en la soledad de sus convicciones, y el ensayo científico que planeaba concluir era, entre otras cosas, un intento de sentirse menos solo. Incluso en la comunidad científica su línea teórica fue poco considerada y, en muchos casos, ni siquiera fue tomada en serio. Él la consideraba una mujer inteligente, pero no para entender lo que casi nadie entendía, y en el fragor de la discusión, en caliente, no pudo resistirse a decir que ella era “demasiado burra” para perder el tiempo con explicaciones. Ella se fue del departamento inmediatamente y no contestó más el celular.

Los días siguientes fueron extraños. Trabajó como nunca, en casa y en la universidad, y completó dos capítulos más del ensayo. Su razonamiento parecía más encadenado y fluido de lo normal y encontró varias soluciones elegantes para defender su tesis. Al quedarse a solas con sus abstracciones y números, era más fácil sentir que el tiempo y el movimiento no eran más que ilusiones, y que la ilusión en sí misma era el gran misterio. En este estado de gracia intelectual, la ausencia de la bailarina fue un problema menor.

La víspera del estreno ella lo llamó y le dijo que había un ticket a su nombre en la taquilla, y que ella lo pasaría a buscar por el hall después del espectáculo. En el salón social del teatro pensó en ir al camarín para desearle suerte, pero le pareció una actitud hipócrita y se quedó ahí parado, solo, ajustándose nerviosamente el cinturón, leyendo pedazos sueltos del programa, que estaba ilustrado con numerosas fotografías de ensayos que mostraban a los bailarines vestidos con tutús, mallas y, lo más extraño de todo, maquillados, fotográficamente congelados en pleno vigor de la performance.

La platea del teatro estaba a reventar y, tan pronto se apagaron las luces, una extraña criatura apareció en el escenario, resoplando; un ser humano deforme, con cuernos, que se asemejaba a una cabra, a una vaca y a un pájaro, se movía cada vez más rápido, como una bestia salvaje centrada en una tarea de supervivencia. No era lo que esperaba ver, y cuando la criatura comenzó a integrarse con los rayos de luz que venían desde el techo, en una batalla de sensualidad y frustración exasperante, moviéndose en un plano de dos dimensiones como una figura dibujada en un jarrón egipcio, él se sintió transportado a un lugar donde sus acostumbrados filtros de interpretación racional no sirvieron para nada. La fisicalidad de la escena era hipnótica y se comunicaba directamente con sus instintos. Por fin el animal, el fauno, poseía al hilo de luz y, de alguna manera, también él era poseído por el rayo. Exhausto y tumbado en la cama que había cavado al principio de la escena, la luz se expandía y lo abrazaba, hasta que caía el telón.

Cuando empezó la siguiente performance, él todavía estaba un poco aturdido y le llevó un tiempo acostumbrarse a la gramática, mucho más rígida, del ballet clásico y civilizado: la luz blanca y la música orquestal le reajustaron los sentidos para una experiencia estética que, para él, no tenía precedentes; fue algo tan extravagante como el fauno, pero también contenía una organización matemática que le parecía mucho más familiar, aunque opacada por la sensualidad descarada de las bailarinas. Los cuerpos parecían desafiar las leyes básicas de la física newtoniana con saltos imposibles, en equilibrio con delicados movimientos de los dedos y el cuello, mientras que los brazos dibujaban formas suaves y simétricas.

Le tomó un minuto identificarla entre los otros bailarines. Con el pelo recogido con fuerza, el cuerpo de ella parecía más rígido y alargado de lo normal, diferente del que él conocía en la vida diaria. Ella entraba y salía del escenario; se emparejó con un bailarín para luego desgarrarse y disolverse en una coreografía colectiva repentina y, en un momento, viendo su baile, alentándola para que mantuviese el equilibrio perfecto y no errase, la idea de que ella no estuviera *realmente* moviéndose delante de sus ojos parecía absurda, imposible. Las ecuaciones ya no eran suficientes. El cuerpo de ella, elástico, idealizado, estaba finalmente ganando el debate. No había forma de negar el movimiento y, por consiguiente, el tiempo. El movimiento existía, sí, y su definición era el cuerpo de ella transformándose a lo largo del tiempo.

Más tarde, en el salón social, cuando ella llegó pocos minutos después de acabado el espectáculo, sorprendentemente retransformada en la mujer que él conocía, vistiendo pantalones deportivos y una pequeña chaqueta de nylon, el pelo suelto, el maquillaje parcialmente removido, todavía bajo la influencia de la adrenalina y las endorfinas, él la abrazó con fuerza y le dijo que era bellísima, que no tenía palabras, que ella era deslumbrante y talentosa, y finalmente se disculpó, sin especificar la razón y sin atreverse a admitir, todavía, que esa noche se había hundido por completo la embarcación sólida de sus convicciones, y que él fue arrojado mar adentro, náufrago, y que en el mar solamente estaba ella. Ella correspondió abrazándolo y le dijo que lo amaba y luego lo dejó para hablar con otros amigos que habían asistido al estreno.

Ya en el departamento, entrada la madrugada, bebieron una botella de vino, tuvieron sexo hasta desmayarse y se fueron a dormir. Mejor dicho, ella se fue a dormir; él no pudo pegar un ojo pensando que todo su trabajo de años había resultado en vano, que filosóficamente ya no podía concebir un universo sin tiempo, donde cada movimiento es ilusorio. Los flujos, los gráficos y los símbolos matemáticos cayeron en cascada y se revolvieron en su mente, buscando un milagro que pudiera hacer aflorar una nueva teoría en la que todo tuviera sentido otra vez. Él la abrazó por detrás, en la cama, y ella se despertó. Le preguntó si tenía insomnio y, antes de que ella se diera vuelta, él le dijo: "No te muevas, no muevas un dedo. Quiero quedarme así como estamos ahora, ¿sí?".

Ella se quedó quieta, no parecía respirar; él también se quedó quieto y se entregó, por última vez, a la fantasía de que nada se mueve. De repente ella empezó a hablar en voz baja, lentamente, con la voz adormecida. "Anoche, mientras bailaba, sentí una cosa extraña. No necesité pensar en lo que venía después, ni en lo que acababa de hacer. Era como si mi cuerpo ya supiera cuál iba a ser el siguiente paso lógico en la coreografía. Como si cada movimiento no fuese más que el resultado de los movimientos que vinieron antes, como si cada gesto contuviese a toda la coreografía y la relación con los otros bailarines. No sé si me entendés… Cada instante de la danza contenía toda la danza. Fue muy extraño. Por primera vez, me parece, entendí un poco lo que vos me decís siempre sobre un mundo sin movimiento, un mundo estático. Sobre que cada instante es un universo entero, congelado en el tiempo. Quiero entender un poco más de todo ese asunto. Me gustaría que mañana me lo expliques mejor."

Daniel Galera (San Pablo, 1979). Es escritor y traductor. Ha publicado cuatro libros: *Dentes Guardados* (Livros do Mal, 2001), *Até o Dia em que o Cão Morreu* (Livros do Mal, 2003; Companhia das Letras, 2007), *Mãos de Cavalo* (Companhia das Letras, 2006) y *Cordilheira* (Companhia das Letras, 2008).

Chismes sobre los vecinos de arriba

—Qué belleza —le digo a Chiri, un poco excitado—. Qué bien escriben los hijos de puta. Cada cuento tiene algo, una imagen imborrable, una idea intensa. El primer cuento, el de Nazarian, más allá de lo truculento es pura poesía...

—¿Fue complicado de traducir?

—Bastante, pero quedó...

—¿Y el segundo? —me dice—. ¿El del tipo que no se da cuenta de la mitad de su cuerpo? Me encanta. Es una linda metáfora. Y no parece escrito por una mujer.

—Acabás de hacer un comentario machista muy desagradable —le digo—. No lo voy a permitir en mi revista. Y menos voy a permitir que te metas con Andréa del Fuego.

—¿La conocés?

—Por supuesto. Ahora hace mucho que no actualiza, pero antes seguía su blog todos los días: andreadelfuego.wordpress.com. La admiro profundamente.

—Yo me hice fanático de Ana Paula Maia —me cuenta Chiri—. No tenía idea de quién era. Al único que conocía de los cuatro era a Nazarian, porque estuvo en el grupo del Bogotá 39 con Mairal y unos cuantos más.

—Che, entre nosotros —susurro—, parece que Nazarian está bastante loco. Fue barman en Londres y tecladista en una banda de glam-rock. Y me chusmearon que también es modelo…

—La que tendría que ser modelo es Ana Paula. ¡Y cómo escribe! "Al final, lo que queda son los dientes..." —recita Chiri, excitado—. El cuento tiene un aire a episodio piloto de tele que me encanta. El accidente, las luces en la ruta, los socorristas llegando al lugar del hecho, los fierros enmarañados…

—En realidad no es un cuento —le digo—. Es el primer capítulo de una novela. Pero cuando lo mandó nos dimos cuenta de que funciona como un cuento.

—Leyendo sobre ella me enteré que publicó su primera novela por entregas en internet: *A guerra dos bastardos*, se llama. Empezó con un blog sencillito y las visitas fueron creciendo cada vez más hasta que una editorial se interesó en su trabajo, como te pasó a vos.

—Galera también es un escritor muy activo en internet.

—Un mago, galera… Yo lo sigo en Tumblr (ranchocarne.tumblr.com) —me dice Chiri—. "Cada instante es un universo entero" es uno de los grandes méritos de Karina en esta antología, porque hasta ahora el cuento estaba inédito. Es el último cuento que escribió y nosotros somos el primer medio en publicarlo.

—Tenés que leer *Dientes guardados* de Galera. En ese libro hay un cuento de culto. Es la historia de un chico que se emborracha, se sube al auto y sale a atropellar perros por la calle. El narrador te describe el proceso en el que mueren los perros, lo analiza, pero en el fondo vos te das cuenta de que es un pibe sensible… Se llama "Manual para atropellar cachorros".

—Lo voy a leer —me promete.

—En la web hay una traducción al castellano, pero no tiene la aprobación del autor. Yo quería publicar en esta antología algo de ese libro, pero Galera le dijo a Karina que prefería que no, porque eran cuentos que veía muy lejanos en el tiempo, con errores, llenos de candor juvenil.

—El trabajo de compilación de Karina fue espectacular.

—Sí, se pasó meses buscando esos cuentos. Todas obras de escritores jóvenes, en algunos casos muy jóvenes. Y la mayoría lindos, estéticamente hablando.

—Decime lo que quieras, pero yo no tengo más ojos que para Ana Paula Maia —me dice Chiri—. Ahora que lo pienso no estaría nada mal empezar con la dichosa antología de escritores lindos, aunque no sé si nosotros tenemos escritores tan lindos como los brasileños…

—¡Claro, boludo! Nosotros tenemos a Gonzalo Garcés, que es un bombón. ¡Y a Mairal!

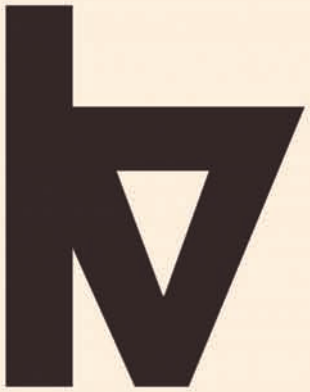
—¿Mairal es lindo?

—Es hermoso, parece D'Artagnan —le digo—. Cada vez que entrega los sonetos de "El Gran Surubí" yo le pido que me los mande en audio. Le digo que es para la versión de la revista en iPad, pero en realidad es para mí. Apago la luz y escucho los sonetos con su voz...

—Jorge. Estás enfermo.

NUEVAS LETRAS PARA ERRADICAR FALTAS ORTOGRÁFICAS

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



(*bev*)

La letra ***bev*** representa el fonema /B/ en su totalidad, evitando así la confusión entre las letras ***b*** y ***v***.

ejem:

- vivienda
- voleto
- venado

(*lley*)

La letra ***lley*** representa el fonema /y/ en su totalidad, evitando así la confusión entre la letra ***y*** y el sonido de la ***ll***.

ejem:

- yano
- yoyo
- allanar

(*gej*)

La letra ***gej*** representa el fonema /j/ en su totalidad, evitando así la confusión entre las letras ***g*** y ***j***. La letra ***g*** permanece para representar el fonema /G/.

ejem:

- gago
- gema
- goya

(*scez*)

La letra ***scez*** representa el fonema /s/ en su totalidad, evitando así la confusión entre las letras ***s***, ***c*** y ***z***. La letra ***c*** permanece para representar el fonema /k/

ejem:

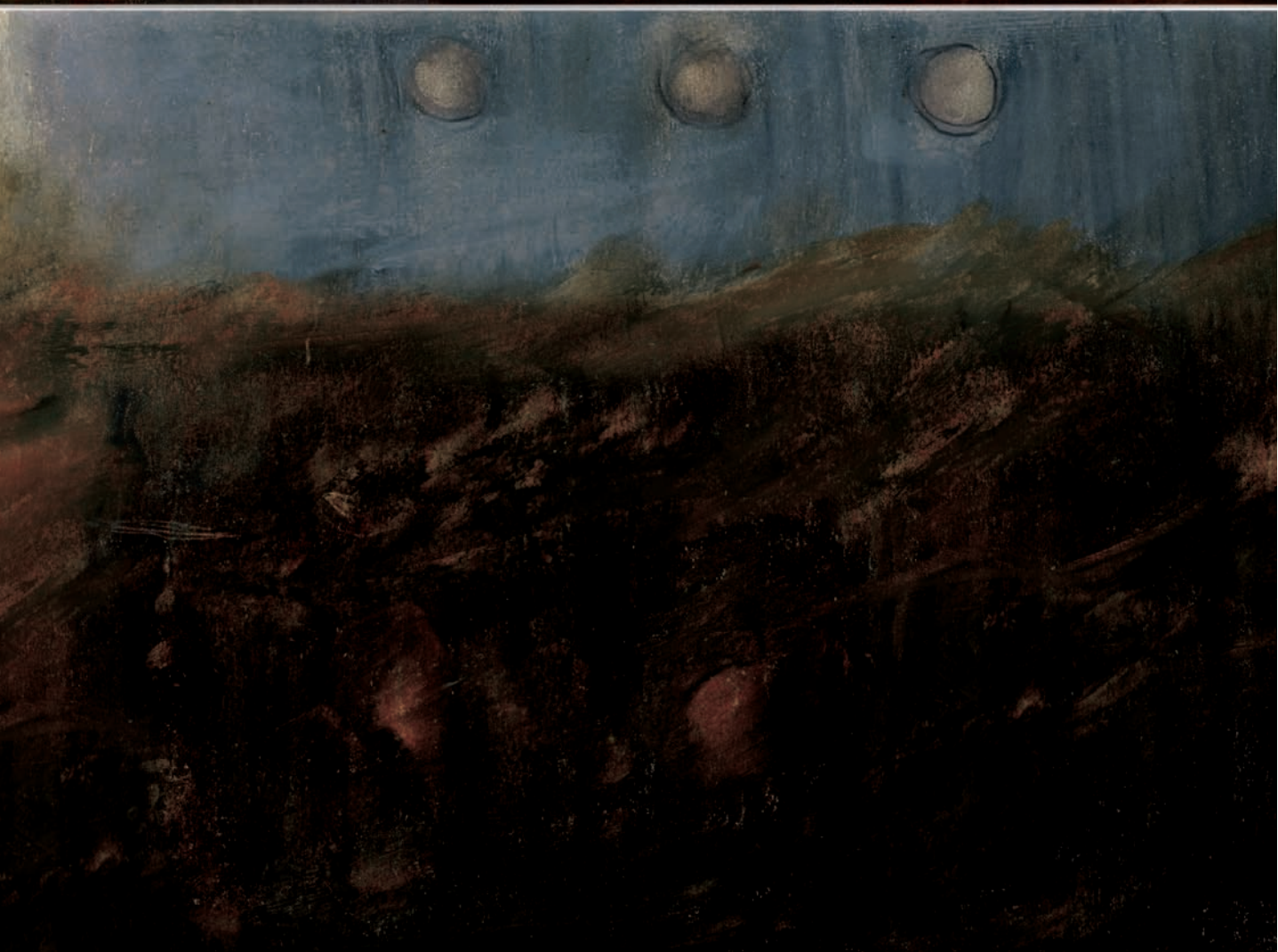
- sapato
- sosiedad
- soya

EL GRAN SURUBÍ

Capítulo II

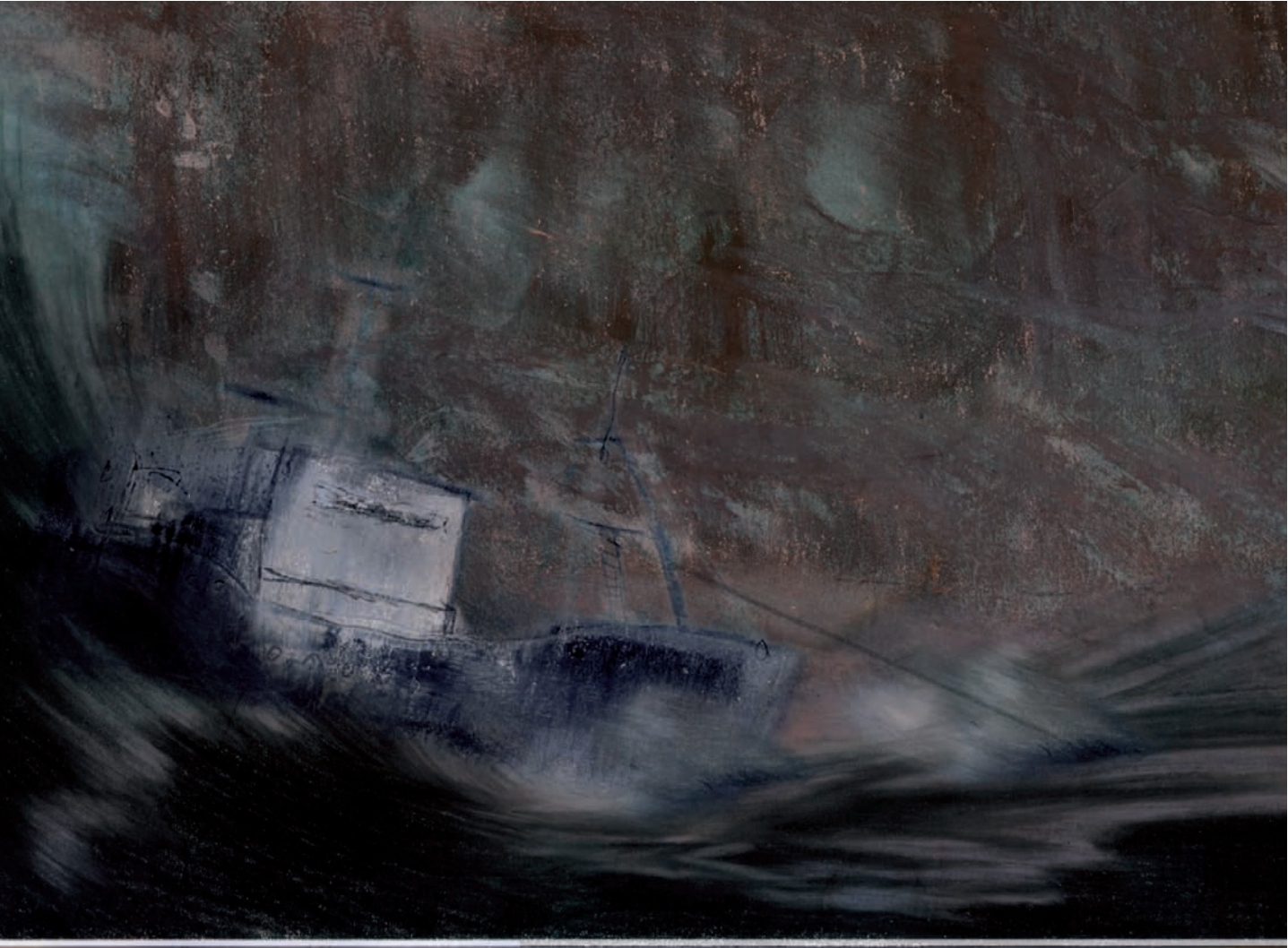
habían expropiado buquebús
desde dársena norte nos cargaron
y en la martín garcía nos bajaron
en el fondo del cielo ya había luz
seríamos trescientos quizá más
mezclados con el resto de la tropa
cada flaco vestido con su ropa
un payaso seguía con disfraz
desde canchas y calles y cafés
nos habían arreado sin aviso
nos hicieron tirar todos al piso
cerca nuestro gritaba un irlandés
i am irish decía y nos miraba
en el montón ni lástima te daba

dos de traje y corbata se juntaron
y pidieron hablar con el sargento
los rodearon atados con un tiento
y entre varios gendarmes les pegaron
una banda quiso largarse al río
y un parlante eficaz les explicó
están en una isla olvidenló
en menos de dos horas quedás frío
igual un loco triste nadó lejos
lo vimos patalear y zambullirse
por el agua plateada empezó a irse
seguro que se ahogó entre los reflejos
los de fútbol formamos un grupito
silencioso traslúcido mansito



después nos separaron en barracas
nos dieron pan y sopa de pescado
un par de crocs un mameluco usado
un número y un sitio en las hamacas
no te sacaba nadie de ese embrollo
no había ni mensajes ni señal
ni pedido de auxilio excepcional
eras uno entre muchos eras pollo
cuanto más invisible era mejor
pasar inadvertido camuflarse
perderse entre las caras olvidarse
ser todos y ninguno en el sudor
no estábamos en armas no era guerra
solo un trabajo lejos de la tierra

me tocó cocinar dentro del barco
desde el lunes al sábado a la noche
con un flaco nacido en bariloche
que en la isla jugaba siempre al arco
nos llevaban a la isla los domingos
el resto de los días altamar
bancarse los calderos cocinar
metidos en el baile sin respingos
sin cielo ni horizonte en zamarreadas
del oleaje pesado contra el casco
el mareo y el vómito y el asco
el apuro el cansancio las puteadas
dale ramón la concha de tu madre
peñalver se llamaba mi compadre

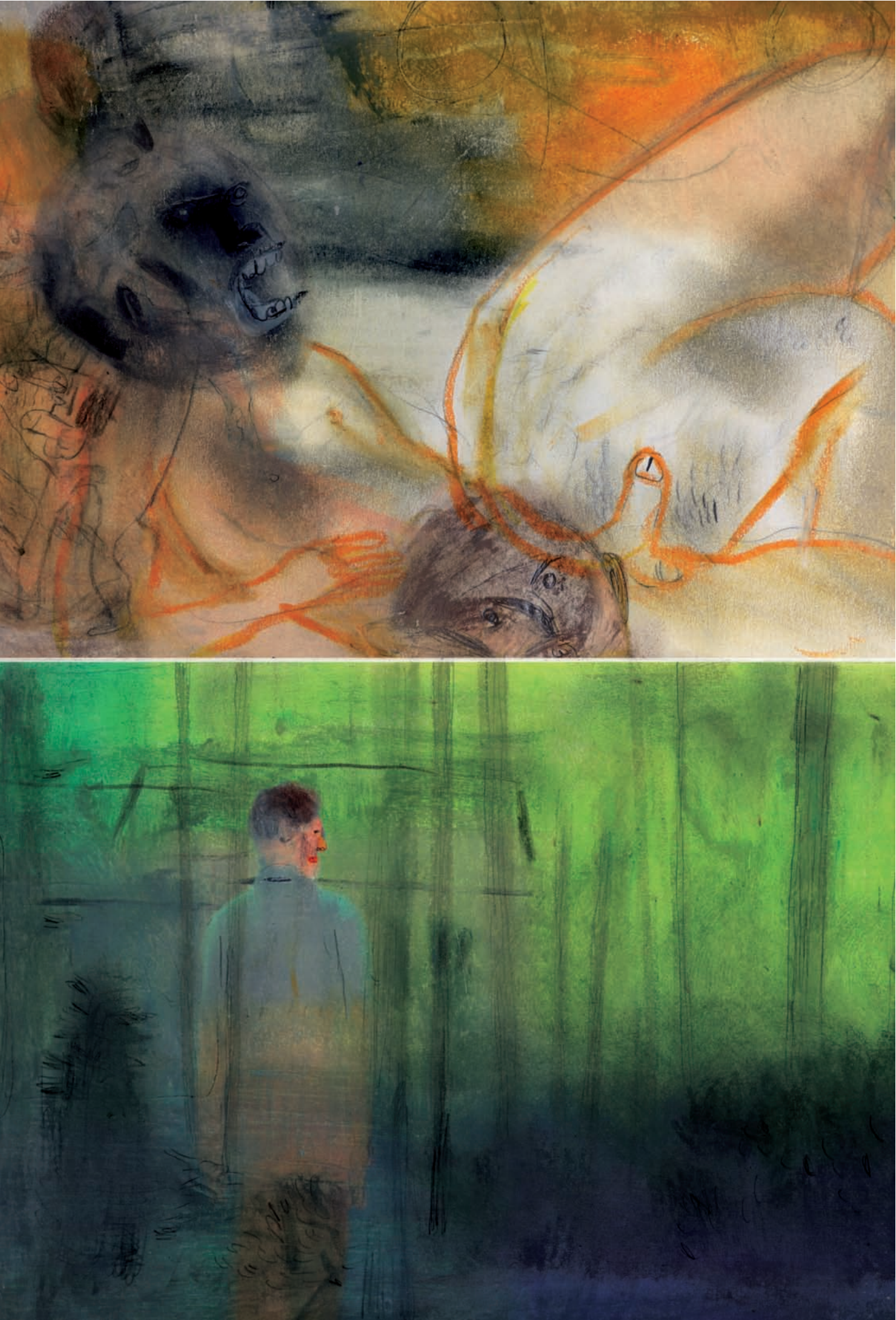


un día la escorada se hizo brava
primero para un lado para el otro
en la cocina el poltergeist el potro
invisible que el mundo zarandeaba
me dijo peñalver ahí lo engancharon
a qué le pregunté y me contestó
un surubí guazú ni me miró
lo dijo así tranquilo y empezaron
tirones de una fuerza poderosa
que él que estaba desde antes conocía
agarrate llegó la poesía
puede aguantar dos noches esta cosa
era la gran pelea la penuria
del surubí gigante con su furia

cuando ya al día siguiente no arrastraba
cuando se apaciguó y a la matina
el cuento nos llegó hasta la cocina
ya el mito y el bolazo se mezclaba
que medían de aquí hasta por allá
que tenían tamaño de ballena
que era muy peligrosa la faena
que buscaban el norte el paraná
que era culpa de los conservacionistas
que quisieron cuidarlo y lo mutaron
que jugaron a dios y le cambiaron
los genes con reacciones imprevistas
yo dudaba ponía todo en remojo
hasta que peñalver me trajo el ojo

era como una bocha negra y blanca
toda llena de líquido mirando
la nada de la muerte sentenciando
al hombre que lo pesa que lo arranca
el ojo asesinado de un coloso
dominó la cocina en su sentido
después se hizo puchero por pedido
como un brebaje orgánico viscoso
el manjar especial del capitán
nuestro ahab distraído intrascendente
capitán ballester el casi ausente
esos tipos que son pero no están
un gordito sin sombras que le pesen
manducándose su delicatessen

es un monstruo en las aguas embarradas
tiene piel tornasol pico de pato
tiene lomo de tigre es como un gato
los bigotes alcanzan diez brazadas
cada quien describía de una forma
distinta al surubí como un bestiario
un prodigio que altera el diccionario
una imagen que crece y se deforma
yo quedaba encerrado en la cocina
y el domingo escuchaba las historias
entre papas cebollas zanahorias
soñaba sumergido en la rutina
me sentía muy lejos de la acción
atrapado en el óxido marrón



lo pesqué a peñalver en una paja
y me quiso mostrar cómo acababa
después me preguntó si lo tocaba
me agarró con la guardia medio baja
primero pajas mutuas con saliva
de a poco el beso de hombre salitroso
después ya descubrirlo medio hermoso
y empujarle la verga para arriba
y sacar el pingüino empetrolado
los polvos asfixiantes de alacena
uno a media mañana otro a la cena
aguantarse el dolor del empalado
y al final descubrir como un abismo
que todos ocultábamos lo mismo

en la isla detrás del pajonal
se escuchaban los ruegos los pedidos
tomala damelá roncos gemidos
ponete media pila chupás mal
machos continentales futboleros
ahora putos fluviales entregados
amigos sorprendidos abrazados
ahuyentando los patos y los teros
fue un alivio cruzado y para todos
un secreto creciente gran partuza
los domingos la cosa era confusa
rotaron las parejas los apodos
incluso los trabajos ahora a mí
me tocaba buscar al surubí

Continuará en el próximo número.

(un folletín de ***Leonardo Oyola,*** ilustrado por ***Hueso Ricciardulli***)

Cruz / Diablo

Capítulo Dos

¿Serías capaz de pronunciar cómo se llama?
Digo, si te enfrentaras a él en toda su gloria.

Todavía te faltan unos veintinueve años para lo de la escuelita en Famaillá. Y casi cincuenta para que tengas tu última confesión. Ahora, en el cielo, el halcón da vueltas y más vueltas sin parar. Está decidiendo cuál de todas las gallinas es la que se va a comer. Mirás para arriba. Un rato largo. Y todo es rojo. Por eso te arden hasta los párpados. Hacés toldito con la zurda y a gatas distinguís al halcón que ha empezado a volar como si fuera una flecha. Sabés lo que eso significa. Maldecís entre dientes. Porque el halcón ya eligió. Cuando suba todavía más alto será el momento. Desde bien arriba va a venir en picada. Derechito a la presa que se quiera llevar.

Te retás. Te cagás a pedo a vos mismo por ponerte tan nervioso cuando no tenés que estarlo. Has visto cazar al Papá millares de veces. Lo has seguido sin que se diera cuenta. Juntando los cartuchos servidos. Guardándolos. En un principio para el juego. Después como amuleto. Los has sostenido con el pulgar y el dedo índice. Fascinado. Incluso has sido capaz de darles un besito. Como si fueran un rosario… Sí. Lo has visto al Papá usar la escopeta infinidad. También al Antonito. Y eso que ESO es lo raro. Que el Papá se la de a alguien. Pero ahí estuviste. Siempre. Así que sabés cómo manejar el arma por más que todavía seas un chango.

Tenés solo un instante. No necesitás más. Volvés a mirar a la tierra buscando su figura. ¿Cómo olvidarte de él? Del Viejo que bajó del monte entrando a tu casa. Apuntás p'arriba. Le apuntás. Al anco. A la cabeza. En lugar de a un blanco más seguro como el pecho o la panza. Como para no errarle. Como para partirlo bien al medio. Pero vos lo que querés es asegurarte de que lo vas a hacer cagar. De que no se va a volver a levantar. Y por eso apuntás alto. Y antes de apretar el gatillo… gritás. Gritás un grito que te sale de las tripas. Gritás tanto que te duele mal el cuello. Gritás tan fuerte que las gallinas y hasta el chancho se asustan de vos, primero; y del ruido del disparo, después.

Te sacude la escopeta. El culatazo en el hombro te hace latiguear la columna. Retrocediendo, clavás primero el talón derecho. Cuando volvés a pisar con el pie izquierdo estaqueás tu huella en el suelo bien fuerte. La escopeta, sus dos caños, han quedado izados. Uno de ellos humeante. Buscas al Viejo que bajó del monte. Y lo encontrás revolcándose en el caminito de entrada a tu casa. Ahicito nomás se deja de mover. No así la nube de polvo que levantó su caída. Tampoco su sombrero negro que rueda hasta finalmente detenerse bastante-bastante lejos de él.

Eso sí: al poncho no lo ha largado…

Y, proveniente del norte, un viento de lluvia te choca de frente y de lleno. Pero vos no estás ni para sentirlo ni para gozarlo. Porque tenés que buscar dónde mierda estará metido el puto halcón. Rapidito contás las gallinas. *¡Unadostrescuatro!* Están todas. ¿Y entonces? ¿Adónde carajo se fue el bicho? Cuando lo encontrás saliendo detrás de un pencal, su andar, la velocidad de su vuelo rasante, arranca a su paso todas las plantas de tuna. El halcón ha desplegado, potente, sus alas de par en par y también ha estirado hacia

delante las patas para llevarse un pollo del patio de la casa del Papá.

¡Ahora es el momento para voltearlo de un cuetazo!

Un disparo… que al final no llegás a hacer.

El halcón de repente ha reculado. Frenó de golpe. Brusco. Torpe. En el aire. Si hasta ha perdido un par de plumas. Emitió sonido. Espantoso. Como quejándose. Y, antes de emprender la retirada, le has visto bien los ojos. Y supiste que en esa mirada había miedo. Mucho miedo. Y que el chucho no es por vos. Pero: "¿a qué le puede tener chucho un halcón?", te empezás a preguntar. Y en eso, el que también emite sonido es el chancho. Desesperado. Como si ya le hubieran entrado con la cuchilla en el corazón por más que todavía no sea Navidad o víspera de Año Nuevo.

Y el lluvioso viento del norte, mientras se pone a silbar, te hace picar en los ojos y en la cara la tierra de tu tierra. Te refregás por la trucha el brazo que no sostiene la escopeta. Escupís. Dos veces. Parte de lo que te entró en la boca y de lo que se te pegó en los labios. Y ahí, en la huella grande donde siempre se traba el sulky que entra por primera vez, echado y confundiéndose con el suelo ves la cabeza redondita y las orejas redonditas de un león.

Es cierto que el chancho no está tan apartado. Pero parece que el león eligió comerte a vos. Sabiéndose descubierto te muestra los dientes y se te viene encima. Gatillás y el disparo le destroza una de las patas de adelante. Ruge y se revuelca del dolor. Pero igual va a poder seguir avanzando. Temblando abrís la escopeta para volver a cargarla con dos nuevos cartuchos. El león se agazapa y vos le das muerte. Primero acertándole en el cuerpo. Y después, y por las dudas, en un costado de la cabeza.

Ves en la panza baleada sangre y leche. Ves en el patio de la casa del Papá que las huellas de las garras, que su rastro, marcan cinco dedos por pata. No cuatro. Y ahí te avivás, m'hijo, que el león es hembra. A la vez que te entra la duda de si el león no es un león. De si es un bicho de esos que te contó María que andan por el campo de acá y el de más allá. Uno de esos bichos de los que te tenés que alejar sí o sí.

Más o menos das las mismas vueltas que el halcón hasta que te decidís. Con toda tu fuerza, y ahicito nomás de cagarte encima, lo hacés girar al león sobre su lomo. De derecha a izquierda. Y entonces el cuerpo se muestra como lo que es en realidad: un Uturungo. Alguien que se puede convertir en animal de selva; con la ayuda de la magia de un Supay, que le ha dado para hacer maldad la piel del bicho en el que se transforma.

Sobre el cuero del león ha quedado boca arriba una mujer desnuda. Que viva supo ser bien hermosa. Y que ahora fallecida está bastante fulera con el estómago agujereado y solo la mitad de su rostro. Sí. Es una mujer desnuda. Una india. Una india santiagueña a la que reconocés: la Ñusta Zelaya. La mujer del Moncho. Que seguramente se vino hasta lo de ustedes para terminar lo que el marido no pudo. Mataste a la Ñusta… y ahora Zelaya es viudo. Mataste a la Ñusta… y ahora el bebé de ellos ya es huérfano.

Estás pensando en esto cuando una mano se posa sobre tu hombro.

¡Más sustos todavía, carajo!

Esa mano te acogota y casi casi te arranca el anco del cuello cuando te despega del suelo que pisás para golpearte contra una de las paredes de la casa donde te me quedás clavado. Las gallinas, que están cerca de vos, salen cagando otra vez. Sentís esos dedos estrangulándote. Que respirás entrecortado. Que el corazón te galopa salvaje. Sentís eso y el filo de un puñal hincándose apenas debajo de uno de tus ojos. Sentís eso y el aliento a grapa. Y ves y escuchás bien de cerca al Viejo que bajó del monte cuando te refunfuña un:

"Changuito y la concha de tu madre".

En la cara no le queda lugar para otra arruga.

"Changuito y la concha de tu madre: usted ahora me debe a mí", te dice.

Y te dan ganas de llorar.

Pero no lo hacés.

Porque sos orgulloso y porque además llorar no ayuda.

El Viejo que bajó del monte se da cuenta y se le escapa, apenas, una sonrisa. No es de burla. Es de satisfacción y respeto.

"Si tanto te gusta disparar… vos te venís conmigo. *Ahora*."

Es verdad: te gusta.

Ha sido la primera vez que has usado la escopeta.

Y has quedado entusiasmado.

"Vos te venís conmigo y así de paso vas a aprender un par de cosas."

Te encogés de hombros.

"¿Cosas como qué?", querés saber.

¡Ay, m'hijito! ¿Por qué no se me habrá quedado callado?

"¿Cosas como qué?", insistís.

"Cosas como cuánta sangre sale de un tajo si te cortan el cuello", te responde calzándose el puñal en el cinto y mirando al Uturungo muerto.

Y mira triste, muy triste, a la mujer de Zelaya.

Y eso a vos te da vergüenza.

El Viejo que bajó del monte le hace en el aire la señal de la cruz a la Ñusta. Muy parecida a la bendición que te echó María cuando partió con el Papá y tus hermanos en la carreta esa mañana. El Viejo que bajó del monte se besa puño y pulgar y, de inmediato, el cuerpo de la mujer del Moncho se prende fuego de pies a cabeza.

De arder a carbón ha sido solo un pestañear. Buitres descienden de a montones para comerse lo que queda de la carne quemada de la india. Ocupados con las sobras, sabés que no le van a hacer nada al chancho. Ni siquiera a las gallinas. Y que el halcón no va a volver ahora que hay bichos más grandes.

El Viejo que bajó del monte se ha calzado sobre un hombro el poncho para ir en busca de su sombrero negro. Vuelve. Mientras, en su andar, lo sacude y limpia del polvo contra una pierna. También dándole un par de golpes con la palma de la mano. Como abofeteándolo. Recién ahí se lo pone.

Te mira.

Te mira mal.

Vos al principio no podés.

Pero bien que le terminás sosteniendo la mirada.

Tragando saliva te animás a preguntarle:

"¿La conocía?".

El Viejo que bajó del monte asiente con un movimiento de cabeza.

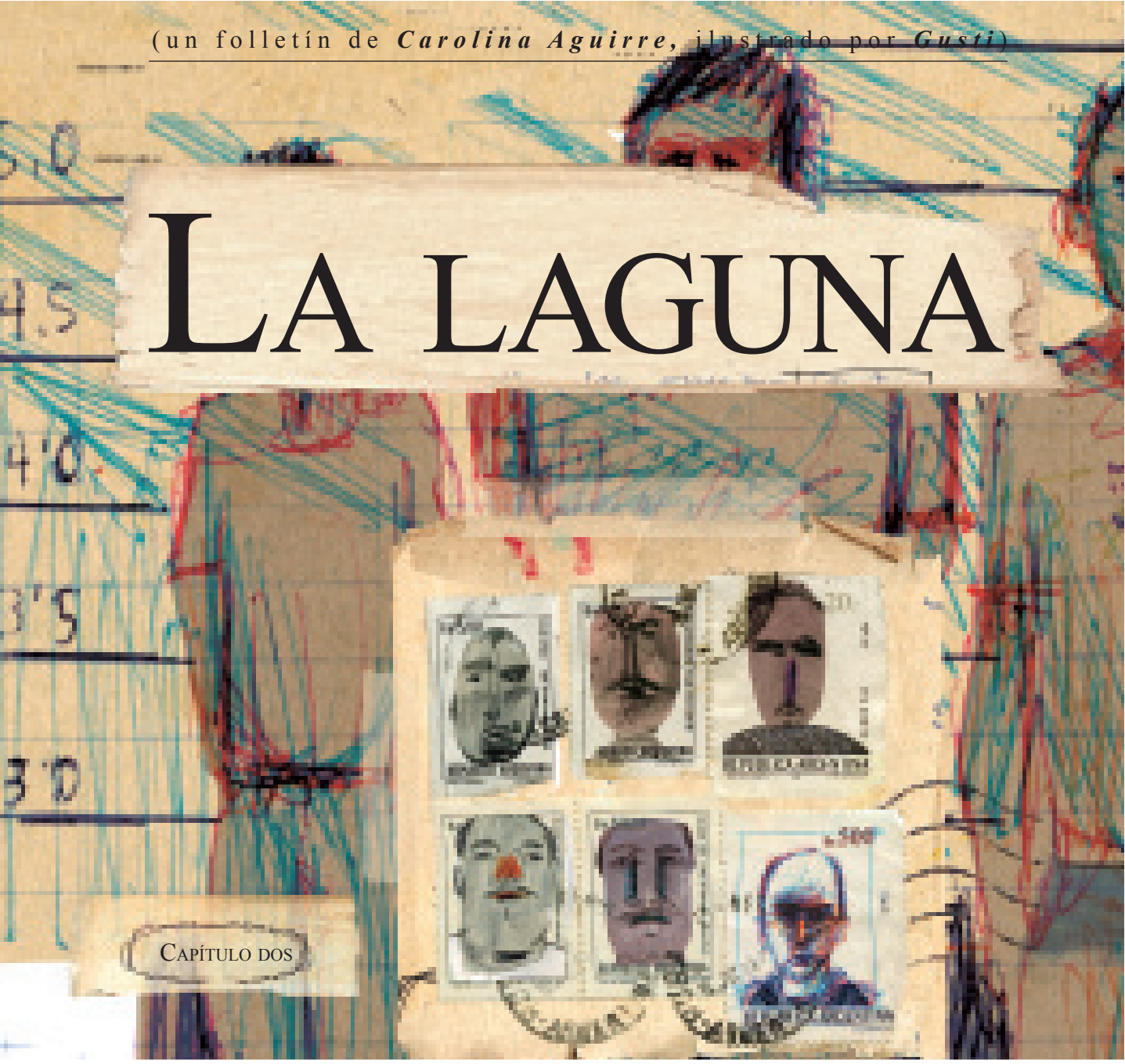
Y agrega:

"Yo soy el que le dio el cuero".

Continuará en el próximo número.

(un folletín de ***Carolina Aguirre***, ilustrado por ***Gusti***)

La laguna



Capítulo dos

Julio llegó a la comisaría a las nueve de la mañana. Había programado la alarma del celular nuevo para las ocho, pero fueron tantas las veces que se despertó pensando que no había sonado, que al final se desveló. Trató de comer algo en el bar de la esquina pero solo pudo pasar un café. Tenía la garganta áspera y cerrada como un puño. No estaba nervioso por tener que reconocer a los presuntos secuestradores porque sabía que solo era un trámite, que todo el lío se solucionaba con un "no". "No los reconozco", "No veo a los delincuentes en esta fila", "No me parecen familiares", "No recuerdo nada de ese día." Un "no" y a ellos los liberaban y a él le pedían perdón por hacerle perder el tiempo. Un "no" y volvía a su nueva vida.

Tampoco podía decir que sentía culpa. Pena, quizás, por esos pobres tipos que estaban desde ayer en un calabozo mugriento, pero culpa, lo que se dice culpa, no. Él no era responsable por esta coincidencia. Él había inventado un jean y una remera, un modelo de auto bastante común, pero nada más. Era como si hubiera tirado una piedra al aire en el desierto y hubiera caído en la cabeza de la única persona que pasaba por ahí, una triste casualidad. ¿Improbable? Sí. ¿Imposible? Por lo visto, no. Era el azar, la mala suerte, el destino, pero no culpa suya. Él no los había señalado con el dedo.

Lo que sí lo angustiaba un poco era tener que fingir. Tenía miedo de decir o hacer algo que no cuadrara con lo que ya había descrito. Una sola palabra, un gesto turbio, algo que levantara

sospechas entre los policías e iban a empezar a dudar de todo. Era demasiado distraído, demasiado abandonado. Sus mentiras eran como un decorado de televisión: de lejos, todo parecía real, pero bastaba sacudirlo un poco para ver que atrás no había un solo tornillo. Debería haberse tomado más tiempo para pintar los detalles, pero él no era bueno inventando cosas, con o sin premeditación. Las veces que le había mentido a su jefe o a su exmujer siempre lo habían descubierto. Su exmujer, sin ir más lejos, lo había dejado por mal mentiroso: por salir de fiesta y mentir sobre dónde había estado. O por salir de fiesta, tomar de más y mentir acerca de dónde había estado y cuánto había bebido. O por eso y algunas cosas más que prefería no recordar en ese momento.

Antes de hacerlo pasar, un policía lo tranquilizó.

—No pueden verte de este lado, tomáte tu tiempo, mirálos bien, hacé memoria…

Julio pensó que le daba lo mismo. Si lo veían no iban a saber quién era porque ni siquiera sabían qué estaban haciendo ahí. Y aunque lo hubieran sabido, ¿con quién se iban a enojar por esto? ¿De qué se iban a vengar si no habían hecho nada? ¿A quién iban a perseguir si no eran delincuentes, si el secuestro era mentira, si él había inventado todo?

La tarde anterior, apenas la policía había abandonado su departamento, Julio discó el número de su amigo Pablo. No lo había llamado para contarle sobre la visita, sino impulsado por la desesperación, porque escuchar una

voz humana del otro lado mitigaba un poco la angustia que estaba sintiendo en ese momento.

—¿Qué andás haciendo? ¿Ya saliste de tu casa? —preguntó Julio, fingiendo un tono casual.

Pablo trabajaba en el lobby del hotel como uno de los tres encargados del turno noche. Era soltero, buenmozo y unos años más joven que Julio. Algunos, como él, creían que era un dandy moderno que conocía todos los atajos de la buena vida. Otros colegas, en cambio, pensaban que era un pedante que hacía chistes idiotas y tenía demasiados problemas de drogas.

Era fácil envidiarlo: Pablo se acostaba con todas las pasajeras, le hacía pagar a otros sus botellas de whisky importado y lograba colarse en las fiestas de los clientes. Era ahí, justamente, donde lo había conocido Julio; en una fiesta privada en el piso trece. Que ambos fueran empleados del hotel había sido una casualidad: cruzaron las primeras palabras no porque se hubieran visto (el hotel era enorme, casi una ciudad) sino porque ambos trataban de hacerse del champán bueno que los camareros guardaban para los anfitriones. Desde entonces se habían vuelto compañeros de salidas y de borracheras, siempre alguno de los dos conseguía una fiesta y llevaba al otro. La exmujer de Julio lo sabía y culpaba a Pablo por la peor parte de su matrimonio. Tanto, que varias veces fue hasta el hotel y lo increpó en el lobby, adelante de todos los pasajeros. Pablo jamás le hizo un reclamo a su amigo. Por el contrario, trató de calmarla y de sacarla del medio para evitar incidentes que pudieran perjudicar el trabajo de los dos.

Desde que Julio se había separado, Pablo iba todas las madrugadas a comer con él a la cocina del hotel. Pedían algo fuera del menú con el mejor ingrediente que tuvieran esa semana y robaban alguna botella del bar que estaba en el lounge o en la cava del subsuelo. Eran comidas masculinas: unas gambas salteadas en ajo, unas pastas robustas, un foie gras dorado sobre una tostada gruesa, que a veces consumían con la mano o directamente desde la sartén. No por informales, sin embargo, las cenas eran improvisadas: les llevaba cerca de dos horas hacer dos o tres pasos, beberse todo el vino y planear qué iban a hacer esa noche, cuando Julio terminara con su trabajo.

Este ritual ocioso le molestaba profundamente a Tachuela, que los miraba con furia desde su estación y gruñía cada vez que levantaban la voz. Alguna vez deslizó la queja delante de Ratazzi, pero no pasó nada. El dueño del restaurante tenía otros problemas más importantes con su chef, que no podía llegar puntual a la cocina cuando le tocaba controlar las entregas por la mañana, ni controlar su temperamento irascible cuando algún cliente devolvía un plato a la cocina o le pedía una explicación.

Julio sabía de estas camarillas torpes y rastreras porque lo había oído varias veces y cada tanto le pedía a su ayudante que él mismo les preparara la cena para ponerlo en su lugar, para humillarlo delante de sus colegas.

—A ver con qué te lucís, enano. Mi amigo y yo estamos cansados. Sorprendénos.

Tachuela obedecía sin decir nada, pero Julio no se conformaba y duplicaba esa humillación charlando a los gritos de forma alevosa y provocativa, con la espalda relajada sobre la silla, mientras su ayudante chorreaba al lado de las hornallas. Los temas de conversación eran de lo más comunes entre hombres —mujeres, chismes del trabajo, anécdotas de la noche anterior—, pero Tachuela desaprobaba esas charlas por escandalosas e inapropiadas para un ambiente laboral. Se le notaba en la mirada.

—Era la petisa colombiana de la otra fiesta, ¿te acordás? Estuve yendo a varias fiestas de esa misma gente… Barra de primera, lindas minas, nadie picado. Lo único es que le dimos la tres mil cuarenta, que es de las habitaciones que tienen esa terracita chica con la escalera copetona esa, que no sirve para nada, ¿la ubicás? Es medio una mierda para fiestas, pero bueno, ahora que sé que va a gastar, le voy a dar algo mejor. Una habitación con linda vista, por lo menos.

Esa tarde, por teléfono, a pesar de que Julio estaba desbordado, la conversación giró alrededor de los mismos temas de siempre: mujeres, fiestas y anécdotas de compañeros de trabajo. Julio agradeció la normalidad en silencio y lo escuchó sin escuchar, como quien mira un garabato y se pierde en la sensación de unas curvas abstractas e inofensivas.

—¿La fiestita de la cuatro mil quince? Ayer justo la mina subió con tres tipos. Pasó y me miró de reojo, como si se llevara una fruta o un té a la habitación. Terminó viniendo la policía, por los gritos. No sé bien si se dio vuelta, si se pelearon todos, si la mina quería que se fueran y ellos no. Nadie entendió bien entre tantos gritos. La gente piensa que en un hotel cinco estrellas esas cosas no pasan, pero una vez por

mes hay que tirarles la puerta abajo por algún quilombo. La clase alta y la clase baja son muy de la fiesta… La clase media es más culposa, necesita que haya familia para justificarlo, para hacerlo pasar como algo sentimental y no de placer… Qué mierda es la clase media, está llena de problemas.

Mientras su amigo hablaba, Julio pensó que todas las fiestas del hotel terminaban con algún lío porque todas tenían droga y estaban llenas de desconocidos, pero al final no se lo dijo. Se distrajo tratando de recordar qué habían hecho la noche anterior al día de la denuncia. ¿Habían ido a una fiesta? ¿Habían tomado hasta desmayarse en el lounge del hotel? ¿Se habían acostado con las mellizas colombianas de la nueve treinta y cinco?

—¿Qué día fue eso? ¿Martes? ¿Miércoles?

Pablo trató de hacer memoria pero tampoco se acordaba mucho. Ir a miles de fiestas desconocidas en el mismo hotel era como ir a una sola fiesta, larga, que no se terminaba nunca.

—¿No fue la que te agarraste ese pedo horrendo? Sí, fue esa. No te podías parar —repreguntó.

Julio siguió pensando en silencio, pero no recordaba nada. Al final cambió de tema. Le dio vergüenza confesar que ese dato no le decía nada, que últimamente en todas las fiestas terminaba cayéndose al piso.

—Tranquilizáte, mirálos bien, si querés salir, salí —le dijo un policía joven antes de hacerlo pasar a un cuarto oscuro.

—¿Pero cuántos son? —preguntó Julio, temiendo meter la pata.

El cabo abrió la puerta y no contestó. Julio miró hacia todos lados, confundido. Le llamó la atención que en la pared no hubiera una pecera de vidrio como en las películas. En realidad, le llamó la atención que no hubiera nada más que una mesa, un equipo de mate y un par de sillas rotosas.

—Pase de una vez, así cerramos.

Al parecer, el cuarto para reconocer sospechosos no era otra cosa que una habitación común, con una ventana cerrada que daba a un patio pequeño y luminoso. Julio miró la ventana. Un policía sujetaba la correa de la persiana para dejar que las maderas se abrieran lo justo y necesario para ver del otro lado.

—Siéntese, por favor.

Julio prefirió quedarse parado. Trató de mirar por la persiana pero todavía no había nadie del otro lado. Al parecer, uno de los sospechosos había rechazado a uno de los candidatos que la policía había encontrado y tenían que seguir buscando. Julio no entendía por qué y el cabo trató de explicárselo, aunque tampoco así le quedó demasiado claro.

—Nosotros buscamos en la calle otros cinco hombres para hacer el reconocimiento. Si ellos creen que son diferentes, pueden rechazarlos, ¿me entiende?

—¿Pero para qué?

—Porque imagínese que tenemos un sospechoso medio morochón, y le ponemos cuatro rubios con carita de nena... Cualquiera lo va a elegir porque es el único morocho. ¿Me entiende? Entonces puede rebotar tipos hasta que vea que son parecidos, para que el que lo reconozca lo reconozca porque está bien seguro de que es él, y no porque esté mareado con tantos negros…

El subcomisario miró al cabo, fulminante. El cabo se calló. Julio entendía el procedimiento, pero quería descubrir por qué alguien inocente rebotaba candidatos si sabía que no tenía nada que temer. De todas formas ya no importaba, el cabo ni siquiera volvió a mirarlo y no tenía a quién seguir preguntándole.

—Ok.

Pasaron otros veinte minutos, pero nadie salió. Julio empezó a dar vueltas, inquieto, pero no quiso decir nada. No eran ellos quienes lo estaban haciendo perder el tiempo. Él estaba malgastando los recursos de esa comisaría. Era él quien había elegido esa descripción tan común. Eran él y la alarma de su celular que no había sonado los que habían empezado todo esto.

—Ya arrancamos —avisó un policía. Julio se acomodó.

Los sospechosos salieron al patio y se pusieron en fila. Al principio le costó ver entre las maderas de la persiana. El sol entraba, oblicuo, y en vez de iluminar, lo encandilaba. Un cabo le dio unos anteojos de sol y otro entreabrió la cortina tirando de la correa hasta que por fin logró ver a unos pobres tipos transpirados e incómodos, parándose unos al lado de los otros. Julio los miraba atrás de sus gafas de sol y no lo podía creer.

—Creo que no es ninguno —se apuró Julio.

El policía le hizo una seña para que se callara y le pidió al sospechoso número uno que diera un paso al frente. Julio lo vio caminar hacia adelante, girar hacia un lado, hacia el otro, y poner cara de nada.

Negó con la cabeza, no era ese.

Al segundo ni siquiera lo miró, solo negó con el dedo en el aire una vez que terminó de oír sus pasos. El tercero se adelantó, se rió y miró desafiante la ventana. Julio pensó que quizás buscaba una buena anécdota para sus amigos o quizás había hecho algo y quería molestar a la policía. Nunca lo iba a saber, era un desconocido.

—No, ese tampoco.

Tal cual como lo había planeado, Julio respondió una y otra vez que no. "No, no los reconozco." "No me suena la cara", "No son mis secuestradores, estoy seguro." Sin embargo, cuando finalmente llegó el quinto hombre le costó seguir hablando. No sabía bien de dónde ni cómo, pero la cara de ese hombre le resultaba conocida. La familiaridad lo dejó helado.

—Tómese su tiempo —agregó el subcomisario, ilusionado.

Los policías midieron su silencio y se quedaron callados. Cuando los miró, estaban sonriendo y haciéndose señas entre ellos. Julio sintió terror. Hubiera querido precisar de dónde conocía a ese hombre para quedarse más tranquilo, pero fue imposible. No era un amigo. No era un pariente. No era un vecino. Era alguien esporádico y difuso. Un rostro arisco pegoteado en la memoria que no terminaba de largarlo.

—Tampoco —agregó, contundente.

—¿Está seguro? Mírelo bien —insistió el subcomisario, desolado.

—No, no me suena para nada.

El cabo dejó caer la persiana de un golpe y lo miró.

—¿Ya me puedo ir? —preguntó Julio. Los policías hablaban entre ellos.

—Sí, se puede ir. Nosotros vamos a tomarles declaración a los sospechosos y en todo caso lo volvemos a llamar para cotejar los dos testimonios.

Julio los miró, desencajado.

—No entiendo —dijo—. ¿Para qué le tomarían testimonio si no son ellos?

—¿Y cómo sabe que no son? —preguntó el subcomisario, indignado.

—Porque los estoy viendo, oficial, y no recuerdo ninguna de esas caras.

El subcomisario se encogió de hombros y empezó a juntar su papeleo.

—Eso no tiene nada que ver, Kaminski. Usted puede estar equivocado, puede acordarse mal, puede estar siendo víctima de alguna clase de presión, pueden ser miles de cosas…

Julio no podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Qué presión? ¡No soy víctima de ninguna clase de presión!

—Si lo fuera no lo sabríamos por usted, sino investigando. Y eso es lo que vamos a hacer. ¿Se acuerda cuando vino acá y nos dijo que éramos nosotros los que teníamos que averiguar cuál era la patente del auto, y no usted? Bueno, déjenos hacer nuestro trabajo.

—Pero no entiendo, si yo digo que no son…

—¿Cómo tenían su teléfono, entonces, Kaminski?

Julio reculó.

—Ni siquiera sé si es mi celular, podría ser otro, es uno de los más comunes que hay —murmuró, trabado.

—¿Y de quién eran las fotos que había adentro? ¿Y el sticker? ¿Y cómo lo rastreamos?

Julio tragó saliva y no dijo nada.

—Ya ve, Kaminski, no todo es tan fácil. Si usted hace una denuncia, a nosotros nos obliga a investigar, a seguir todas las pistas y a encontrar al responsable de todo esto. Acá tenemos que resolver casos, no estamos jugando. No sé si me estoy explicando. ¿Me explico o no?

Julio sintió miedo. ¿Era posible que la policía hubiera agarrado a un pobre hombre para poder cerrar el caso? ¿Y si en realidad no era todo una casualidad sino un escenario cuidadosamente armado? ¿Si ese hombre que estaba ahí atrás iba a ir preso, independientemente de cuál fuese su declaración?

—Váyase a su casa, Kaminski, que le vamos a avisar si lo necesitamos.

Julio salió de la comisaría y caminó hasta el volquete de la esquina. No pensó ni dijo nada, solo caminó en silencio, deseando que el cascajo enorme todavía estuviera ahí, al lado del edificio en construcción. Cuando lo vio, sintió ansiedad y terror, pero también alivio. Estaba ahí, con las mismas ramas, las mismas bolsas, los mismos cascotes que la semana anterior. Todavía estaba ahí, esperándolo.

Tuvo que pasar un rato largo para que la calle estuviera desierta y pudiera meter la mano en el agujero. Cuando lo hizo, lo invadió el olor a podrido que venía del líquido de las bolsas de basura rotas que se habían apilado con el tiempo. Se miró los dedos, unidos por una peste viscosa, y tuvo arcadas, pero no desistió. Sacó piedras, movió unos pedazos de cartón deshechos por la humedad, dos naranjas reventadas y muchos envoltorios. Envoltorios de galletitas, de alfajores, de snacks y papas fritas. Envoltorios de golosinas que quizás alguien había comido y disfrutado alguna mañana mientras caminaba —puntual— a su trabajo.

Despejó el agujero y metió la mano bien hasta el fondo en donde palpó las rocas y el lateral frío y oxidado del volquete. Abajo ya no había olor, solo humedad y un poco de barro. No le llevó mucho tiempo dar con su celular, sabía a dónde lo había tirado. Tocarlo, sin embargo, lo aterrorizó. Si estaba ahí, la policía no podía tenerlo. Lo sacó y así como estaba, cubierto de líquido, se lo puso en el bolsillo. Pensó que probablemente se le hubiera acabado la batería y luego el agua lo hubiese terminado de estropear para siempre. De todas formas no lo podía volver a usar, lo había denunciado como robado.

Cuando llegó a su casa dejó el celular sobre la mesa y se desvistió lo más rápido que pudo. Estaba demasiado cansado, quería volver a dormir hasta que se hiciera la hora de ir al hotel de nuevo. Tomó medio Clonazepam, pero ni así pudo relajarse. Estaba demasiado tenso. Pensó en la policía y sintió miedo. Si eran capaces de inventar un celular, eran capaces de inventar un sospechoso, un juicio, incluso testigos. Quizás siempre habían sabido de la mentira y por eso no tenían miedo de armar el resto del caso. Qué idiota. Pensó que los había engañado pero nunca le habían creído, solo se habían aprovechado. Ahora nada podía hacer. Si hablaba, si confesaba todo, podía ir preso. Si no lo hacía, podían ir presos esos pobres tipos. Lo mejor era callarse la boca y dejarlos seguir investigando. Inventarían alguna otra pista, lo llamarían de nuevo, dejarían pasar algunas semanas y luego cerrarían el caso. ¿No cerraban así casi todos los casos? A él le habían robado cuatro y cinco veces y la causa nunca había prosperado. Lo único que no entendía era cómo conocía al quinto hombre que estaba detrás de la ventana. Su cara le sonaba amiga, pero al mismo tiempo no la asociaba a ningún lado. Probablemente lo hubiera visto una vez o dos veces en la vida. O a lo mejor solo lo hacía acordar a alguien.

Pensó durante un rato pero no llegó a ninguna conclusión. Tenía el cerebro agotado de conjeturas. Desde su rincón, miró cómo los rayos de luz entraban por la ventana e iluminaban la mesa. Visto así, el celular parecía negro metalizado en vez de azul. Le pareció extraño, porque lo recordaba mucho más claro, como un escarabajo brillante, tornasolado. Solo por curiosidad se acercó y lo agarró para alejarlo de la luz. Se sorprendió al ver que en la sombra también era negro y no azul. Lo abrió, desesperado. Vio las teclas nuevas, la pantalla rayada, el teclado de otro color. Solo para comprobarlo, fue hasta la mesita y buscó el cargador entre las guías de teléfono y la ropa tirada. Cuando lo encontró trató de conectarlo, pero no pudo. El enchufe no encajaba, era de otro tamaño. Dejó el cargador sobre la mesa y tembló.

Continuará en el próximo número.

¿Y qué va a pasar ahora?

—Siempre quise —le digo a Chiri—, de chiquito, leer historias por entregas en una revista, como en el siglo XIX. Y me pone contento que hayamos elegido tan bien: a Pedro, a Leo y a Caro. Son obras completamente diferentes, y cada una tiene algo que... No sé cómo llamarlo.

—¿Buena literatura?

—Sí. Debe ser eso. ¿Sabés lo que me pasa? Me encanta poder admirar a la gente que labura con nosotros. Oyola tiene eso que tanto nos gustaba de Saer, ¿te acordás del Saer de finales de los ochenta? Tiene esa profundidad luminosa...

—Y Carolina sabe muy bien engancharte con los finales —dice Chiri—. Viene del guion, de las buenas series de tele. Siempre me deja pensando en cómo va a seguir.

—¿Y lo de Pedro? Yo creo que está haciendo una obra inmensa.

—Lo de Pedro es mortal —me dice Chiri—. En el primer capítulo, el protagonista del "Surubí" empieza hablando de sus dramas con las mujeres y termina atrapado en un mundo de hombres. ¿Es un castigo o una salvación? "Una parte de mí sintió un alivio, y otra parte de mí me dijo quieto."

—Me causa gracia cuando están recién llegados a la isla, unos trecientos tipos, todos vestidos como los habían cargado: un irlandés, otro que queda con el disfraz de payaso puesto... Y después de la gran orgía, de esa rarísima partuza patibularia, se definen parejas, cambian apodos y el protagonista deja la cocina y sale a buscar al surubí guazú. Realmente es impecable cómo está contado todo. ¿Qué va a pasar ahora?

—¡Eso es lo que me gusta de los folletines! El "qué va a pasar ahora", lo que tan bien dibujó Decur en la tapa del número cinco. ¿Qué va a pasar con el Viejo que bajó del monte, en el folletín de Oyola? ¿Y quién es el Viejo en realidad? ¿Y de dónde salió ese león que se le viene encima al changuito?

—Me lo explicó Leo el otro día —me cuenta Chiri—. La historia transcurre en el norte argentino, y él está siendo muy meticuloso con las palabras, los modismos, el dialecto... Y en el norte al puma le dicen león. No sé si sigue habiendo pumas en el norte... También hay o había tigres, que en realidad son yaguaretés, en guaraní.

—¿Y el Uturungo? ¿Qué animal será?

—Erlich, que es tucumano —dice Chiri—, me contó que el Uturungo es una leyenda típica de su provincia que a él de chico lo hacía cagar en las patas. Me dijo que es un tipo común y corriente que por las noches se convierte en puma y sale a comer a los que andan solos por el monte. Dice Erlich que, de día, hay una manera de identificarlos porque tienen un pedazo de piel colgando del cuello, como un escapulario. De noche se los identifica por sus garras de cinco dedos.

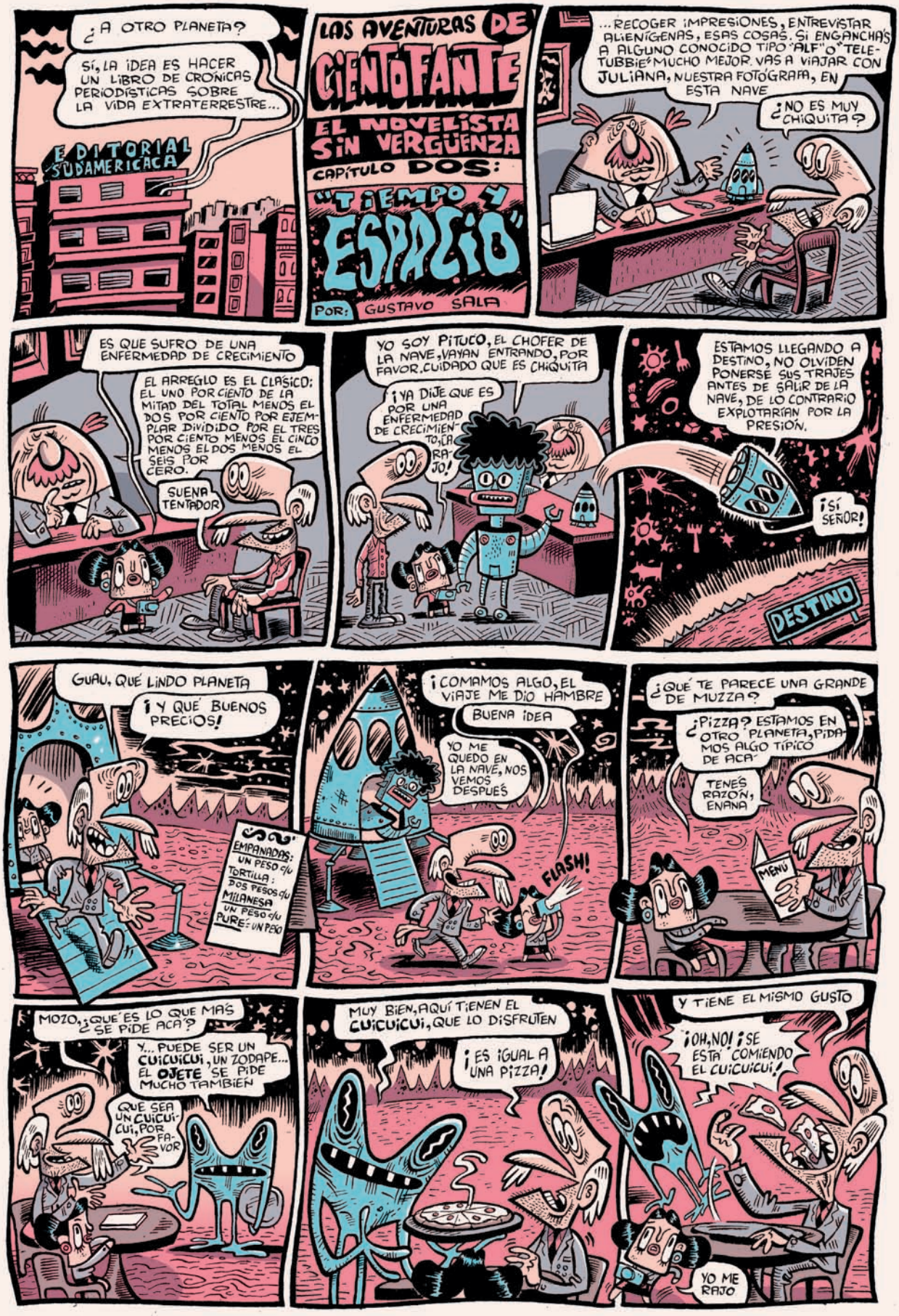
—El que nunca va a poder identificar a nadie es el pobre cocinero del cuento de Carolina —le digo—. El otro día Tonga (que trabajó mucho en gastronomía) decía que conoció muchos chefs como el personaje de "La laguna". Y este se está metiendo en tremendos quilombos, todo por una mentira pelotuda, por la alarma de un celular que no sonó cuando tenía que hacerlo.

—Esa trama de mentiras que se van haciendo enormes me hace acordar a *El adversario*, la novela de Emmanuel Carrère. Es una de las mejores novelas que leí en los últimos tiempos. Te pone los pelos de punta, leéla por el amor de Dios.

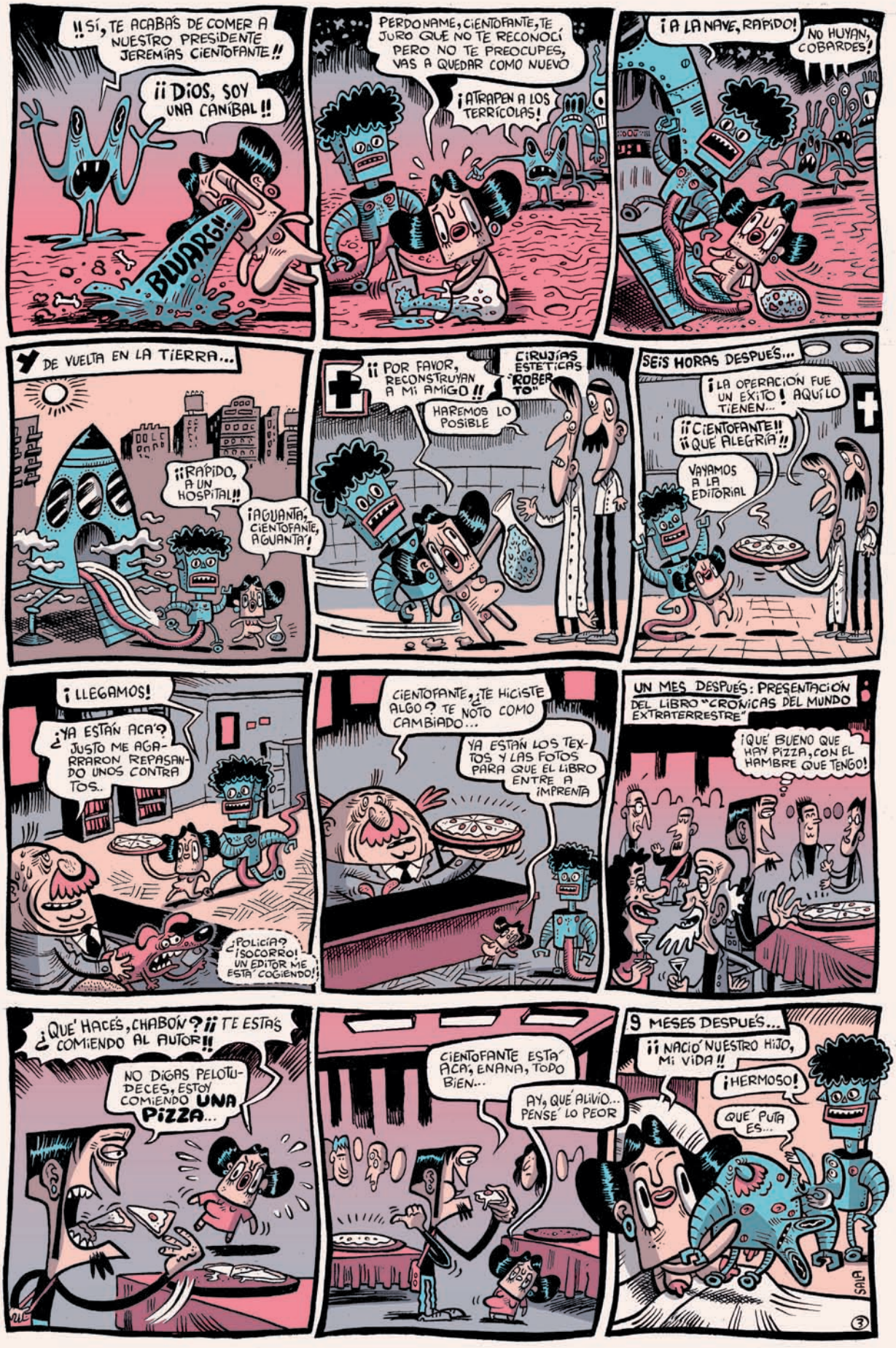
—¿De qué se trata? —me entusiasmo.

—Un tipo, Jean-Claude Romand, mentía desde los dieciocho años. Le había hecho creer a todo el mundo, incluso a su familia, que era médico de la OMS en Ginebra, pero vivía de pequeñas estafas que le hacía a gente muy cercana a él. Cuando no pudo caretearla más, mató a su esposa, a sus hijos y a sus padres y después intentó suicidarse, pero fracasó.

—Tiene razón Carolina: qué mierda es la clase media, está llena de gente con problemas. ◣


¿A OTRO PLANETA?
SÍ, LA IDEA ES HACER UN LIBRO DE CRONICAS PERIODÍSTICAS SOBRE LA VIDA EXTRATERRESTRE...
EDITORIAL SUDAMERICACA
LAS AVENTURAS DE CIENTOFANTE
EL NOVELISTA SIN VERGUENZA
CAPÍTULO DOS:
"TIEMPO Y ESPACIO"
POR: GUSTAVO SALA
...RECOGER IMPRESIONES, ENTREVISTAR ALIENÍGENAS, ESAS COSAS. SI ENGANCHÁS A ALGUNO CONOCIDO TIPO "ALF" O "TELETUBBIE" MUCHO MEJOR. VAS A VIAJAR CON JULIANA, NUESTRA FOTÓGRAFA, EN ESTA NAVE
¿NO ES MUY CHIQUITA?
ES QUE SUFRO DE UNA ENFERMEDAD DE CRECIMIENTO
EL ARREGLO ES EL CLASICO: EL UNO POR CIENTO DE LA MITAD DEL TOTAL MENOS EL DOS POR CIENTO POR EJEMPLAR DIVIDIDO POR EL TRES POR CIENTO MENOS EL CINCO MENOS EL DOS MENOS EL SEIS POR CERO.
SUENA TENTADOR
YO SOY PITUCO, EL CHOFER DE LA NAVE, VAYAN ENTRANDO, POR FAVOR. CUIDADO QUE ES CHIQUITA
¡YA DIJE QUE ES POR UNA ENFERMEDAD DE CRECIMIENTO, LA RAJO!
ESTAMOS LLEGANDO A DESTINO, NO OLVIDEN PONERSE SUS TRAJES ANTES DE SALIR DE LA NAVE, DE LO CONTRARIO EXPLOTARIAN POR LA PRESIÓN.
¡SÍ SEÑOR!
DESTINO
GUAU, QUÉ LINDO PLANETA
¡Y QUÉ BUENOS PRECIOS!
EMPANADAS: UN PESO c/u
TORTILLA: DOS PESOS c/u
MILANESA UN PESO c/u
PURÉ: UN PESO
¡COMAMOS ALGO, EL VIAJE ME DIO HAMBRE
BUENA IDEA
YO ME QUEDO EN LA NAVE, NOS VEMOS DESPUÉS
FLASH!
¿QUÉ TE PARECE UNA GRANDE DE MUZZA?
¿PIZZA? ESTAMOS EN OTRO PLANETA, PIDAMOS ALGO TÍPICO DE ACÁ
TENÉS RAZÓN, ENANA
MENÚ
MOZO, ¿QUÉ ES LO QUE MÁS SE PIDE ACÁ?
Y... PUEDE SER UN CUICUICUI, UN ZODAPE... EL OJETE SE PIDE MUCHO TAMBIÉN
QUE SEA UN CUICUICUI, POR FAVOR
MUY BIEN, AQUÍ TIENEN EL CUICUICUI, QUE LO DISFRUTEN
¡ES IGUAL A UNA PIZZA!
Y TIENE EL MISMO GUSTO
¡OH, NO! ¡SE ESTÁ COMIENDO EL CUICUICUI!
YO ME RAJO

¡¡ÚLTIMO MOMENTO!! UN SER HUMANO SE COMIÓ AL PRESIDENTE JUAN DOMINGO CUICUICUI. EL PLANETA ENTERO LLORA AL INGERIDO LÍDER...
DALE A TU CUERPO ALEGRÍA, MACARENA
LLANTO EXTRA-TERRESTRE
...Y DA LA BIENVENIDA AL NUEVO PRESIDENTE JEREMÍAS CIENTOFANTE
¿YO PRESIDENTE?
ASÍ ES, SEGÚN NUESTRA CONSTITUCIÓN QUIEN SE COMA AL PRIMER MANDATARIO LO SUCEDERÁ EN EL CARGO
PUEBLO, FELICITEMOS AL NUEVO LÍDER...
HOLA, BICHOS
FELICITACIONES EXTRA-TERRESTRES
¡HIJO DE PUTA!
¡GARCA!
¡TRAGA-LECHE!
Y AHORA, LA CEREMONIA DE MANDO...
¿QUÉ INCLUYE? ¿FIESTA, MUJERES, DROGAS?
NO, UN PALO DE AMASAR GIGANTE...
¡CONVIÉRTANLO, MUCHACHOS!
AAAAH!
¡¡UNA CUCARACHA!!
UN CUCARACHA, QUERRÁS DECIR, SOY BIEN MACHITO
MIENTRAS TANTO, EN LA NAVE...
A VECES LAMENTO SER UN ROBOT. ME GUSTARÍA PODER LLORAR, ENAMORARME...
¿Y TAMPOCO PODÉS EXCITARTE CON UNA MUJER?
TAMPOCO
ESO VOY A TENER QUE COMPROBARLO...
EH, ¿QUÉ HACÉS?
CHUPT CHUPT
AHORA SÍ, YA TENÉS LA FORMA Y CONSISTENCIA DE UN AUTÉNTICO PRESIDENTE
¿Y, TE GUSTA? ¡¡GOZÁ, HIJO DE PUTA!!
¡¡OH, DIOS ROBOT!!
FRAKA FRAKA FRAKA
AH, INCREÍBLE, PITUCO... EL SEXO ME DIO HAMBRE, ¿VAMOS A COMER ALGO POR AHÍ?
VAMOS, DALE
¡UH, QUE ORTO TENEMOS, ACÁ HAY UNA PIZZA! HAGÁMOSLA DE GOMA
ES NOTABLE LA INFLUENCIA DE BORGES EN LA FORMA DE HABLAR DE LOS HUMANOS
QUÉ OJETE
¡¡OH, NO!! SE ESTÁ COMIENDO A CIENTOFANTE!
¡¿QUÉ?! ¿¡CIENTOFANTE!?
ÑAM! ÑAM
G.SALA


¡¡SÍ, TE ACABÁS DE COMER A NUESTRO PRESIDENTE JEREMÍAS CIENTOFANTE!!
¡¡DIOS, SOY UNA CANÍBAL!!
BLUARG!!
PERDONAME, CIENTOFANTE, TE JURO QUE NO TE RECONOCÍ PERO NO TE PREOCUPES, VAS A QUEDAR COMO NUEVO
¡ATRAPEN A LOS TERRÍCOLAS!
¡A LA NAVE, RÁPIDO!
NO HUYAN, COBARDES!
Y DE VUELTA EN LA TIERRA...
¡¡RÁPIDO, A UN HOSPITAL!!
¡AGUANTÁ, CIENTOFANTE, AGUANTÁ!
¡¡POR FAVOR, RECONSTRUYAN A MI AMIGO!!
CIRUJÍAS ESTÉTICAS "ROBERTO"
HAREMOS LO POSIBLE
SEIS HORAS DESPUÉS...
¡LA OPERACIÓN FUE UN ÉXITO! AQUÍ LO TIENEN...
¡¡CIENTOFANTE!! ¡¡QUÉ ALEGRÍA!!
VAYAMOS A LA EDITORIAL
¡LLEGAMOS!
¿YA ESTÁN ACÁ? JUSTO ME AGARRARON REPASANDO UNOS CONTRATOS..
¿POLICÍA? ¡SOCORRO! UN EDITOR ME ESTÁ COGIENDO!
CIENTOFANTE, ¿TE HICISTE ALGO? TE NOTO COMO CAMBIADO...
YA ESTÁN LOS TEXTOS Y LAS FOTOS PARA QUE EL LIBRO ENTRE A IMPRENTA
UN MES DESPUÉS: PRESENTACIÓN DEL LIBRO "CRÓNICAS DEL MUNDO EXTRATERRESTRE"
¡QUÉ BUENO QUE HAY PIZZA, CON EL HAMBRE QUE TENGO!
¿QUÉ HACÉS, CHABÓN? ¡¡TE ESTÁS COMIENDO AL AUTOR!!
NO DIGAS PELOTUDECES, ESTOY COMIENDO UNA PIZZA...
CIENTOFANTE ESTÁ ACÁ, ENANA, TODO BIEN...
AY, QUÉ ALIVIO... PENSÉ LO PEOR
9 MESES DESPUÉS...
¡¡NACIÓ NUESTRO HIJO, MI VIDA!!
¡HERMOSO!
QUÉ PUTA ES...
SAIA
3
COLOR LV

Una revista bajo el brazo

Señor director: le voy a contar una historia que comienza con este diálogo:

—¿Sabés que me inscribí a una revista que no tiene publicidades y trabaja sin intermediarios? —le dije a mi amiga Sofía.

—¿Ah si? ¿Cómo se llama? —me contestó. Y la conversación siguió algo así:

—Orsai.

—Ah sí, la conozco, la hizo un tipo que tenía un blog.

—Ay sí, no me viene el nombre a la mente ahora. Yo tengo un libro de él: "El pibe que arruinaba las fotos". Si querés te lo presto.

—Dale, gracias.

—La revista la conocí por Caro.

Caro es la mejor amiga de mi amiga Sofía, que se fue a vivir a España a fines de 2002, con doce años. Sus padres se quedaron sin trabajo en Buenos Aires y con varias deudas y se fueron para allá. Su madre, fonoaudióloga, no pudo ejercer la profesión hasta hace cuatro años atrás. No podía corregir un acento que ni ella misma tenía. Su padre, psicólogo, tuvo que dar tres materias para que le validaran el título. Una vez que las terminó de dar, cuatro años atrás, ya no eran necesarias y le validaron el título igual. Caro, con ilusiones de una infancia perfecta en Buenos Aires, que sueña recuperar, pero con un futuro que la espera en España —ahora que vive en San Sebastián con tres amigas de la facultad y le falta poco para recibirse de psicóloga— tiene un pie imaginario acá y los dos (reales) allá.

—Ah, mirá vos. Y abrieron un bar ¿sabías? ¿Podríamos ir?

Un rato después. Once y media de la noche del sábado, mucho calor, llegamos al bar en San Telmo. Nos pedimos una cerveza bien fría, que al rato nos dio más calor. Los efectos del alcohol empezaron a hacer su efecto. Un mozo, tatuado y con acento español, se sentó a la mesa para explicarnos qué había de comer. Picadas y pizza: napolitana, roquefort, mozzarella y un gusto especial, champiñones y cebolla glaseada. Pedimos mitad y mitad: mitad champiñones, mitad común. Nos la devoramos, estaba riquísima. Más calor. Pedimos un mojito que nos refrescó, pero al rato hizo lo mismo que lo demás: nos dio más calor.

—¿Qué hacemos, nos vamos? —afuera ya llovía.

—Y dale vamos, pero antes le voy a preguntar por la revista —le digo a mi amiga. En eso llega el mozo tatuado y con acento español.

—Perdonáme, ¿vos sos de la revista?

—No. Conozco los precios, pero para saber más tienes que hablar con Sebastián, el de la barra.

Pagamos y fuimos hasta la barra. Ahí estaba Sebastián, quien además de saber de la revista, sabía de tragos, o eso parecía: era el barman. En ese momento tuve miedo, no sabía por dónde empezar.

—Hola, si..., quisiera comprar una revista. ¿Qué precio tienen?

—Están setenta.

—¿y qué número tienen?

—Uno, dos, tres y cuatro.

—Quisiera el uno. Y, perdonáme, soy periodista y me gustaría colaborar con algo, ayudarlos con el proyecto. Cómo se puede hacer.

—Eso lo tenés que hablar por mail con Silvia. Yo solamente arreglo estas cosas, o las suscripciones.

—Ah gracias.

Y nos fuimos. Pero volvimos a los dos segundos. Afuera llovía y no quería que mi incunable se mojara.

—¿No me darías una bolsa?

—A ver, sí, te doy la de los limones —me dijo el barman, mientras sacaba cinco limones de adentro del nailon.

Al día siguiente me tomé un colectivo hasta la estación de Once, el tren Sarmiento hasta Castelar, y un colectivo que me dejó a cinco cuadras de la casa de mis viejos. En el colectivo, a pesar del trayecto corto, no se me ocurrió mejor idea que sacar la revista de la bolsa de nailon para empezar a leerla.

"Ya nadie necesita una revista de papel. Hay Internet y hay Youtube; además los libros no se venden y las revistas literarias no son rentables. Pero acá tenés una y está en tus manos. Mirála bien: es un objeto de papel encuadernado, tiene un lomo y pesa un poco más de medio kilo. Te costó quince periódicos del sábado. Ahora el objeto es tuyo. Lo compraste sin saber qué habría dentro. Lo compraste sin necesidad, porque sabías que hay un PDF gratis dando vueltas por la Red. En el fondo, y con la mano en el corazón, no tiene sentido que hayas comprado esta revista."

Levanté la vista de la hoja. La bolsa se me fue de las manos. El viento. Traté de levantarme a agarrarla, pero no llegué. Se llenó de aire, parecía un globo. Voló hasta la puerta delantera del colectivo y logró salir de él. Por un instante pensé estar viviendo una escena de *Belleza Americana*. A las cinco cuadras bajé del colectivo con la revista bajo el

brazo, una carterita diminuta colgando y una bolsa de papel madera chica llena de ropa, un desodorante, un cepillo de dientes y mi piyama. Todo lo que necesité para quedarme a dormir en lo de mi amiga. Como la revista no me entraba en esa bolsa, decidí llevarla debajo del brazo.

Mientras caminaba, algo me distrajo. Guau. Guau. Era un perro. Me estaba ladrando. Hice como si nada. Seguí caminando. Si me hago la que no me importa se va a ir, pensé. Él no pensó lo mismo: me mostró los dientes. Empecé a correr. Empezó a correrme. Empecé a transpirar y a imaginar: me va a morder un tobillo. Sangre. Mientras pensaba en esa imagen, apareció otro perro, del otro lado. Me doy vuelta y les hago frente: "A la cucha, a la cucha", empiezo a gritar como una loca. La situación no podía desesperarme más, hasta que la realidad empeoró: apareció un tercer perro es escena. Los tres ladrándome, siguiéndome, gruñéndome, mostrándome sus dientes. "A la cucha, a la cucha", seguí gritando, mientras caminaba para atrás y los asustaba con mi bolsa de cartón. Al rato, los perros se cansaron y dejaron de seguirme. Tenía taquicardia y mis piernas temblaban hasta que llegué a destino, toqué timbre y me abrieron la puerta.

—Mirá pa, tocame el corazón, parece que se me sale.

—¿Qué te pasó?

—Tres perros casi me muerden. Los ataqué con la bolsa.

Y en ese mismo momento me di cuenta que nunca había pensado en la revista. Orsai seguía estando debajo de mi brazo. Inmóvil. Fija. Nunca pensé en tirárselas. Hubiera sido una buena carnada. Doscientas páginas. Pero seguía ahí. Firme. La apoyé sobre la mesa del comedor y pensé: voy a escribirles.

Atentamente,

Agustina Grasso
Suscriptora Nº 00503

Crónica de una distribución

Señores lectores: me metí en Orsai por curiosidad. Primer error. Dije "me metí" como si fuera un partido político. Es que en mi generación (nací en el 55 así que tengo cincuenta y seis años, para que vayan contextualizando) una se metía, se metía con un chico, se metía a militar, se agarraba un metejón.

Decía, entonces, que me anoté como distribuidora por dos motivos: me interesa saber cómo funcionan las cosas, y además tenía Paypal, que era un requisito... pero al final terminé metida. Me interesaba más la movida que la revista, y a medida que me meto más veo que es como dice Casciari, lo que empezó como un blog puede convertirse en cualquier cosa. Si me permiten la comparación, y aunque a algunos les parezca una barbaridad, esto tiene algo del fenómeno de Los Redondos (nueva aclaración: soy platense y el Indio tiene sesenta años, así que, mis queridos, bienvenidos los jovencitos ricoteros de cuarenta para abajo, pero me voy a permitir hablar de esto). Decía, entonces, que con Los Redondos una cosa son las canciones (geniales, incomparables, muy útiles además en las clases de literatura porque tienen una capacidad de síntesis por fuera de la metáfora que permite reflexionar: recuerdo en los noventa, cuando unos alumnos me preguntaron qué era la posmodernidad y yo respondí "el futuro ya llegó", con eso tuvimos para toda la clase) y otra cosa, no del todo separada pero yo diría de otra naturaleza, es lo que se puede llamar "el fenómeno ricotero", que puede ser muchas cosas pero básicamente es el fervor con que gente a la que el sistema le dictó que no está capacitada para gustar del arte, se apropie de la poesía del Indio Solari (aunque soy injusta con el grupo, aguante el Indio pero Los Redondos dieron más), se apropie entonces del acontecimiento artístico que es un tema de Los Redondos, y además genere el ritual incomparable de un recital. Acaso sea un fenómeno sociológico, pero sabemos que cualquier explicación deja de lado el misterio del hecho artístico colectivo, que efectivamente sucede.

Volviendo a Orsai: me hice distribuidora y ahí empezó otra historia, una muy reciente: primero la sorpresa de que el señor Casciari respondiera en dos horas a mis preguntas (o sea, eso se decía de él, pero además sucede), después empezar a conocer a las lectoras y lectores. Tres días después de anotarme, Daniela me eligió y vino a mi casa a darme trescientos y pico de pesos, sin conocerme, pero además me trajo la Orsai número 3, porque le conté por mail que jamás había tenido una revista en mis manos (a Daniela no le pude entregar todavía, tengo la revista nueva, la suya para devolverle y la cajita). Otras personas me depositaron en mi caja de ahorros, y otros más se acercaron a traerme dinero... Así las cosas, lo que más me impresionaba era la página, la amabilidad que tiene la "zona privada" del distribuidor (no voy a revelar sus misterios, háganse distribuidores) y, como les dije, si le veía el pelo al huevo y mandaba un mail para aclarar algo, el tipo respondía al minuto (dos horas en el mail son al minuto, no es un blog). Seguimos con las suscripciones, creí que no llegaba a diez y las perspectivas de que eso sucediera no eran alarmantes: una cosa que me gusta de ustedes, los que hacen Orsai (que son los que la escriben, los que la editan y los que la leen, pero ya lo saben, claro, de eso hablamos), una de las cosas que me gustan, decía, es que nada parece ser terrible, el "no hay drama" no significa que no me importa, sino que vamos a hacer lo que podamos, y te vamos a pedir lo mismo, lo que puedas,

lo que te ponga feliz hacer..., la cosa es que llegué a quince y decidí subir mi ganancia para no tomar más suscripciones, perdonen, pero es que este no es mi trabajo y yo sí me hago drama con las cosas.

Y llegó la revista y con la revista la crónica. El mismo día nos encontramos con algunos en la YPF de la esquina de mi casa, al otro día fui a La Plata y repartí tres más, otros están de viaje y había dos más con las que nos desencontramos: Flavia, que trabaja en Radio Mitre y se la acabo de dejar en recepción; y Mercedes, que trabaja en el Clínicas. Con Mercedes quedamos que yo pasaba por ahí y ella bajaba y nos encontrábamos, pero fue ese día de los cuarenta grados y no me moví de mi casa. Ellas se volvían enseguida sin tiempo para hacerse una escapada (es cerca, pero con cuarenta grados una se quiere volver) y quedamos para después. Sin embargo, algo pasó que quiero contar para que se entere Mercedes.

Ayer mismo ella iba a venir pero yo salí, y esta mañana tuve que ir muy temprano a hacerme un análisis cerca del hospital Clínicas, entonces le mandé un mensajito a ver si ya estaba, o si la esperaba por ahí. Me contestó que no podía bajar porque estaba de recorrida, a las 8.30 de la mañana (la chica vive en Villa Elisa, para que calculen a la hora que se levanta para llegar). Como estaba cerca, y había llevado algo para corregir por si tenía que esperar, le dije "si me decís dónde te la llevo", entonces me mensajeó las palabras más temidas: "piso 11, sala 2". No sé si todos conocen el Clínicas: es un país, con sus provincias y sus pasadizos; llegar al piso once requiere conseguir un ascensor que funcione y que llegue más o menos hasta el once, después tenés que buscar la sala dos... De manera extraña conseguí el ascensor muy rápido, subimos tantos que me daba vergüenza ocupar un sitio para entregar una revista, pero enseguida llegué y, mientras recibía un mensaje de "los ascensores son muy tediosos, puedo pasar por tu casa", ya la estaba viendo a Mercedes, rodeada de pasantes, explicando diagnósticos o algo así, me imagino yo. La cosa es que me vio llegar y se acercó, agradeció mucho y le dije "nos escribimos".

Es una suerte que en el Clínicas a nadie le llame la atención que una mujer o un hombre, o un chico, vaya por los pasillos y se le caigan las lágrimas. Lo que Mercedes no sabía, y por eso escribo esta carta, es que mi madre pasó sus últimos días en la sala dos, piso once. Y si bien fueron unos días muy dolorosos, lo fueron mucho menos gracias a todos y cada uno de los que, como Mercedes, trabajan ahí. Pasan cosas muy raras con esta revista.

Perdonen, no fue mi intención escribir mala literatura, pero si me permiten vuelvo a Los Redondos. Una cosa que es capaz de hacer el arte es modificar el tiempo y el espacio. Por eso podemos conversar con Dostoievsky, porque habla en otro tiempo, que es el nuestro. Cuando una comunidad crea un espacio y un tiempo propios, que es divergente del tiempo de la historia social y política, del tiempo periodístico, digamos, cuando miles de personas son capaces de poner en riesgo su permanencia en el trabajo para dedicar tres días a ir a un recital en Junín o donde sea, se crea una duración diferente. Ese recital no duró dos horas ni tres, duró la vida. A lo mejor estoy muy sensibilizada por una coincidencia, y seguramente habrá explicaciones psicológicas para normalizar lo que acabo de vivir, que fue ni más ni menos que el encuentro de tres mujeres: Mercedes, mi madre y yo. De todos los minutos que viví en el Clínicas, este tal vez haya sido el único feliz, libre de preocupaciones. Fue un encuentro festivo, fugaz, sin complicaciones. Ese tiempo raro en el que dejamos de ser nosotros mismos y la pasamos bien. El fútbol, el rock, el sexo y el arte son algunas de las ocasiones en que esto sucede. Todavía tengo que terminar de leer la revista. Tiene algunos artículos interesantes.

Atentamente,

Graciela Goldchluk
Suscriptora Nº 03182

Antisocial y quejosa

Señor Director: me suscribí a su revista tentada solo por el lema que supuestamente la definía: Orsai, nadie en el medio. Durante el primer número esto funcionó bastante bien. Mi compra la realicé a través de un pago adelantado en una cuenta bancaria y mi Orsai la retiré en una librería con un único contacto tradicional: un librero. Gracias a Dios un compromiso impostergable hizo que eludiera la fiesta en Mercedes donde un grupo de desconocidos se ofrecían a trasladarme en su auto. La segunda revista se la compré al señor Tonga. Ese fue el principio del fin. Tuve que suscribirme al grupo de Orsaieros. Demasiada gente llenaba mi casilla de mail irradiando buena onda y proyectos comunes. Pude sortear esto, no sin dificultades, solo con habilidades que una persona como yo (artista visual, introspectiva, ermitaña y antisocial de cuna) desarrolla desde su tierna infancia. Ya para la Orsai número 3 estaba inmersa en un grupo de doce lectores, donde un líder donaba su tarjeta de crédito y pagaba por adelantado las revistas de once desconocidos. La retiré en un locro multitudinario donde todos comimos gratis, incluso sin conocer siquiera al dueño de la casa. La Orsai número 4 la retiré ya en el nuevo bar Orsai, con el señor Comequechu atendiéndonos en persona y lecto-

res borrachos desconocidos mirándonos en forma cómplice. Por suerte ya se habían agotado las entradas para las noches de inauguración, con lo cual conocí el bar un día menos concurrido que aquellas noches de locura. Ahora, y por su responsabilidad, debo asistir a asados, reuniones sociales, fiestas temáticas y tertulias en el bar, donde se recitan textos al filo de la madrugada. Y recién comienza el año de la suscripción con la Orsai número 5. Sé que esto va a empeorar.

Es por esta razón que desde que leí su aviso en la página 130 de la Orsai número 5, me presento martes, jueves y viernes en el bar para presentar los respectivos cargos legales por daño psicológico y presunción de estafa, exigiendo que alguien me resarza por este fraude marquetinero que realizan con ese falso eslogan: "nadie en el medio". Yo nunca estuve más rodeada de gente como ahora. El problema principal es que te reciben con unas cervezas heladas y unos tragos (llevan el nombre Garancini) que logran que, luego de varias rondas, olvides la razón que te ha llevado al bar. Esa gente está demasiado organizada.

Se lo digo y afirmo, señor Director, así no vale. Entiendo ahora su suspicacia al haber eliminado su estafa marquetinera de la tapa de la Orsai número 5, omitiendo esa frasecita falaz y mentirosa.

Atentamente,

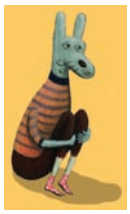
Karina Riveira
Suscriptora Nº 1736

Alta en el cielo

El suscriptor Nº 609, de nombre Gustavo Cirigliano, nos envía una brevísima carta con un adjunto: "Señor Director, conseguí sacarme una foto con la Orsai número tres, posiblemente haya llegado tarde para que me la publique en la revista, pero bueno... había que llegar a 6959 metros". De este modo inauguramos, gracias a él, esta sección en donde recibiremos con gusto fotografías de los lectores con su revista en lugares insólitos o posiciones extrañas. Envíenlas a la misma dirección de correo que figura al pie de esta página. Empezamos con esta que ven, en la cima del Aconcagua, la montaña más alta de América.

Lector amigo, recibimos con gusto tu carta al Director —o tu fotografía— para que se publique en la próxima Orsai. Se recomienda contundencia, brevedad y un dejo de neoliberalismo en las misivas, y extravagancia en los daguerrotipos. Se publicarán las mejores. En caso de adjuntar fotos que pretenden ser publicadas junto a la epístola, que sean en alta calidad. No publicamos desnudos integrales, pero los festejamos mucho en la redacción.

Cartas y fotos a:
orsai.cartas@gmail.com



EL TIEMPO DEL HOMBRE PERRO

Por **Hernán Casciari**

desde Sant Celoni

La respuesta rápida es por mi hija, por mi esposa, porque tengo una familia catalana. Pero si me preguntan en serio por qué sigo acá, en Sant Celoni, en estas épocas horribles y aburridas, es porque estoy a cuarenta minutos en tren del mejor fútbol de la historia. Quiero decir: si mi esposa y mi hija decidieran irse a vivir a Argentina ahora mismo, yo me divorciaría y me quedaría acá por lo menos hasta la final de la Champions. Y es que nunca se vio algo parecido adentro de una cancha de fútbol, en ninguna época, y es muy posible que no ocurra más. Es verdad, estoy escribiendo en caliente. Redacto esto la misma semana en que Messi hizo tres para Argentina, cinco para el Barça en Champions y dos para el Barça en Liga. Diez goles en tres partidos de tres competiciones diferentes. La prensa catalana no habla de otra cosa. Durante un rato, la crisis económica no es el tema de inicio en los noticieros. Internet explota. Y en medio de todo esto a mí me acaba de pasar por la cabeza una teoría extraña, muy difícil de explicar. Justamente por eso intentaré escribirla, a ver si termino de darle vuelo. Todo empezó esta mañana: estoy mirando sin parar goles de Messi en Youtube, lo hago con culpa porque estoy en mitad del cierre de la revista. No debería estar haciendo esto. De casualidad hago clic en una compilación de fragmentos que no había visto antes. Pienso que es un video más de miles, pero enseguida veo que no. No son goles de Messi, ni sus mejores jugadas, ni sus asistencias. Es un compilado extraño: el video muestra cientos de imágenes —de dos a tres segundos cada una— en las que Messi recibe faltas muy fuertes y no se cae. No se tira ni se queja. No busca con astucia el tiro libre directo ni el penal. En cada fotograma, él sigue con los ojos en la pelota mientras encuentra equilibrio. Hace esfuerzos inhumanos para que aquello que le hicieron no sea falta, ni sea tampoco amarilla para el defensor contrario. Son muchísimos pedacitos de patadas feroces, de obstrucciones, de pisotones y trampas, de zancadillas y agarrones traicioneros; nunca las había visto a todas juntas. Él va con la pelota y recibe un guadañazo en la tibia, pero sigue. Le pegan en los talones: trastabilla y sigue. Lo agarran de la camiseta: se revuelve, zafa, y sigue. Me quedé, de repente, atónito, porque algo me resultaba familiar en esas imágenes. Puse cada fragmento en cámara lenta y entendí que los ojos de Messi están siempre concentrados en la pelota, pero no en el fútbol ni en el contexto. El fútbol actual tiene una reglamentación muy clara por la que, muchas veces, caer al suelo es asegurar un penal, o conseguir que se amoneste al zaguero contrario es propicio para futuros contragolpes. En estos fragmentos, Messi parece no entender nada sobre el fútbol ni sobre la oportunidad. Se lo ve como en trance, hipnotizado; solamente desea la pelota dentro del arco contrario, no le importa el deporte ni el resultado ni la legislación. Hay que mirarle bien los ojos para comprender esto: los pone estrávicos, como si le costara leer un subtítulo; enfoca el balón y no lo pierde de vista ni aunque lo apuñalen. ¿Dónde había visto yo esa mirada antes? ¿En quién? Me resultaba conocido ese gesto de introspección desmedida. Dejé el video en pausa. Hice zoom en sus ojos. Y entonces lo recordé: eran los ojos de Totín cuando perdía la razón por la esponja. Yo tenía un perro en la infancia que se llamaba Totín. Nada lo conmovía. No era un perro inteligente. Entraban ladrones y él los miraba llevarse el televisor. Sonaba el timbre y no parecía oírlo. Yo vomitaba y él no venía a lamer. Sin embargo, cuando alguien (mi madre, mi hermana, yo mismo) agarraba una esponja —una determinada

esponja amarilla de lavar los platos— Totín enloquecía. Quería esa esponja más que nada en el mundo, moría por llevarse ese rectángulo amarillo a la cucha. Yo se la mostraba en mi mano derecha y él la enfocaba. Yo la movía de un lado a otro y él nunca dejaba de mirarla. No podía dejar de mirarla. No importaba a qué velocidad moviera yo la esponja: el cogote de Totín se trasladaba idéntico por el aire. Sus ojos se volvían japoneses, atentos, intelectuales. Como los ojos de Messi, que dejan de ser los de un eterno adolescente atolondrado y, por una fracción de segundo, se convierten en la mirada escrutadora de Sherlock Holmes. Descubrí esta tarde, mirando esos videos, que Messi es un perro. O un hombre perro. Esa es mi teoría, lamento que hayan llegado hasta acá con mejores expectativas. Messi es el primer perro que juega al fútbol. Tiene mucho sentido que no comprenda las reglas. Los perros no fingen zancadillas cuando ven venir un Citroën, no se quejan con el árbitro cuando se les escapa un gato por la medianera, no buscan que le saquen doble amarilla al sodero. En los inicios del fútbol los humanos también eran así. Iban detrás de la pelota y nada más: no existían las tarjetas de colores, ni la posición adelantada, ni la suspensión después de cinco amarillas, ni los goles de visitante valían doble. Antes se jugaba como juegan Messi y Totín. Después el fútbol se volvió muy raro. Ahora mismo, en este tiempo, a todo el mundo parece interesarle más la burocracia del deporte, sus leyes. Después de un partido importante, se habla una semana entera de legislación. ¿Se hizo amonestar Juan exprofeso para saltarse el siguiente partido y jugar el clásico? ¿Fingió realmente Pedro la falta dentro del área? ¿Dejarán jugar a Pancho acogiéndose a la cláusula 208 que indica que Ernesto está jugando el Sub-17? ¿El técnico local mandó a regar demasiado el césped para que los visitantes patinen y se rompan el cráneo? ¿Desaparecieron los recogepelotas cuando el partido se puso dos a uno, y volvieron a aparecer cuando se puso dos a dos? ¿Apelará el club la doble amarilla de Paco en el Tribunal Deportivo? ¿Descontó correctamente el árbitro los minutos que perdió Ricardo por protestar la sanción que recibió Ignacio a causa de la pérdida de tiempo de Luis al hacer el lateral? No señor. Los perros no escuchan la radio, no leen la prensa deportiva, no entienden si un partido es amistoso e intrascendente o una final de copa. Los perros quieren llevarse siempre la esponja a la cucha, aunque estén muertos de sueño o los estén matando las garrapatas. Messi es un perro. Bate récords de otras épocas porque solo hasta los años cincuenta jugaron al fútbol los hombres perro. Después la FIFA nos invitó a todos a hablar de leyes y de artículos, y nos olvidamos que lo importante era la esponja. Y entonces un día aparece un chico enfermo. Como en su día un mono enfermo se mantuvo erguido y empezó la historia del hombre. Esta vez ha sido un chico rosarino con capacidades diferentes. Inhabilitado para decir dos frases seguidas, visiblemente antisocial, incapaz de casi todo lo relacionado con la picaresca humana. Pero con un talento asombroso para mantener en su poder algo redondo e inflado y llevarlo hasta un tejido de red al final de una llanura verde. Si lo dejaran, no haría otra cosa. Llevar esa esfera blanca a los tres palos todo el tiempo, como Sísifo. Una y otra vez. Guardiola dijo, después de los cinco goles: el día que él quiera hará seis. No fue un elogio, fue la expresión objetiva del síntoma. Lionel Messi es un enfermo. Es una enfermedad rara que me emociona, porque yo amaba a Totín y ahora él es el último hombre perro. Y es por constatar en detalle esa enfermedad, por verla evolucionar cada sábado, que sigo en Barcelona aunque prefiera vivir en otra parte. Cada vez que subo las escaleras internas del Camp Nou y de pronto veo el fulgor del pasto iluminado, en ese momento que siempre nos recuerda a la infancia, digo lo mismo para mis adentros: hay que tener mucha suerte, Jorge, para que te guste mucho un deporte y te toque ser contemporáneo de su mejor versión, y, trascartón, que la cancha te quede tan cerca. Disfruto esta doble fortuna. La atesoro, tengo nostalgia del presente cada vez que juega Messi. Soy hincha fanático de este lugar en el mundo y de este tiempo histórico. Porque, me parece a mí, en el Juicio Final estaremos todos los humanos que han sido y seremos, y se formará un corro para hablar de fútbol, y uno dirá: yo estudié en Ámsterdam en el 73, otro dirá: yo era arquitecto en San Pablo en el 62, y otro: yo ya era adolescente en Nápoles en el 87, y mi padre dirá: yo viajé a Montevideo en el 66, y uno más atrás: yo escuché el silencio del Maracaná en el 50. Todos contarán sus batallas con orgullo hasta altas horas. Y cuando ya no quede nadie por hablar, me pondré de pie y diré despacio: yo vivía en Barcelona en los tiempos del hombre perro. Y no volará una mosca. Se hará silencio. Todos los demás bajarán la cabeza. Y aparecerá Dios, vestido de Juicio Final, y señalándome dirá: tú, el gordito, estás salvado. Todos los demás, a las duchas.

PRÓXIMO **NÚMERO**

El número siete de Orsai estará disponible exactamente dos meses después de haber recibido este ejemplar. No se quejen si llega tarde. Piensen en los que no tienen revistas y siéntanse privilegiados. Es probable que en breve ya no le sea posible a nadie más comprar suscripciones a Orsai 2012. Solo imprimimos seis mil por bimestre y casi está completo el cupo. Desde el día que las Orsai ya no estén a la venta, cada uno de ustedes podrá alardear de ser uno de los visionarios que llegó a tiempo. Se les recomienda ser vehementes y extrovertidos en la demostración de esa felicidad. Una forma de hacerlo es blandir la revista en sobremesas o reuniones de amigos y decir: "Ustedes, a esto, no lo van a tener nunca en la vida". También les aconsejamos leer ejemplares de Orsai en el tren, reír a carcajadas un rato y después decir en voz alta: "Ay, si ustedes supieran". Estas simples acciones nos ayudarán mucho cuando abramos la suscripción 2013. Muchísimas gracias.

EDICIONES **ANTERIORES**

Debido a la enorme demanda de ediciones anteriores de Orsai por parte de un público que se enteró tarde del proyecto y que ahora, de repente, desea con capricho ejemplares de los números uno a cuatro, se hace saber que solo recibirán revistas antiguas los suscriptores que, además de pagar por ellas un dineral excesivo hijo de la oportunidad rastrera, puedan recitar de memoria el trabalenguas que dice "cansadas cargadas rapadas marchaban las chavas calladas calmadas bandadas de gatas las ratas cazaban las ranas cantaban llamaban saltaban y al saltar sanaban". El encargado de verificar la correcta dicción del mencionado juego de palabras será el señor Comequechu. Los suscriptores que fallen, claudiquen o se traben, recibirán el escarnio del público que se encuentre en ese momento en el «Bar Orsai» de la calle Humberto Primo 471, de la ciudad de Buenos Aires. Miren qué lindas son las ediciones anteriores. ¿No les da bronca que no las queramos vender?

Aviso legal. Revista Orsai entrega sus reconocidos y prestigiosos productos culturales a los siguientes puntos de venta de habla hispana: en mano y por correo postal (Argentina y Chile), por barco interoceánico y después courier (España), por diversas mensajerías aéreas o de vía terrestre (Norteamérica), en el auto del padre de Tonga y con las revistas escondidas bajo una manta en el baúl (Uruguay), en la camioneta de una chica que se llama Celeste y que viaja a Resistencia Chaco porque allí vive su madre y después cruza la frontera de noche (Paraguay), a través de un distribuidor cordobés que va dos por tres a Caracas y se anima a pasar la aduana con varios kilos de cultura latinoamericana a riesgo de multa o prisión (Venezuela), de mil maneras distintas aunque siempre llegan rotas o mojadas (Colombia), escondidas en cápsulas que un distribuidor peruano se traga en un claro del Parque Nacional Cerros de Amotape y de allí va en bicicleta a Machala (Ecuador), a través de traficantes de órganos siempre y cuando les quede espacio entre un riñón y un hígado (Centroamérica), las cruza una vieja desde Salta pero después se olvida lo que tiene que hacer con las revistas (Bolivia). La revista ORSAI, NADIE EN EL MEDIO es un medio gráfico de Editorial Orsai SL. Su editor responsable es Hernán Casciari. Se imprimieron 6.000 ejemplares de este número 6 (correspondientes a los meses de marzo y abril de 2012) en la imprenta Mundial, de calle Cortejarena 1862 de Buenos Aires, Argentina, en el mes de marzo de 2012. El ISSN de esta edición es el 9772014015004-06. La marca ORSAI, NADIE EN EL MEDIO está registrada.

Orsai
NADIE EN EL MEDIO

Editor responsable
Hernán Casciari

Jefe de redacción
Christian Basilis

Dirección gráfica
Horacio Altuna

Diseño integral
María Monjardín

Staff
Guillermo Decur
Ermengol Tolsà
Matías Tolsà
Eduardo Salles
Alberto Montt
Miguel Rep
Andreu Buenafuente
Gonzalo Garcés
José A. Pérez
Melania Stucchi
Alejandra Lunik
Gabriela Wiener
Alfredo Casero
Juan Sáenz Valiente
Bernardo Erlich
Nacho Vigalondo
Manel Fontdevila
Pedro Mairal
Jorge González
Leo Oyola
Hueso Ricciardulli
Carolina Aguirre
Gusti Rosemffet
Gustavo Sala
Santiago Vallesi

En este número
Alejandro Seselovsky
Laureano Debat
Hernán Iglesias Illa
Sonia Pulido
Santiago Nazarian
Andréa del Fuego
Ana Paula Maia
Daniel Galera

Corrección
Florencia Iglesias

Compilación Brasil
Karina Salguero-Moya

Programación
Guillermo Harosteguy

Audiovisual
Andrés Locatelli

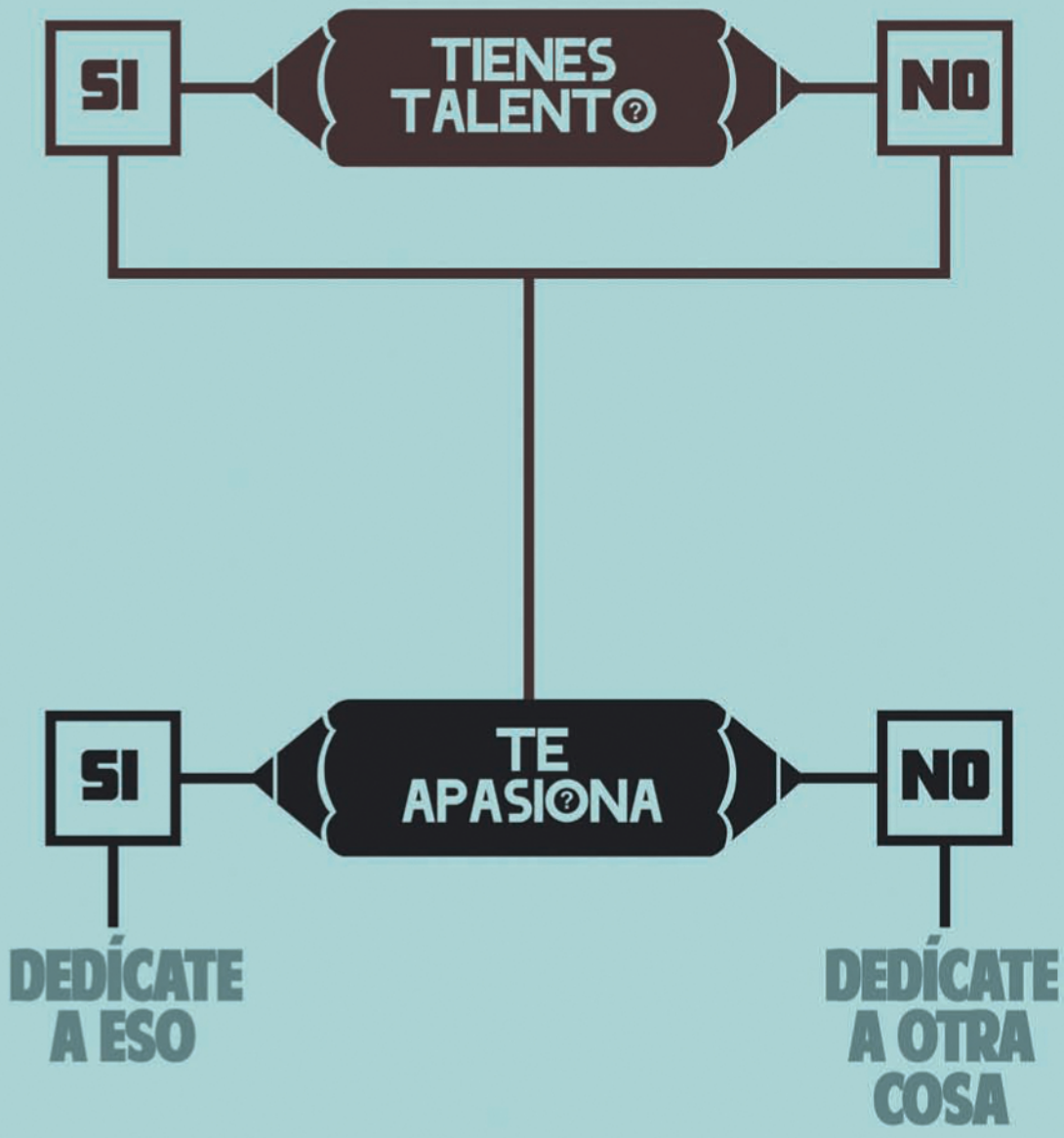
Administración
Cristina Badia

Agradecemos al almacén de la familia *de Miguel* de Jáuregui, que nos prestó el wi-fi.

¿QUÉ PASÓ CON LA ATLÁNTIDA?

¿QUÉ PASÓ CON EL MARY CELESTE?

¿A DÓNDE VAN A PARAR LOS "BIC"?



LA VIDA ES SENCILLA